

REVISTA NACIONAL  
DE

# EDUCACION

Año II

DICIEMBRE

1942

S U M A R I O

## EDITORIAL

### PALABRAS DE ESPAÑA

*El Caudillo ante el Consejo Nacional de la Falange.*

### LETRAS

Theodor Heineremann: *El Grial y sus castillos dentro y fuera de España.*—Francisco de Cossío: *La leyenda de Juan Garín y el monstruo de Cataluña.*

### TEMAS DOCENTES

Juan Zaragüeta: *Cultura e Investigación Científica.*—Francisco Martos Avila: *La educación de los indígenas de Guinea.*

### NOTAS DEL EXTRANJERO

*Hungría.-Plan de estudios de la Segunda Enseñanza.*

### REPORTAJES

*El III Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. ha iniciado sus tareas.*—*La Exposición sobre San Juan de la Cruz en la Biblioteca Nacional.*

### CRÓNICAS

*El Milenario de Fernán González.*—*Semblanza de D. Carlos Pereyra,* por C. Pérez Bustamante.

*Documentación legislativa.*

*Índice de materias publicadas durante el año 1942.*

CUADRO DE  
COLABORADORES DE LA

REVISTA NACIONAL  
DE  
**EDUCACION**

Cayetano ALCAZAR. — Dámaso ALONSO. — Carlos ALONSO DEL REAL. — Sabino ALVAREZ-GENDIN. — Fernando ALVAREZ DE SOTOMAYOR. — Claro ALLUE SALVADOR. — Luis ARAUJO COSTA. — Celso AREVALO. — Paz de BORBON. — Juan BOSCH MARIN. — Giuseppe BOTTAI. — Eloy BULLON. — Angel CARRILLO DE ALBORNOZ, S. J. — Eduardo CARVAJAL. — Arturo M.<sup>o</sup> CAYUELA, S. J. — Carlos CLAVERIA. — Carlos CONSIGLIO. — José M.<sup>o</sup> de COSSIO. — Adelardo COVARSI. — Eugenio CUELLO CALON. — Sancho DAVILA. — Eugenio D'ORS. — Eleuterio ELORDUY, S. J. — Fernando ENRIQUEZ DE SALAMANCA. — Joaquín ENTRAMBASAGUAS. — Pío ESCUDERO. — Concha ESPINA. — Joaquín ESPINOSA. — José FORNS. — José FRANCES. — Mercedes GAIBROIS DE BALLESTEROS. — Pascual GALINDO. — Juan GARRIDO LESTACHE. — Nicolás GONZALEZ RUIZ. — Julio F. GUILLEN. — José IBÁÑEZ MARTIN. — Eduardo IBARRA. — Alfonso INIESTA. — Francisco IÑIGUEZ. — Carlos JIMENEZ DIAZ. — Pedro LAIN ENTRALGO. — Modesto LOPEZ OTERO. — Manuel LORA TAMAYO. — Marqués de LOZOYA. — Rafael de LUIS DIAZ. — Antonio MAGARIÑOS. — José MALLART. — Alfredo MARGERIE. — Condesa de MAYALDE. — Ramón MENENDEZ PIDAL. — Eloy Montero. — General MOSCARDO. — Pedro MUGURUZA. — Rafael NARBONA. — Luis ORTIZ MUÑOZ. — José M.<sup>o</sup> PABON Y SUAREZ DE URBINA. — Ciriaco PEREZ BUSTAMANTE. — Fray Justo PEREZ DE URBEL. — Guillermo PETERSEN. — Pilar PRIMO DE RIVERA. — Lorenzo RIBER. — Martín de RIQUER. — Blanca de los RIOS. — Tomás ROMOJARO. — Félix ROS. — Carlos RUIZ DEL CASTILLO. — Regino SAINZ DE LA MAZA. — Manuel SANCHEZ CAMARGO. — Francisco Javier SANCHEZ CANTON. — Carlos SANCHEZ PEGUERO. — Angel SANTOS RUIZ. — Antonio TOVAR. — Joaquín TURINA. — A. VALLEJO NAJERA

DIRECTOR: Pedro ROCAMORA

# EDITORIAL



LA falta de un profundo sentido de síntesis ha caracterizado la política española de la democracia. Nuestro inveterado individualismo español se traducía en una divergencia de afanes dispersos y contradictorios. España ha vivido durante más de dos centurias perdida en la pugna estéril de actividades encontradas. Una total ausencia de sentido de armónica integración ha sido la característica del pensamiento liberal. En afanes minúsculos se perdía el nervio de la raza. Durante muchos años, nuestra Patria no ha sabido distinguir la línea divisoria que diferenciaba lo fugaz de lo permanente.

Este ha sido el error que nuestra generación ha tenido que purgar a costa de su generosa ofrenda de sangre. Hoy ya el hombre español ha sabido crear una categoría de inquietudes, estableciendo un rango de jerarquizada ordenación para nuestros afanes. A los cuatro vientos de la Patria hemos de pregonar, sin descanso, esta insoslayable obligación: la de relegar a un plano de ínfima valoración nuestras preocupaciones perecederas. Es preciso luchar contra la tentación que nos hace rendir un culto injustificable a lo material o transitorio. En dos planos distintos se proyecta la ilusión del hombre. En el del menester—pobre y enteco—de la hora cotidiana, y en el de los ideales supremos que exceden a las conquistas fáciles del advenedizo o del audaz. En esta zona se sitúa para nosotros la Cultura.

En ella se resume el afán permanente de la Patria. De las dos formas imperiales de la política—la del territorio y la del espíritu—, la segunda simboliza el reconocimiento de la jerarquía máxima de la cultura. Servir estos dos ideales con el mis-

mo desvelo y el más inquebrantable tesón ha de ser la meta suprema de un pueblo que quiere afirmarse y vivir. Porque si los imperios se forjan con ideas, las armas son las que consolidan la fuerza—expansiva y eterna—del puro pensamiento imperial.

Las aventuras imperiales de España fueron siempre producto lógico, no de una fuerza numérica de lanzas o de naves, sino de la existencia previa, latente, indefinida y fecunda de un hondo pensamiento imperial. Esta era siempre la premisa originaria de nuestras conquistas. Esta fué el día 18 de julio la razón de ser de nuestro Movimiento. Sin un ideal de reconquista histórica—del que España se había saturado por contraste en los tiempos de la acerba experiencia democrática—, hubiera sido imposible aquella unánime sacudida nacional. Porque si España ha padecido diversas crisis de su sentido nacional es porque—como varias veces se ha dicho—estaba carente de armazón, de esqueleto. Y contra esa "España invertebrada" José Antonio levantó la construcción íntima de su arquitectura espiritual. Ya no podía hablarse de dudas en la elección de rumbos y trayectorias. España tenía que afirmarse a sí misma como una suprema realidad histórica. Era preciso ahondar primeramente hacia los adentros de su escondida contextura. Renovar la fibra más honda del hombre español, despertándole de su inútil y atávica indolencia, fué la misión de los primeros cuadros de combate de la Falange. Aquello preparó la gran empresa imperial de nuestra guerra de reconquista, que sólo con una voluntad y una mente de genio como la de nuestro Caudillo, pudieron coronar con la más difícil y gloriosa de las victorias.

Forjar hoy un pensamiento arraigado, universal y profundo en el ánimo de todos los españoles: he ahí el derrotero inicial de nuestra actividad. Sólo así podrá después pensarse en el irrenunciable ideal de nuestra expansión física. Que si nuestra guerra pudo emprenderse con las elementales reservas que representaba el alerta audaz y generoso de las primeras consignas falangistas, hoy la paz exige la consolidación de aquel clima, que, por ser inicialmente combativo, alguien, con torcida finalidad, podría atreverse a calificar de fugaz. Para que no lo sea, nuestra tarea es hoy la de reafirmar nuestra postura histórica en el mundo. Vivimos una

paz apremiante, una paz que no es el descanso, sino la vigilia. Y para que nuestra actividad sea fecunda, en un solo fin deben convergir las logradas consecuencias de nuestro tesón. Crear un pensamiento español, sin estridencias ni contagios, es lo mismo que edificar una Cultura. Tal es el afán que de nosotros exige hoy la Historia. Nuestra salvación está en nuestra obra. El trabajo, tenaz, incansable y apasionado, cumplido con ilusión de anónimo servicio a la Patria, es una virtud que estos "años decisivos" del siglo XX impone a todos como necesaria. Hay que cambiar—decía Ganivet—"el combate externo que destruye en combate interno que crea". La misma idea habrá después de repetirse con un noble sentido poético en el verbo juvenil de José Antonio. La consigna no es equívoca ni compleja. Sino propia del grave laconismo de la hora amarga por que atraviesa el mundo.

Nuestra Patria nos pide hoy—dentro de la unidad que simboliza el caudillaje—la integración activa y militante, en una viva síntesis política, de todos los valores del espíritu.



# PALABRAS DE ESPAÑA

## *El Caudillo ante el Consejo Nacional de la Falange*

*En el III Consejo Nacional de la Falange, el Caudillo de España y Jefe Nacional del Movimiento pronunció estas transcendentales palabras que tan justamente marcan la posición del Nuevo Estado en la hora actual y que nos honramos en reproducir.*

### CONSEJEROS Y CAMARADAS:

Yo deseo que mis primeras palabras, al iniciar sus tareas el III Consejo Nacional, sean de afirmación rotunda de nuestra fe política. En tres años de guerra y tres de los que indebidamente hemos llamado de paz nos hemos debatido en un esfuerzo constante de unificación. A nadie extrañará que, considerando superada ya esta etapa, prescindamos de cuanto pueda desviar la marcha hacia la plenitud de nuestro Movimiento; en ello va la suerte de España y la conservación de sus valores eternos, cuya destrucción entrañaría la esclavitud y el caos. En estos caminos hemos de ser intransigentes, exigiendo el sacrificio de todos para el logro de esa unidad nacional que garantiza el porvenir hispánico.

Habrà desventurados que puedan estar o no con España; lo que no puede admitirse a nadie es que esté contra España.

Las bases de nuestra política fueron sentadas desde el principio de nuestro Movimiento, cuando convocábamos a nuestras juventudes para la lucha; dimanaban del espíritu de nuestra Cruzada, que fué recogiendo de nuestras nobles tradiciones cuanto de sano y de espiritual existía en ellas para fundirlo con las inquietudes sociales de nuestra época, que son el motor que siempre ha impulsado los acontecimientos de la Historia.

Vivimos momentos tan delicados de la vida del mundo, que así como el exterior repercute en la vida interna de los pueblos,

también el interior trasciende a la internacional. Por ello nuestra acción política hermana nuestra presencia en las tareas del mundo con los intereses supremos de la propia Patria.

Somos actores en una nueva era, en la que ya no podemos discurrir con la mentalidad de antaño. El pensamiento de España no puede retroceder al siglo XIX, maldito por tantos conceptos.

Yo pediría a los españoles abandonen los viejos prejuicios liberales y se asomen a los balcones de Europa para analizar la historia de los acontecimientos contemporáneos.

Nosotros no pertenecemos a un mundo distinto del europeo, aunque poseemos características propias y reservas de espiritualidad para asombrarle.

Todos aquellos acontecimientos nos demuestran que estamos asistiendo al final de una era y al comienzo de otra.

Sucumbe el mundo liberal, víctima del cáncer de sus propios errores, y con él se derrumba el imperialismo comercial, los capitalismo financieros y sus millones de parados. La felicidad ofrecida por la Revolución francesa se había trocado en el «hombre mercancía», en las competencias comerciales con sus jornales míseros y sus masas de desamparados. El incremento de la riqueza no fué acompañado de su distribución equitativa, y una importante parte de la Humanidad viene debatiéndose contra las nuevas formas de las miserias humanas.

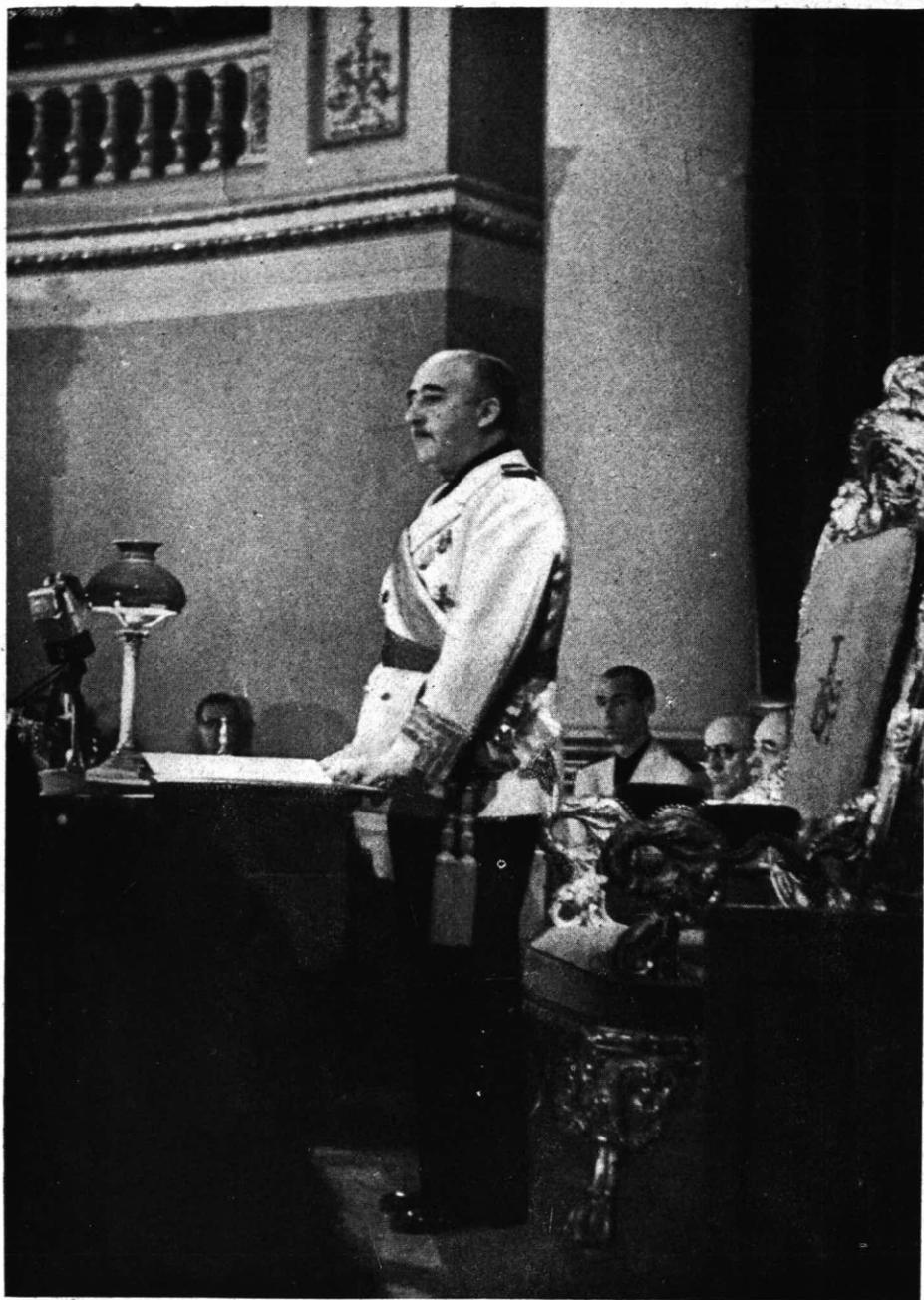
Sólo se es libre cuando no se está esclavizado por la necesidad.

Los tópicos marxistas, hábilmente explotado, prendían en las masas por cuanto representaban un cambio de la situación imperante y una engañosa promesa de justicia.

El mundo liberal, al especular con los votos, les creó la conciencia de su propia fortaleza, y entonces se inició el proceso revolucionario que las distintas coyunturas se encargan de precipitar.

La desmovilización rusa en la pasada contienda preparó el asalto al Poder del comunismo, que establece la dictadura bárbara del proletariado.

Un fenómeno semejante acontece en Italia en su postguerra, y el genio de Mussolini da cauce y solución fascista a cuanto de



El Caudillo dirige al III Consejo Nacional de la Falange, las consignas de la hora de España.  
(Foto Zegrí.)



El camarada Ibáñez Marín, Ministro de Educación, presta juramento ante el Caudillo, en el III Consejo Nacional de la Falange.

(Foto Zegri.)

justo y humano existía en la rebeldía del pueblo italiano, hermanando por primera vez en la Historia lo que en su corazón vivía estrechamente unido: el anhelo de lo social con el culto de lo nacional, que fué la síntesis de la Revolución fascista.

Más tarde es Alemania la que da nueva solución a las inquietudes populares con el nacional-socialismo, que, sujeto a las peculiaridades de la raza, une por segunda vez en Europa lo nacional con lo social, estimulado por su sed de justicia en lo internacional.

No se trata de movimientos particulares, son sólo facetas de un mismo Movimiento general de rebeldía de las masas civilizadas del mundo. Es que se ha formado una conciencia nueva, juvenil y operante ante la hipocresía e ineficacia de los viejos sistemas, y las juventudes marchan conscientes de su responsabilidad histórica hacia una meta que presienten, pero que no aciertan a determinar: son las conyunturas y los caudillos los que han de marcársela.

Esto justificará a los ojos de muchos aquella ingenua ilusión con que tantos españoles recibieron a la República. España tenía desde hace un siglo su revolución pendiente. Si grandes fueron las ilusiones, mayor fué todavía la decepción. La ira, la indignación y el asco surgieron ante el innoble tinglado. Lo nacional con lo social se excluyeron del régimen, y cuando el país, empujado por el Komintern ruso y su Frente Popular se precipitó en el comunismo, es el Movimiento Nacional el que lo salva, dando cauce y forma a la revolución ansiada.

La presencia de las Juventudes de España en su realización es un nuevo aspecto del Movimiento general de las Juventudes de Europa, que hace veinticinco años inician su santa rebeldía, en la que la generosidad y la justicia arrastra lo viejo, lo innoble y lo caduco. Sucumben a su empuje los egoísmos envejecidos del liberalismo y no se comprende ya que la Humanidad pueda ser aherrojada con tales o cuales convencionalismos; se rompe con los tópicos y con las timideces y se realiza la obra revolucionariamente.

Esta centralización de las inquietudes juveniles es, a nuestro

juicio, todavía en España más fuerte y más lograda. No es sólo la fusión de lo nacional con lo social lo que en España se establece, sino también la del alma católica de nuestro pueblo, que le da nervio y fortaleza. La razón de ser de nuestra historia y de nuestra grandeza.

La solución española funde lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual.

En estos principios, verdaderos e indiscutibles, se basa toda nuestra obra política, que aparecerá tanto más grande cuanto mayor sea el tiempo que transcurra y vaya alcanzando plenitud esta era del mundo, de la que ningún pueblo civilizado se podrá sustraer.

No es distinto lo que piensan las masas populares de Inglaterra de las alemanas, ni los insatisfechos de la vieja Europa de los desheredados de la nueva América. Pueden las propagandas liberales desfigurar estos hechos y ocultar por algún tiempo la verdad, pero al fin se abrirá camino; no está lejos el momento de las desilusiones, cuando la guerra termine y la desmovilización se haga, entonces habrá llegado el momento de saldar las cuentas, de cumplir las promesas, y, pese a todos los proyectos, se realizará el destino histórico de nuestra era, o por la fórmula bárbara de un totalitarismo bolchevique, o por la patriótica y espiritual que España les ofrece, o por cualquiera otra de los pueblos fascistas.

Ni el sentimiento de las clases más numerosas, ni las exigencias de las economías de la postguerra, ni los graves problemas planteados a las naciones pueden permitirles ningún otro camino.

Se engañan, por lo tanto, quienes sueñan con el establecimiento en el occidente de Europa de sistemas demoliberales fronterizos con el comunismo ruso. Yerran los que especulan con paces liberales o con soluciones burguesas; el mundo marcha por otros derroteros, y son justos y fuertes los sentimientos que le animan que con victorias o con derrotas saltará por todo cuanto intentase contenerle.

El problema está en no dejar que la fuerza bruta e irregular de la corriente destruya lo que encuentre a su paso, sino en en-

cauzarla y dominarla para que sea elemento fecundador de la nueva era.

Por esto, por saber que estamos en posesión de la verdad y llevar seis años laborando en este propósito, miramos con serenidad los acontecimientos.

No son los meros problemas territoriales ni de política interna los que se plantean en estos momentos a nuestra generación; son los supremos de la existencia de nuestra fe, de nuestra civilización y de nuestra cultura los que de nuevo se debaten.

En esto consiste la trascendencia de nuestra presencia en el mundo y la razón de que no podamos perder el tiempo dedicándonos atención a los eternos descontentos. Aun sin este imperativo de nuestro destino universal carecerían de contenido para tenerlos en cuenta. Ni la suprema razón de Dios, nunca mejor servida que bajo nuestro Régimen; ni el interés de la Patria, jamás tan exaltada y defendida como en nuestros días; ni el bien general de la nación, pregonado por nuestra economía restaurada, nuestras industrias resurgidas, nuestros campos florecientes y nuestra gran obra social en movimiento, pueden ser impugnados por nuestros enemigos.

¿Qué son, ante estos hechos y ante estas verdades, los mínimos problemas de los restos de viejas minorías apegados a cuanto de falso y antitradicional existía en sus viejas concepciones? ¿Es que pueden establecerse diferencias en torno a los viejos conceptos de quien sea el que rija y en qué forma nuestros supremos destinos? Si nos interesa el piloto es por cuanto nos interesa el viaje.

Vosotros sabéis muy bien que el Régimen no ha cerrado el camino a que, el día que el interés de España lo demande, instauraremos el sistema tradicional que a través de la Historia le ha dado continuidad y días de gloria; bien entendido que todo ha de subordinarse a la realización y permanencia de nuestra Revolución Nacional. Los regímenes y las personas han de ser para España, y no ésta sacrificarse a aquéllos.

Los que en esta inteligencia han querido figurar en nuestras filas, les hemos abierto nuestros brazos; mas si se nos acercasen

con reservas, con intención de crear entre nosotros zonas de disidencias o nuevas minorías, se equivocan. La etapa que comienza es de unidad, de superación, de trabajo, de dar forma y potencia a nuestra Revolución, y de prepararnos para el gran momento que el mundo nos ofrece con el mismo sentimiento ecuménico que llevó a la vieja Monarquía camino del Imperio.

Para perfeccionar nuestra Obra os hemos convocado; mucho hemos avanzado por este camino, así lo pregonan el triunfo constante de nuestras actividades: la Obra grandiosa de nuestras Juventudes, la silenciosa y fecunda de nuestra Falange Femenina, la ambiciosa y en marcha de nuestras instituciones sociales; pero la Patria nos demanda más, las tareas del nuevo Consejo van a ser esenciales.

La vida puede ofrecerse dura y, el camino espinoso, pero el tesón que pongamos en la persecución de nuestros ideales no será defraudado.

No basta el querer una cosa, hay que servirla con la constancia y con el sacrificio, y si para ello es necesaria la fortaleza, puede tanto la voluntad, que cuando sumamos una y otra, el triunfo es completo.

Por todo ello, nos sentimos fuertes y seguros, despiertos y vigilantes, nos asiste la fuerza de nuestra verdad y nos respalda la realidad de nuestra fuerza. Ansiamos una vida pura, pero española; una ambición de Patria y un ansia de destino; no trabajamos por un hoy limitado, sino por un mañana esplendoroso.

Nuestro Ejército encuadra las mejores juventudes, la asistencia de Dios nos está bien demostrada. Con ella nada ni nadie logrará vencernos.

Si empeño pusimos en nuestra Cruzada, aun mayor lo pondríamos si un nuevo peligro, de igual orden, nos amenazara.

Sabemos que con nosotros va la vida, y fuera de esto, la muerte para España.

# EL GRIAL Y SUS CASTILLOS DENTRO Y FUERA DE ESPAÑA <sup>(1)</sup>

**C**UANTO mayor sea el misterio que rodea a una persona, a un objeto, una leyenda o un acontecimiento, cuanto mayor la distancia que de nosotros los separa, tanto más fuerte suele ser el atractivo de penetrar y localizar el misterio, precisando y perfilando sujetos, lugares y épocas.

Que las más de las veces, sin embargo, las precisiones a las que creemos llegar son meras ficciones y que éstas pueden dificultar sobremanera la labor de la investigación científica cuando haya de ocuparse del objeto mismo, es algo que saben perfectamente, por ejemplo, todos aquellos que han tenido ocasión de enfrentarse con cuestiones relacionadas con la poesía épica medieval, centro máximo de propagación de fábulas y leyendas. El Grial y su castillo, el Montsalvatsch, pertenecen precisamente a este campo tan oscuro y enigmático de una literatura y una cultura preteritas, constituyendo un núcleo central de sus problemas.

Por no haber formulado los poetas que cantaron el Santo Grial, o a él aludieron, ninguna indicación concreta (y, según creo, ni quisieron ni pudieron hacerlo), se ha intentado, repetida y reiteradamente, levantar el velo místico que la intuición e intención poéticas tejieran (y esto seguramente en virtud del mismo carácter misterioso del asunto) en torno a personas y cosas.

No nos enojaremos (en todo caso no hace falta lo hagamos) si un viajero, por ejemplo, a la vista del conocido islote situado delante de Corfú, se acuerda de la «isla de los muertos», de Böcklin, y proclama, con súbita inspiración, que éste, y no otro, tuvo

---

(1) Algunas de las ideas desarrolladas en este trabajo han sido ya formuladas por mí en dos artículos publicados en la revista alemana «Die Welt als Geschichte», en 1940 y 1942.

que ser el modelo en que la obra del maestro se inspirara. Y si alguien, al contemplar Montserrat o alguna otra montaña en forma de fortaleza, evoca el legendario castillo del Grial y se penetra tanto de esta imagen que no logra ya deshacerse de ella en el resto de su vida, tampoco se lo reprocharemos. Sería incluso lamentable vedáramos al individuo la alegría que produce el fantasear, imaginar y localizar; muchas de las cosas que llenan la vida serían menos dignas de ser vividas. Pero el asunto adquiere otro cariz si las representaciones y opiniones de un individuo o de un grupo se llevan a la imprenta y se difunden sin la indicación expresa de que son simples impresiones personales, pareceres particulares. Y si llegan a formularse como verdades evidentes, con pretensión de certeza material e histórica, la investigación científica tiene entonces el deber de volver a poner las cosas en su sitio, o poner una valla a la ulterior propagación de la teoría errónea y desenmascarar aquella afirmación, por bella, sugestiva e incluso probable que parezca, del primero que la formulara (en el caso de ser posible descubrirlo), calificándola de lo que realmente es: de un deseo, de una fantasía que a lo sumo puede tener con la realidad alguna semejanza externa.

## I

### El Santo Grial

Ningún mortal ha logrado, hasta la fecha, aclarar el misterio del Santo Grial de la poesía medieval y moderna; ningún mortal logrará aclararlo. Pues la misma esencia del Grial consiste, precisamente, en ser misterio. Al aclararse y, por lo tanto, disolverse, quedaría disuelto el propio Grial.

Ni siquiera existe un criterio uniforme sobre lo que el Grial simboliza. ¿Fué el cáliz sagrado de la Cena? ¿Fué la escudilla de la Cena, el vaso sagrado en el que José de Arimatea, según relata la tradición, recogió la sangre del Redentor? ¿O fué una valiosa piedra milagrosa?

La disputa sobre la etimología exacta de la palabra *Graal*, *Gral*, *Grial* no se ha acallado todavía, y es de presumir que nunca se acallará. Desde la definición que, en la crónica de Helinand, relaciona la palabra *gradale* con *gradus* (se trataría, pues, de una fuente en la que se llevan los alimentos gradualmente—*gradatim*—) se han llevado a cabo toda una serie de intentos encaminados a resolver el problema. Se pensó en la voz latina *gratus* (grato), en la hebrea *garalah*, en la palabra árabe *gar* (cueva), en *graduale-responsorium*; se descubrió el vocablo *kratalis*, que derivaría de la palabra griega *krater*; se recordó el *crates* latino (cesta), y, recientemente, Burdach se ha mostrado partidario de la voz *garalis* (fuente, escudilla), en favor de la cual encontramos el testimonio en Ducange. Recordemos, asimismo, aquella conocida interpretación, que remonta hasta Jacobo de Voragine, y que ve el origen de la palabra *Gral* en la expresión *sanguis realis* (sangre real), que se habría transformado, en el francés antiguo, en *sang real*, y luego en *San Greal*, *Saint Graal*.

Hay pues, según vemos, tantos sentidos como cerebros meditaron sobre el asunto. De todo ello, una sola cosa se desprende con claridad suficiente, a saber: cualquiera que haya podido ser el origen etimológico de la palabra *gral*, ésta, en la tradición poética, ha designado siempre, en primer término, un vaso sagrado, ya sea un cáliz, ya una fuente o un plato. Sólo Wolfram von Eschenbach la refiere (y ello es debido evidentemente a un mal entendido) a una piedra milagrosa.

Corresponde al hecho apuntado la historia de las concretizaciones del Grial, que han de ocuparnos en primer término: sólo hay concretizaciones en forma de vaso sagrado, nunca en forma de piedra. De ello resulta que no nos ocuparemos de la teoría oriental del Grial, sostenida por Singer, Suhtschek, F. R. Schröder y otros.

1) La relación más célebre y más antigua del Grial es la llamada del SACRO CATINO, de la Catedral de Génova, que tiene una relación inmediata con la tradición española relativa a la escudilla de la Santa Cena, en Almería.

La tradición del Sacro Catino se remonta hasta el siglo XII. Fué el historiador de la primera Cruzada, Guillermo de Tiro, que termi-

nó su obra en 1184, el primero en relatar la adquisición del vaso sagrado en la conquista de Cesárea (año 1101), bajo Balduino I. Trábase de un plato de tamaño bastante grande y color verde, creyéndose que era de esmeralda. Al llegar al reparto del botín, los genoveses escogieron este plato, de tan considerable valor, renunciando a todo lo demás. Es cierto que Guillermo de Tiro no emplea la palabra *Gral*. Fué Jacobo de Voragine, el Arzobispo de Génova, tan amante de las anécdotas, el que, en el siglo XIII, estableció esta relación (*gradalis*). Desde entonces, el plato de la Catedral de Génova fué considerado como una de las reliquias más valiosas y excelsas del mundo. Nacieron en torno a la misma leyendas cada vez más numerosas, y de la Cristiandad entera acudieron a Génova los peregrinos para verla y venerarla. Así, el noble español Lope de Estúniga, que a principios del siglo XVI hizo un viaje por Italia, tuvo ocasión de ver el Sacro Catino y nos ha dejado, sobre el mismo, un relato en latín: «En el templo de San Lorenzo—dice—los visitantes encuentran, a su izquierda, el lugar en donde se guarda, con la mayor precaución, aquel plato de esmeralda, célebre en todo el mundo; se halla en un relicario cerrado por tres puertas, que están aseguradas, a su vez, por trece candados.»

Al iniciarse, en el siglo XVIII, la época de las luces, la creencia en el Sacro Catino se altera. Ya el Padre Juan de Mariana había escrito, en su «Historia General de España», que la opinión popular, según la cual el Sacro Catino sería la escudilla de la Cena, era una opinión sin autor ni fundamento. De nada le sirvió al celoso agustino Fra Gaetano de Santa Teresa escribir, en 1726, una voluminosa defensa del Catino. En 1755 visita Génova el conocido sacerdote francés Barthélémy, que se burla del Catino. Pareció es el tono en que al mismo se refiere M. de la Condamine. Y, lo que es más importante: aunque no estuviese permitido ver el Catino muy de cerca, ambos habían observado que la escudilla tenía hinchazones, y que, por consiguiente, no podía ser una piedra preciosa, sino simplemente vidrio en pasta.

Desde entonces, el destino del Sacro Catino declina rápidamente.

En 1806, Napoleón Bonaparte mandó fuese llevado a París, en donde lo examinó una comisión científica; opinando ésta, en su dic-

tamen, que se trataba, realmente, de un vaso de vidrio en pasta corriente; una escudilla antigua, que, a lo sumo, tenía valor por esta su antigüedad.

El procedimiento utilizado por la comisión, que se valió evidentemente de medios químicos, ha dañado considerablemente el Sacro Catino. En una de sus partes, éste se había roto en varios pedazos y fué remendado provisionalmente. Como carecía de valor, fué devuelto a Génova. Desde entonces ha decaído cada vez más, y hoy sólo subsiste en forma de una serie de pedazos que se mantienen unidos por milagro. Así termina, sin gloria, la historia del Grial más célebre, al que los genoveses mismos, desde luego, no designaban con este nombre de Grial; pero que otros calificaron de tal: historia de una brillantez no superada, probablemente, por ningún otro vaso del mundo.

2) La fama del Sacro Catino, de Génova, turbaba el sueño de otros patriotismos locales del occidente medieval. Surgieron fuentes de la Cena y cálices de la Cena que, ocasionalmente, fueron también designados con el término Grial.

Prescindiremos de las tradiciones, olvidadas hace siglos, de unos vasos sagrados que se encontraron en Francia, v. gr., en Brives-la-Gaillarde, y que nunca fueron puestos en relación con el Santo Grial.

La más antigua tradición española nace en la ciudad de ALMERÍA. En lo esencial, puede formularse de esta manera: Los genoveses no trajeron su Sacro Catino de Cesárea, sino de Almería. Cuando Alfonso VII de Castilla, «el emperador», reconquistó a los moros Almería, en 1147, con apoyo de los catalanes, de los aragoneses y de la escuadra genovesa, la parte del botín que los genoveses recibieron fué una valiosísima escudilla de esmeralda. Alfonso VII les había ofrecido la totalidad del botín; pero renunciaron generosamente a ella en favor de los barceloneses, con tal de que se les diera la escudilla.

El testimonio más antiguo de esta tradición se encuentra en la «Historia gótica» de Rodrigo de Toledo, terminada en 1243. La «Primera Crónica General» de Alfonso X reproduce la leyenda de una forma algo más difusa. En todo caso, la tradición de la escudilla de esmeralda de Almería existe desde Rodrigo de Toledo, y más tarde se ha visto en ella el plato de la Santa Cena.

Lope de Estúñiga nos ofrece, en el relato de su viaje de 1521, un testimonio característico de la concepción española. Rechaza categóricamente la afirmación de los genoveses según la cual el Sacro Catino procedería de Cesárea. Para él está fuera de duda que el vaso proviene de Almería. Se imaginaron historias fabulosas para explicar cómo el plato de la Santa Cena había ido a parar a la ciudad hispana. Hasta hubo, en los siglos xvi y xvii, una contienda literaria entre autores eclesiásticos de Génova y de Almería. Pero la época moderna ha olvidado la conexión entre el Sacro Catino y Almería. Ninguna fuente designa con el nombre de *Grial* la escudilla de esta ciudad, y, por ello, no cabe hablar, propiamente, de una tradición del Grial en Almería.

3) La escudilla de Almería se ha olvidado y se ignora su paradero. En cambio, se ha mantenido viva, hasta nuestros días, la tradición y el culto del SANTO CÁLIZ, la joya más preciada de cuantas guarda la Catedral de *Valencia*.

La historia del vaso sagrado de la Santa Cena ha resultado siempre muy difícil de investigar y seguir en los primeros tiempos. El gran mérito de Conrad Burdach estriba precisamente en haber investigado hasta dónde es humanamente posible ese mismo punto, en su extensa obra «Der Grail», publicada en el año 1938. El más antiguo indicio sobre la tradición del cáliz de la Santa Cena lo halla Burdach en un texto de Antonino Placentino, del año 570. Este vió la lanza sagrada en la Iglesia de Sión, en Jerusalén, y el cáliz de ónice, que el Redentor había bendecido y consagrado en su última Cena, en la Basílica que hizo construir el emperador Constantino sobre el sepulcro del Señor.

Y Burdach, que ha profundizado como nadie en el mito del Santo Grial, fija con absoluta claridad la gran construcción circular de Constantino sobre el Santo Sepulcro y establece que el cáliz sagrado, de piedra ónice transparente, en que Cristo hubo de beber el vino que consagró como su propia sangre, constituye ciertamente, desde un principio, el fundamento de la leyenda del Grial. No se trata, por tanto, ni de una concha, ni de una fuente, ni de una piedra aerolítica. Es el cáliz sagrado de la Santa Cena, sobre el que la devoción milagrosa de los peregrinos que iban a Jerusalén, bajo las

influencias de la mistagogia litúrgica de la clerecía, han tejido leyendas que en nuestros días han llegado a considerarse como medio-paganas o a calificarse, como hace Harnack, de un cristianismo de segundo orden. Burdach rechaza, pues, de una manera categórica, tanto la identificación del Santo Grial con una piedra misteriosa, según encontramos en Wolfram von Eschenbach, como la identificación con la escudilla de la última Centa, tal como se venía admitiendo por la tradición de Génova y Almería. Según él, el cáliz de la Sagrada Cena ha constituido única y exclusivamente el símbolo mítico del Santo Grial.

Durante la Edad Media hubo varias iglesias, sobre todo en Francia (por ejemplo, Brives-la-Gaillarde, como ya se ha dicho), que se preciaban ser las depositarias del cáliz sagrado. Pero tanto las reliquias mismas como la tradición, hace mucho tiempo que se perdieron. Sólo Valencia conserva hoy el preciado vaso de piedra sardónica, al que se vincula la consagrada tradición del cáliz de la Santa Cena.

Como ya se ha dicho más arriba, es muy difícil, por no decir imposible, investigar científicamente y determinar el origen de esta tradición. Hasta hoy sólo se puede decir que, según la leyenda piadosa, San Pedro hubo de traer consigo a Roma el cáliz sagrado, en donde quedó hasta los tiempos del Papa Sixto II. Este se lo hubo de entregar a San Lorenzo, el cual lo trajo consigo a España, a Huesca, que era su ciudad natal. San Lorenzo ganó la palma del martirio en el año 258. Desde Huesca, el cáliz hubo de ser puesto a seguridad de los árabes, hacia el año 713, en San Juan de la Peña. Después, los Reyes de Aragón lo llevaron al palacio de la Aljafería, en Zaragoza (1379). Desde allí —y ya pisamos terreno histórico— pasó al Palacio Real y, seguidamente, en 1437, a la Catedral de Valencia, en donde se ha venido venerando ininterrumpidamente hasta nuestros días.

Lo que con referencia al tema más llama la atención es que el sagrado cáliz de Valencia, durante su larga historia, no haya sido nunca identificado o comparado con el Santo Grial. Ni en la *Crónica general de España y especialmente de Aragón, Cataluña y Valencia* (1550), de Pedro Antonio Beuter, ni en la *Historia de la fun-*

*dación y antigüedad de San Juan de la Peña* (1620), de Briz Martínez, ni en el trabajo publicado en 1736 por Agustín Sales, *Disertación histórica, crítica y expositiva del Sagrado Cáliz*, escritos todos que se refieren con más o menos detenimiento a la santa reliquia, se hace la más remota alusión al Grial. Nuestros antepasados o, mejor aún, los antepasados de la actual generación de Valencia, no han sabido nada de la identificación del sagrado cáliz con el Santo Grial. Antes bien, es de fecha muy reciente y tiene la breve historia siguiente:

En 1913, Adolfo Bonilla y San Martín, muy conocido cultivador de la historia literaria, publicó un librito titulado *Las leyendas de Wagner en la literatura española*. En el capítulo VI, dedicado a Parsifal, viene, naturalmente, a tratar del Grial, y señalando que hay muchas leyendas sobre cálices milagrosos, cita como ejemplo más destacado de éstos el cáliz de Valencia. A todos, en general, los llama *griales*. Por consiguiente, Bonilla, aunque de un modo indirecto, ha aplicado la calificación de Grial al cáliz de Valencia, y así resulta que la moderna expresión «el Grial de Valencia» arranca de ahí. En la revista francesa *Intermédiaire de chercheurs et curieux* se entabló en el mismo año una viva polémica entre Camille Pitoulet y Stephan Kekule von Stradonitz acerca de este asunto. Esta revista publicó también, en 1914, una fotografía del cáliz de Valencia, bajo la que figuraba esta leyenda: «Le Saint Graal de Valence». Desde entonces leemos y oímos esta denominación referida al santo cáliz, y varias descripciones de viaje han utilizado esta supuesta tradición del Grial.

Todavía se desprende otra consecuencia aleccionadora de esta breve historia del supuesto Grial de Valencia. El motivo de darle este nombre proviene más que del libro de Bonilla y San Martín, en último término de Ricardo Wagner. El es realmente la causa y el origen del moderno entusiasmo por el Grial y de la identificación del mismo, así como de su castillo.

Realmente, podemos distinguir tres períodos en la historia del Grial. El primero es el de la Edad Media, que parte de las grandes composiciones poéticas de Chrestien de Troyes y Wolfram von Eschenbach. Después, este gran mito pseudo-cristiano se sume en

el olvido durante siglos. Sólo cuando en tiempos del romanticismo se despertó nuevamente el interés por la cultura y poesía medievales y se volvieron a leer las composiciones de Chrestien, de Wolfram y otros, vuelve la atención hacia todo el complejo de cuestiones en torno al Grial y se inician las primeras investigaciones científicas sobre el particular. Pero todo viene a quedar reducido a un problema de la literatura científica. La vulgarización, una vulgarización que suena, por decirlo así, a fábula, se produce exclusivamente gracias a las grandes obras de Ricardo Wagner: *Lohengrin* y *Parsifal*. Sólo en este último período es cuando se intenta concretar el Grial y su castillo y enlazar los nombres con determinados lugares. Intentos que en épocas anteriores no se hicieron nunca: se seguía llamando la escudilla de Génova sólo el Sacro Catino y el cáliz de Valencia sólo el Santo Cáliz o el Sagrado Cáliz.

4) Otra tentativa para concretar y localizar el Grial se ha llevado a cabo en nuestro siglo por Angel del Castillo, que cree poder relacionar el Grial y su castillo con la célebre Sagrada Forma de CEREBRO (provincia de Lugo), situado en el camino de peregrinación a Santiago de Compostela. Sobre ello ha escrito en la prensa y hablado en conferencias desde el año 1909 (véase su artículo *El Santo Grial del Cerebro*, en *Lugo y su provincia. Libro de Oro*. Vigo, 1929, págs. 127-128). Por bella que sea su hipótesis, faltan hasta ahora pruebas concluyentes.

## II

### El Castillo del Grial

1) Consecuencia de la identificación del santo cáliz de Valencia con el Grial, fué la localización del castillo del Grial en SAN JUAN DE LA PEÑA. Esta fué proclamada en 1931 por el geógrafo Hermann Lautensach en el *Manual de Ciencia Geográfica (Handbuch der geographischen Wissenschaft)*, pág. 539. La relación está clara, pues habiendo estado el santo cáliz durante siglos en San Juan de la Peña, podía haber sido el castillo del Grial este monasterio,

maravillosamente emplazado en la montaña, si antes se conocía el santo cáliz por el Grial. Que la tesis del castillo del Grial en San Juan de la Peña no puede sostenerse científicamente, no necesita ser subrayado. Tampoco halló mucha difusión.

2) Por el contrario, el mito del castillo del Grial en MONTSEBRAT es hoy muy conocido; si bien no tanto en España y en el propio Montserrat, desde luego, fuera de España, y sobre todo, en Alemania.

Para la España de antaño, Montserrat era el teatro de la curiosa leyenda de Garín; la España de los tiempos modernos venera el monasterio de Montserrat como el santuario de la célebre Virgen.

En el extranjero, al revés, estos dos aspectos de Montserrat son menos conocidos. Es más bien otra tradición la que conmueve a los extranjeros que visitan el monte sagrado: la del Santo Grial. Miles de viajeros han hecho y hacen su peregrinación a Montserrat con el férvido anhelo de ver y admirar el famoso y místico castillo del Grial.

¿De dónde viene esta tradición? ¿Dónde tiene su origen la idea de que la propia Edad Media estaba convencida de que, en realidad, Montserrat, con sus fantásticas formas, que parecen verdaderos castillos y torres y baluartes, era el misterioso santuario del Grial?

Los dos poemas más importantes de la Edad Media, que trataban de la leyenda del Grial, son el *Perceval* (o *Li Contes del Graal*) del célebre poeta francés Chrestien de Troyes, y el *Parzival*, del no menos célebre poeta alemán Wolfram von Eschenbach. Chrestien habla del castillo del Santo Grial sin darle nombre especial. El primero que le dió nombre concreto, que le quedó hasta nuestros días, fué Wolfram, llamándole Munsalvaesche, y bajo la forma de Montsalvatsch y Montsalvat lo conoce todo el mundo, sobre todo, después del *Lohengrin* y el *Parsifal*, de Ricardo Wagner (1).

No cabe duda de que este nombre de Montsalvatsch es una forma alemana corrompida de la palabra francesa *Montsalvage*, *Mont sauvage*, que es una traducción literal de *Wildenberg*, castillo don-

---

(1) En la literatura sobre Montserrat, encontramos otros nombres, por ejemplo, Estorcil, Gistaus. Exigen estos un estudio especial que acabo de escribir.

de Wolfram vivió algún tiempo y donde quizá compuso su *Parzival*.

Ni Chrestien ni Wolfram dicen nada sobre el lugar exacto de este castillo místico. Pero Wolfram menciona a Cataluña (*Katalangen*), y por eso se creyó más tarde en una relación concreta con España. Sobre todo, el *Titurel*, de Albrecht, localizó en España el reino del Grial. La consecuencia fué que muchos creyeron, hasta hace algunos decenios, que España era la patria de la misma leyenda del Grial, pensando en localidades como Salvatierra, y otras cuyo sonido se parece a *salva*, *salvo*, etc. A la verdad, en los últimos tiempos, esta hipótesis ha perdido todo su valor, y hoy ya nadie cree en su autenticidad. Al revés, casi nadie de los que se entusiasman por el Grial y hacen un viaje por España, deja de visitar Montserrat, creyendo firmemente que, aunque el Grial mismo haya desaparecido, por lo menos, la montaña de Montserrat, representa el verdadero castillo del Grial.

Son numerosísimos los documentos literarios, sobre todo las descripciones de viajes por España, que manifiestan esta convicción. Abundan en Alemania, pero se encuentran también en gran número en Francia, Inglaterra, América. La descripción más exacta la leemos en la conocida novela *El juglar (Der Spielmann)*, de Friedrich Lienhard. Entre los franceses, sobre todo Maurice Barrés, ha contribuído a la difusión del mito. En el mundo anglo-sajón, la misma *Enciclopedia Británica* la ha aceptado y propagado desde su oncenava edición de 1911.

Raras veces se oye una voz escéptica, por ejemplo, la de Arturo Farinelli o de Gertrud Richert. En España misma, casi todos los que mencionan las tradiciones de Montserrat piensan en Garín y en la Virgen, y cuando aluden al mito del Gral en su relación con Montserrat, lo hacen con toda reserva. Pienso, sobre todo, en el precioso libro del P. Albareda sobre el Montserrat.

En mis averiguaciones pude comprobar, al poco tiempo, que la identificación de Montsalvatsch y Montserrat se encuentra en una extensión general sólo después del comienzo de nuestro siglo. Era ésta la primera confirmación de mi sospecha de que debía tratarse de un mito enteramente moderno.

Además, comprobé que ciertas expresiones, ciertos términos eran

los mismos en casi todos los textos. Era, pues, de suponer que debían provenir de una misma fuente. El resultado fué sorprendente, por no decir trivial: esta fuente era la famosa guía de viajeros Baedeker. De aquí, pues, habían sacado todos los entusiastas modernos del mito Montserrat-Montsalvatsch sus conocimientos y su éxtasis.

La primera edición del Baedeker *España*, es de 1897. La cuestión era, pues: ¿de dónde tomó ella la identificación? Había que examinar todos los itinerarios sobre España antes de 1897. Y me encontré con uno que, de una manera sorprendente, correspondía al Baedeker. Era el libro *De la España y del Portugal de hoy. Cartas de viajes*, de Luis Passarge, padre de nuestro muy conocido geógrafo contemporáneo Siegfried Passarge, libro que publicó en 1884, y en el que describe su viaje de 1882. La coincidencia con el Baedeker, en cuanto a la descripción de Montserrat, era tal, que conjeturé que Passarge pudiera ser el autor también del Baedeker mismo. Y lo era en verdad, lo que resultó de una comunicación que me hizo el jefe de la casa Baedeker, poniendo a mi disposición el manuscrito de Passarge.

Dice, pues, Passarge —y lo mismo dice, naturalmente, el Baedeker—, que Montserrat es el Montsalvatsch de la Edad Media; aún más: que la Edad Media misma localizó el Montsalvatsch en Montserrat, y lo dice con tanta certeza y precisión, como si nadie nunca lo hubiera dudado.

Me quedó, pues, el problema más difícil: ¿Dónde ha encontrado Passarge la supuesta tradición medieval? ¿O sería posible que él mismo la hubiera inventado?

Al contestar a esta pregunta, naturalmente, podría pensarse en el *Parsifal*, de Ricardo Wagner, cuyo texto se había publicado por primera vez en 1877, y en el que dice que el castillo del Grial debe suponerse en una región cuyo carácter es el de las montañas septentrionales de la España gótica. Es esto un recuerdo de la antigua y anticuada tradición del *Titirel*. Las palabras mismas son demasiado vagas e indecisas para poder servirnos de prueba.

Otra posibilidad más palpable la ofrece la reflexión siguiente: En 1784 Goethe escribió su conocido poema fragmentario *Los Misterios (Die Geheimnisse)*. En él describe cómo el solitario y pere-

grino Fray Marcos, llegando a la altura de una sublime montaña, encuentra una comunidad de 13 venerables ancianos que se dedican a una vida de los más altos ideales. El título misterioso, el contenido místico y esotérico, lo fragmentario del poema, dieron ocasión a muchas conjeturas e interpretaciones. Más de treinta años más tarde, en el año 1815, algunos estudiantes de Königsberg (en Prusia Oriental) se dirigieron a Goethe rogándole les diese la interpretación auténtica del fragmento. El poeta les indicó, en 1816, entre otras cosas, que su proyecto en 1784 había sido representar un *Montserrat ideal*.

Aquí Goethe se equivoca. Pues en 1784 seguramente no sabía todavía nada de preciso sobre *Montserrat*. Lo aprendió solamente en 1800, año en que Wilhelm von Humboldt le escribió la célebre carta en que dió su descripción clásica de la montaña y del monasterio. En esta su carta, Humboldt dice que al visitar *Montserrat* recordó el poema de *Los Misterios*, y que sólo entonces, al ver la grandiosa montaña, comprendió el verdadero sentido del poema. Desde este momento, después de que Humboldt le ha llamado la atención sobre esta explicación, vive en Goethe el concepto de un *Montserrat ideal*, y después de 1816 habla algunas veces de él, cuando piensa en una sublime soledad. Esta idea ha influido también mucho en la composición de la escena final de la segunda parte del *Fausto*.

Pero no se encuentra ningún vestigio de una identificación de *Montsalvatsch* con *Montserrat*, ni en las obras de Goethe ni en las de Humboldt.

Muchos contemporáneos de Goethe, especialmente los del círculo mencionado de Königsberg, estaban convencidos de la exactitud de las palabras del poeta, en las que decía que había sido su intención representar un *Montserrat ideal*. En este círculo de Königsberg vivió también el filósofo Karl Rosenkranz, célebre discípulo de Hegel (Rosenkranz, del que Hegel dijo la famosa palabra: «uno sólo me ha comprendido, y éste me ha mal comprendido»). Rosenkranz, que se ocupaba especialmente de la poesía medieval y de Goethe, estaba firmemente convencido de que Goethe había identificado la montaña de sus *Misterios* con la de *Montserrat*. Aún más. En su

libro *Goethe y sus obras* (1847), Rosenkranz dice: «El plan de los *Misterios* era demasiado grandioso para que el poeta pudiera lograr ejecutarlo. ¿No había compuesto el genio germánico ya una vez tal alegoría? ¿Es otra cosa el *Parsival*, de Wolfram? Es notable que tengamos que buscar el Montsalvatsch donde los *templeisen* celebraron el culto del Grial, también en el Noroeste de España».

No importa indagar de dónde Rosenkranz sacó esta última idea ni si se deriva o no del *Titurel*. Lo que importa es que aquí, por primera vez, se da el paralelo entre los tres lugares: Montaña de los *Misterios*-Montserrat-Montsalvatsch.

Rosenkranz expuso estas sus ideas en sus conferencias académicas de la Universidad de Königsberg, y uno de sus alumnos más aplicados era Luis Passarge, oriundo de la Prusia Oriental, que entonces comenzó sus estudios académicos en Königsberg.

Sin duda, Passarge concibió la idea de la identificación de Montsalvatsch y Monserrat en aquellas conferencias de Rosenkranz, y esta idea ha arraigado con tanta fuerza en su imaginación y memoria, que, cuando muchos años después visita la célebre montaña, es indudable para él que lo que ve es el verdadero castillo del Santo Grial.

Falta, empero, todavía el último paso: a saber, el de que se declarase públicamente, en un libro impreso, que el Montsalvaetsch es idéntico a Montserrat y que esta tradición había existido ya en la Edad Media. Este paso lo dió Passarge en su itinerario ya mencionado en 1884. Y lo hizo —lo que no deja de ser muy interesante— bajo el impulso de su naturaleza. Pues en su autobiografía *Una juventud en la Prusia Oriental* (1903), se encuentran dos párrafos muy característicos en este sentido. Una vez cuenta que cierto lugar, a orillas de un pequeño río de Prusia, era para él el escenario del poema de Goethe *El pescador*. Y añade: «No podía resistir a la tentación de mi naturaleza de localizar cada obra poética.» En otra ocasión se trata de un cementerio, y confiesa Passarge: «Para mí, siempre ha sido el escenario de la *Danza macabra*, de Goethe, pues poemas de esta índole nunca, para mí, estaban suspendidos en el aire, sino que los combiné con un lugar preciso.»

Lo mismo le sucedió a Passarge con Montserrat. Conocía exacta-

mente la leyenda del Grial y de su castillo; conocía la idea de Rosenkranz sobre el paralelo entre Montserrat y Montsalvatsch, y ahora, en 1882, cuando ve cara a cara las cimas fantásticas de la montaña, el paralelo, la comparación, se le convierten en ecuación: Montserrat y Montsalvatsch son una misma cosa, y al propio tiempo —sin darse cuenta de que, en realidad, no es más que invención suya —al propio tiempo, sostiene que la Edad Media alemana localizó el castillo del Grial en Montserrat.

Se puede, pues, comprobar con una exactitud que raras veces cabe obtener en tales investigaciones, que la fuente más remota y como involuntaria del mito Montsalvatsch-Montserrat está en las ideas de Goethe y Humboldt. El ambiente de la concepción del mito es el círculo de Königsberg, cuya alma era Rosenkranz. La partida de bautismo impresa del mito, fué la carta de viaje de Luis Passarge con la fecha de 1º de marzo de 1882.

El éxito decisivo lo obtuvo el mito, cuando la suerte quiso que Passarge fuese el autor de la primera edición del Baedeker. Gracias a éste, le crecieron al mito las alas, gracias a las que podía y debía girar alrededor del universo entero, sobre todo, después de haberse publicado la traducción inglesa y francesa del Baedeker.

3) Desde hace algunos años, ha surgido una seria competencia respecto del mito del Montserrat-Montsalvatsch: el mito del Montségur-Montsalvatsch. No deja de ser bastante extraña su historia. Su difusión se funda en los dos libros de Otto Rahn: *Kreuzzug gegen den Gral* (La cruzada contra el Grial), 1933, y *Luzifers Hofgesind* (Los criados de corte de Lucifer), 1937.

El primero de estos libros, aunque de apariencia científica, no tiene nada que ver con la ciencia; es tan sólo la relación, llena de fantasía, de un joven aficionado que hizo un viaje al Sur de Francia expresamente para recoger, en el curso de sus visitas a localidades concretas, pruebas para su teoría de que el Grial había sido la santa reliquia de los albigenses (cátaros), y que la cruz de Roma había desencadenado una encarnizada lucha contra aquel grial de los cátaros. Basándose en algunas fuentes impresas, la mayoría de ellas poco fidedignas, y, sobre todo, en testimonios orales muy vagos de personas de la región (entre las que no falta el ominoso pas-

tor), llegó, entre otras cosas, a la conclusión de que el Montségur debía ser, en realidad, el mismo Montsalvatsch. Todos los peritos que han llegado a ocuparse de la teoría de Rahn, la han rechazado categóricamente (por ejemplo, Ludwig Pfandl, en *Literarische Welt*, 1933; Wilmotte, en *Revue Franco-Belge*, 1935); por otra parte, el Catedrático de Filología germánica de la Universidad de Burdeos, Pitrou, ha traducido en 1935 la *Cruzada contra el Grial*, añadiendo un prólogo en el que admite la teoría de Rahn.

Entre las fuentes recogidas sin crítica y citadas con incomprensible descuido, Rahn menciona también el librito esotérico del masón francés Josephin Péladan *Le secret des troubadours: de Parsifal à Don Quichotte* (1916). Además, alega en un párrafo secundario de la *Cruzada* (pág. 315) a un poeta al que llama Ghenzi, que, según él, ha escrito un drama, *Montsalvat*, cuya acción se desarrolla en el Montségur. He aquí el verdadero punto de partida de la identificación del Montségur con el Montsalvatsch. El nombre de tal poeta no es, en verdad, Ghenzi, sino Gheusi, que nació en 1864 en Tolosa (Francia). Su libro *Montsalvat. Roman historique en 3 actes et 4 tableaux*, escrito en 1892 y publicado en 1900, se inspira en las obras de Ricardo Wagner.

En el estío de 1939, el señor Gheusi mismo me escribió que había sido él el primero que, en una inspiración poética, localizó el Montsalvat en el Montségur; además, que había publicado varios artículos en la prensa, en los que, entre otras cosas, defendía su convicción de que Lohengrin era natural de Tolosa, de lo que, empero, no logró convencer a los lectores. Con verdadera satisfacción —me escribió— había oído en 1934 que dos «archéologues allemands», Otto Rahn y Walter Rummel, habían descubierto las ruinas del templo del Grial en el Montségur, aunque le disgustaba que no le citasen a él como al verdadero descubridor del Montsalvatsch-Montségur.

Los libros de Rahn han tenido cierto éxito en el Sur de Francia, éxito al que contribuyeron, además del patriotismo local, influencias de índole filosófico-religiosa. Alex Emmanuel utilizó las ideas de Rahn en un libro *La conquête du Graal* (1938), que dedicó al Congreso Mundial de Religión en Calcuta. Hasta fué organizada

en 1937 una Asociación, «Les Amis de Montségur et du Saint-Graal, de Sabarthez et d'Occitanie, que, desde 1938, da a luz un anuario con el título *Archives de Montségur et du Saint-Graal* (Niza, Editions Astrosophie).

Al mismo tiempo (no sabiéndose si en relación o no con aquellas tendencias que hemos comprobado en el Sur de Francia) comienza a hacerse en Suiza y en Alemania una activa propaganda ilustrada en favor del Montségur-Montsalvatsch. Un joven de Berna, llamado Karl Rinderknecht, visitó y estudió, siguiendo las huellas de Rahn, el Montségur y las cuevas del Sabarthez. En este viaje le acompañó el fotógrafo Hans Steiner, que, con este motivo, tomó una serie de interesantes fotografías que habían de demostrar la autenticidad de su parecer que localizaba el reino cátaro del Grial en aquella región. La propagación de esta idea tiene lugar, desde 1937, por medio de los grandes semanarios ilustrados. En el breve texto que acompaña las fotografías, se afirma que hoy se sabe ya que el mito del Grial procede fundamentalmente del Irán, y que la palabra Grial es de origen persa, significando piedra sagrada.

No es extraño, pues, que encontremos entre los numerosos lectores de aquellos semanarios a muchos (y no precisamente tan sólo a gente inculta) que creen que el Montségur es el verdadero castillo del Santo Grial, sin sospechar que, en realidad, son víctimas de una moderna mixtificación.

4) En 1937, Otto Urbach trató de localizar el Montsalvatsch en el célebre Mont Saint-Michel, en un artículo «Die Gralsburg» («El castillo del Grial») en la revista *Die Welt als Geschichte*. Para ello se basa únicamente en tres párrafos del *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach, que contienen vagas descripciones de paisaje. Desde luego, semejante prueba es inadmisibile.

5) El primero que llamó la atención sobre la relación entre los nombres Montsalvatsch (= Mont salvage, sauvage) y Wildenberg, nombre alemán del castillo en el que permaneció Wolfram algún tiempo, y que tiene igual significación que Montsalvatsch, ha sido Karl Bartsch (en *Germanistische Studien*, 1873). Después, Albert Schreiber (*Neue Bausteine zu einer Lebensgeschichte Wolframs von Eschenbach*, 1922) ha indagado sistemáticamente este problema,

comprobando, dentro de lo posible, que se trata del castillo de Wildenberg, situado en el Odenwald, en Baviera, cerca de Amorbach.

Desde luego, no puede admitirse que el primitivo castillo del Grial, tal como lo ideó Chrestien de Troyes, fuese idéntico a Wildenberg (dado que no él, sino Wolfram, emplea por vez primera la palabra Munsalvaesche). Y es igualmente inadmisibile la hipótesis de que esta denominación de Munsalvaesche, Montsalvtsch fuese algo más que una alusión en homenaje al dueño del castillo, o que el poeta incluso viese realizada, en su propia morada de Wildenberg, su idea de tan santo y sublime castillo. Los versos 230-13 del *Parzival*, en que el poeta dice que nunca se vió en la chimenea del castillo de Wildenberg lumbre tan grande como en el castillo del Grial, lo demuestra sin dejar lugar a duda.

6) Ni Bartsch ni Schreiber dicen que Wildenberg era el legítimo Montsalvatsch; solamente opinan que aquél ha sido, en cierto modo, el modelo para éste. Por otra parte, Franz Sprater está convencido de que no Wildenberg, sino el célebre Trifels (en el Palatinado), ha sido el modelo del Montsalvatsch (*Unsere Heimat. Blätter für saarländisch-plfälzisches Volkstum*, 1937). Pero la prueba que alega (la chimenea de mármol —cosa muy rara en aquella época— que se encontró en el castillo de Trifels, que recuerda un párrafo en el poema de Wolfram) no basta para defender la teoría.

\* \* \*

El castillo del Grial y el mismo Grial son misterios, poesía, no verdades palpables. Por eso es imposible concretizarlos y localizarlos. Por hermosa e incluso grandiosa que sea la leyenda del Grial, no es más que leyenda.

Profesor Dr. THEODOR HEINERMANN

## LA LEYENDA DE JUAN GARÍN Y EL MONSTRUO DE CATALUÑA

**M**UY de mañana, es paseo de maravilla trepar por el abrupto camino que escala las piedras de Montserrat. Hasta que se gana la altura no se consigue la plenitud del sol, y el conjunto ciclópico, en emocionante plástica, que parece aproximarse a un astro desconocido, en el que habitaron seres grandiosos y gigantes, aparece aún aprisionando sombras nocturnas, que no salen del todo de las junturas de la roca y de las profundas cavidades, cuevas y grutas, que todavía nos hablan de la vieja mitología religiosa de la montaña. Las ramas del roble nos sirven a veces de sostén para no caer al abismo, y en la soledad y el silencio de esta mañana recién nacida, cuando aún no ha sonado la primera campana del Monasterio, encontramos verosímil la vieja leyenda de Adan Hechreiter, recogida, sin duda, en este mismo camino, del alegre asnillo que, sin que nadie le condujese, iba repartiendo la comida en los distintos cenobios, y era como el aviso de que bajasen las aves para picotear las migas de pan en las barbas de los ermitaños.

Sentado en una breve repisa, sobre el abismo, viendo en el fondo apretada, desde cualquier punto que se la mire de perfil, la fábrica del Monasterio, albergue de la Virgen que apareciere en esta montaña en la reconquista de esta tierra por el Conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, que arroja a los moros del reduto de Montserrat, viene a mi memoria la imagen del ermitaño Juan Garín, o Guarín, o Guarino como el eje de la mitología de este rincón de maravilla, hecho, sin duda, para servir de escenario a la más grandiosa exaltación religiosa. Del 898 al 947 se obran aquí, en esta montaña, los más raros prodigios de heroísmo y de fe. Wifredo el Velloso funda los Monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll. Nos hallamos en la plena veteranía de los reyes francos en Cataluña. Se hace entonces vitalicio y hereditario el feudo de Barcelona. Wifredo reúne en su gobierno los condados

de Barcelona, Girona, Ausona, Urgel, Cerdeña, Besalís y Conflent. Mas todo esto nos parece corresponder más al mito que a la Historia, y éste le vemos encarnado en la leyenda de Juan Garín, cuya existencia real niega Próspero Bofarull y Mascaró en su obra *Los Condes de Barcelona, vindicados*. Admite, sin embargo, Bofarull, la existencia de Riguarda, personaje femenino de la leyenda. Este nombre empieza a sonar con un sentido religioso e histórico en el siglo xiv. La leyenda gira en torno a personajes reales. Así, vemos cómo Sunyer, hijo del Conde Wifredo, hace una donación al Monasterio de Ripoll en sufragio del alma de su hermana Riguarda.

Las referencias más antiguas del ermitaño Garín aun más que en las letras se hallan en la plástica. En una moldura de una casa de Barcelona y en unas tablas pintadas del año 1238 en el Monasterio, en la que se reproducían escenas de la vida del ermitaño, con explicación en lemosín o catalán primitivo. De un libro antiguo saca Fray Antonio Domenech la *Vida del bienaventurado Fray Juan Garín, hermitaño*, vida que recoge un *Flos sanctorum* catalán en 1602.

En realidad, la leyenda corresponde a un fuerte sentido popular, y se ve transmitida oralmente en el curso del tiempo, antes de que el Arzobispo Marca, en su *Disertación sobre el origen y el proceso del culto que se tributa a la Virgen de Montserrat*, la refiera a documentos guardados en el archivo del Monasterio, sin consignar la época ni el nombre del Conde, que pudiera situarla cronológicamente. Esta imprecisión en el dato histórico da a los poetas, que en las distintas épocas la divulgan escrita, una gran libertad, aunque casi todos la sitúan en la época de Wifredo el Velloso, haciéndola coincidir con la expulsión de los árabes del territorio catalán y con la aparición de la imagen de la Virgen en aquellas montañas.

La primera historia de Montserrat la escribe el P. Burgos; pero la sugestión literaria del paisaje y de los acontecimientos fabulosos desarrollados en este recinto, conmueven los muros españoles durante la Edad Media. Los romeros de Montserrat, como los de Santiago, dan temas a los trovadores, y el Rey Sabio, en sus *Cantigas*, dedica a esta Virgen tiernos versos. El Canciller Pedro López de Ayala, escribe:

*Ir prometo a Montserrat  
y allí hacer mi canción.*

Todas estas sugerencias literarias están íntimamente ligadas a la leyenda de Juan Garín y a tantos temas con relación al cenobio, calamidades, milagros y romerías que se registran en el *Llibre vermell*. Entre estas peñas fantásticas se escribe el *Exercitatorio de la vida espiritual*, del P. Cisneros, que tan honda huella dejó en San Ignacio, en la maravillosa trayectoria de Montserrat a Manresa. Pero, en realidad, la leyenda de Garín toma empaque literario en el siglo XVI con el antecedente latino, en sonoros exámetros de Antonio Brench, escrito en Valladolid en 1543, y el poema castellano de Virnés, de aliento renacentista, en el que no son ajenas las influencias de Virgilio, Ariosto y Tasso.

\* \* \*

He aquí, sucintamente, la leyenda, tal como brota de la fuente popular:

Una hija del Conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, llamada Riguilda, de doce años de edad, aparece un día con un espíritu maligno en el cuerpo. Un ermitaño, de nombre Juan Garín, se halla en los montes de Montserrat con fama de santidad, y al Conde le recomiendan que lleve allí a su hija para que Garín la desposea del espíritu del mal. Mas le dicen que, una vez curada, ha de permanecer con el ermitaño una semana para consolidar el milagro.

Allí la lleva el Conde con un gran acompañamiento de corte, y aunque el ermitaño se resiste, la deja con él, bajando a Monistrol, con su acompañamiento, en espera de que se obre el prodigio.

Garín, retirado a la soledad después de una vida guerrera y disipada, al sentir cerca de sí a Riguilda, adolescente, de una belleza prodigiosa, siente imperiosamente la tentación de poseerla. Después de una gran lucha, no puede resistirla y consume el nefando atropello, como impulsado por una fuerza infernal. Una vez realizado, aún más que el arrepentimiento, el ver derrumbarse su fama de ser extraordinario, al que la devoción popular le atribuye facultades sobrenaturales, piensa en el modo de borrar las huellas de su vituperable debilidad. En un proceso terrible, que acaba en un

movimiento de locura, degüella a la muchacha y la sepulta en la roca, para borrar todo vestigio del delito.

Teme, sin embargo, que su crimen se descubra, y en un impulso de arrepentimiento, decide huir de la montaña y marchar a Roma para confesarse con el Papa y cumplir la penitencia que éste le señale. Después de grandes vicisitudes en el viaje, consigue que el Papa le reciba, y éste le impone por penitencia que vuelva a la montaña y que viva en ella como un animal, sin elevar los ojos al cielo y comiendo no más que hierbas.

De esta manera inhumana vive en Montserrat Juan Garín siete años. Hallándose en este lugar de cacería el Conde Wifredo, unos monteros descubren al penitente, tomándole por una rara alimaña desconocida. No le matan, sin embargo, y sujetándole con cadenas, le presentan al soberano como una presa que no se ajusta a la forma normal de aquellos lugares. Este le lleva a su palacio de Valdaura y le aposenta con sus caballos.

En un gran banquete con motivo del alumbramiento de la hija del Conde, Winidilda, como se hable del fabuloso animal, que han recogido, le hacen subir al salón de la fiesta para que le vean los cortesanos, y todos se maravillan de él y le arrojan huevos para que coma, y se divierten azuzándole. Mas en el curso de estos juegos, el hijo del Conde, Mirón, que no cuenta sino tres meses y se halla en brazos de su nodriza, ante el asombro de todos, habla de la siguiente manera: «Levántate, Juan Garín, que el Señor te ha perdonado.» Juan Garín obedece, se incorpora cobrando la posición humana, cuenta su pecado con todos los pormenores, y el Conde Wifredo, asombrado por el prodigio, le perdona.

Le llevan luego a Montserrat para que Juan Garín descubra el lugar donde está sepultada Riquildis, con el objeto de conducir solemnemente los restos a la Catedral de Barcelona. El ermitaño, ya recobrado íntegramente su ser, indica exactamente el sitio, obrándose entonces el prodigio. La Princesa está viva, reproduciéndose el mito de la Bella Durmiente del bosque. El tiempo no ha pasado sobre su belleza y su inocencia, y allí mismo hace promesa de no volver al mundo y de quedarse en la montaña para siempre, fundando un Monasterio de la Orden Benedictina.

Cristóbal de Virnés, soldado y poeta, natural de Valencia (1550-1609), más famoso por sus terroríficas tragedias que por su poema de *Monserate*, a mi modo de ver con injusticia, toma la leyenda de Garín, seguramente, después de haberla leído en latín, en el poema de Antonio Brenach y lanzó al mundo literario, con no menos garbo poético que Barahona de Soto, Ercilla o Bernardo de Balbuena, la maravillosa tragedia de Juan Garín, infundiéndola en sonoras octavas reales el espíritu realista peculiar del Renacimiento. En este poema, junto a no pocos prosaísmos y vulgaridades, se descubren estrofas de verdadero aliento poético, que, cuando fueron escritas, sonarían a novedad revolucionaria, y muy especialmente las que dedica a la Virgen recién aparecida.

Empieza Virnés centrandó cronológicamente la leyenda:

*... Ocho siglos y medio desde el día  
que el humanado Redentor piadoso  
salió del sacro claustro de María.*

Situado Juan Garín en las montañas de Montserrat, haciendo vida de soledad y penitencia, se ve rondado por el Diablo «El príncipe furioso del Averno», dice Virnés, y el Diablo, en un lenguaje realista, se desespera por no encontrar resortes suficientes para la tentación de Juan Garín. El no concibe que pueda tanto

*... un vil ermitañuelo, que no sabe  
si hay más mundo que un monte y una cueva.*

En este diabólico comentario, Virnés parece apartarse de la tradición de que Garín se ha retirado allí después de una gran lucha mundana.

El Diablo llama a sus auxiliares Cocito y Flegetonte, y el primero le da la misión de ir a Barcelona y aposentarse dentro del espíritu de la hija del Conde Jofré, y al otro, el de quedarse en el monte para no dejar un punto de reposo al ermitaño.

Planteadá así la tentación, sigue desarrollándose la leyenda tal como aparece en la versión popular. Llegá la Princesa con su padre y el séquito, y el ermitaño se defiende de que se quede con él.

*Era la virgen tierna y delicada,  
un ángel en aviso y hermosura.*

Virnés, para hacer más verosímil y humana la tentación, hace que la Princesa tenga dieciséis años.

Surge después la tentación, que ingenuamente se resume en los siguientes versos:

*No es de espantar que, a fuerza de belleza,  
resista mal nuestra mortal flaqueza.*

Es el propio Flegetonte quien, disfrazado de ermitaño, aconseja a Garín, después de su pecado, dar muerte a la Princesa para que su fama no padezca. Garín comete el crimen, e inmediatamente descubre al falso ermitaño, y cae sobre él la verdad monstruosa del hecho que ha realizado. Vaga como un loco por la montaña y decide escapar hasta Roma para confesar su crimen ante el Papa.

Virnés se detiene minuciosamente en el viaje del ermitaño y en las vicisitudes que durante él pasa. Embarca en el puerto de Rosas y llega a Marsella, en donde visita un monumento a María Magdalena. Provenza, Génova, Toscana..., una tempestad le hace naufragar y logra salvarse, no sin haber luchado con corsarios. De las costas africanas pasa a las italianas, disponiéndose a hacer el viaje a pie. El Enemigo, sin embargo, no le abandona, persiguiéndole con sus tentaciones. Caen en poder de unos salteadores. Permanece en una mazmorra algún tiempo y logra salvarse de nuevo. Ya cerca de Roma está a punto de perecer por la violencia de una tempestad. Llega, al fin, a Roma y solicita audiencia del Papa.

*El Papa, sacro León, cuarto en el nombre,*

le confiesa y le dice que vuelva al día siguiente a recibir la penitencia. Esta, como corresponde a la leyenda, consiste en que ha de volver a Montserrat.

*Como andan los terretres animales,  
a cuatro pies...*

Le vaticina, asimismo, que ha de cazarle el Conde Jofré, y que un niño de tres meses le ha de dar la señal del perdón.

*Sale de Roma el penitente raro  
su rara penitencia comenzando,  
y de este modo llega a Monserrate.*

Siete años después le descubre en una cacería don Jofré el Velloso, y todo ocurre después tal como se dice en la leyenda. El niño de tres meses, en el banquete,

*Dijo: «Dios quiere ya que se levante,  
Garín, tu rostro al ser que antes tenía.  
Que ya tu penitencia es acabada  
y tu culpa del todo perdonada.»*

La gran variante en el poema de Virnés se halla en que, una vez recogido Garín por los Cazadores, empiezan a ver los pastores, en cierto lugar de la montaña, y precisamente los sábados, un vuelo de ángeles. El Obispo de Manresa quiere presenciar el prodigio, y así llegan a la cueva, donde encuentran la imagen de la Virgen.

*Un sagrado retrato de María  
halla el Obispo venturoso dentro  
de aquel bendito y venerable centro.*

Llevar la Virgen en procesión, y al llegar al sitio donde actualmente está el santuario, cobra la imagen un gran peso, como si fuese un ancla clavada en la tierra, y el Obispo traduce el prodigio como un signo de que la Virgen no quiere que se la mueva de allí.

El poema de Virnés, de una potente línea renacentista, aun en sus mismas caídas prosaicas, corresponde más a la épica que a la mística, siquiera los más inspirados sean los versos que dedica a la Virgen; pero hay que reconocer que, a partir de este poema, es cuando la leyenda de Garín se hace literaria, y en el curso del tiempo, multitud de poetas tratan de unir el horror de la tentación de Garín con el paisaje, y todo ello en el ambiente milagroso de la Virgen aparecida en una cueva. La influencia, pues, de Virnés en las versiones sucesivas es evidente. Y no sólo en las más próximas a él, sino en las más remotas, las del siglo XIX, la de Verdaguer:

*De Montserrat en los cingles,  
per ser del cel mes aprop,  
set anys ha fe vida d'angel  
un valenciá molt devot.*

El valenciano devoto es Garín, y, asimismo, la de Maragall, y las

castellanas del Duque de Rivas, y de Zorrilla. Ver éstas con un sentido romántico que contrasta con el aliento renacentista de Virnés. La leyenda de Zorrilla se titula *La azucena silvestre*. Esta azucena es la hija del Conde de Barcelona, también violentada por Guarino. Después de su crimen, éste vuelve al Diablo, preso de la desesperación y el espanto, y le dice:

*¡Maldito el día que nacer me vió!*  
*¡Maldito el día que nacer me vió!*

Después de la penitencia, cuando el hijo del Conde rompe a hablar ante el asombro de la corte, devuelve la humanidad del ermitaño con las siguientes palabras:

*Levántate, Guarino; harto te abona,*  
*en el juicio de Dios y tu conciencia,*  
*tu larga penitencia;*  
*vuelve, pues, a tu ser, Dios te perdona.*

Las dos variantes de la leyenda en el poema de Zorrilla son en el origen, que la doncella no tiene los demonios en el cuerpo, sino que está ciega y Guarino le devuelve la vista, y en el final, que en el lugar donde fué enterrada la Princesa, nace una azucena, cuya raíz brota de la garganta de la hija de Wifredo.

*Y de aquel montecillo en la altura,*  
*cubierta de verdura*  
*fresca, olorosa, amena,*  
*brotaba una purísima azucena;*  
*la cual, aunque era flor sola y silvestre,*  
*más que en jardín cuidado,*  
*brillaba, hermosa, en su rincón campestre,*  
*que estaba, con su aroma, perfumado.*

Entre las versiones modernas es muy curiosa también la de la ópera de Bretón titulada *Garín*. El libreto de esta ópera es del poeta italiano Fezcal. Farinelli, en su ensayo sobre Montserrat, alude de pasada a un drama italiano con este tema, sin recordar, en el momento de escribir, ni el nombre, ni el autor. ¿Puede ser Fezcal el

autor de este drama o más bien haberse inspirado en él para su libreto? La idea de musicalizar Garín, ¿partió de Bretón o del poeta italiano? Lo cierto es que el tema, por sus efectos melodramáticos, se adapta perfectamente a la concepción musical, y no solamente el tema, sino el mismo escenario, en el que algunos creen que se produce la leyenda del Santo Grial, y que, desde luego, es un maravilloso fondo wagneriano.

Comienza la ópera con un coro, delante del cual pasa Witilda cogiendo flores, que comenta si estará enamorada o endemoniada. El Conde Wifredo, preocupado por el estado de su hija, quiere consultar el caso con el Obispo de Barcelona.

Llegan Tendo y Aldo, acompañados de caballeros y frailes, y comunican al Conde la opinión del Obispo Teodomiro, que es que la Princesa debe acudir a Garín y orar con él nueve días. El Conde accede.

Tendo revela el odio que siente por Garín a causa de que, antes de hacerse penitente, sedujo a su esposa y le venció a él en un duelo. Aldo, paje de Wifredo, ama a Witilda en secreto, y ésta le corresponde. Mas el amante la comunica el temor de que la quieren casar con el rico Lotario. Ambos dan en este momento alas a su pasión, y Aldo pide a Witilda que interese a Garín en su amor.

El acto segundo transcurre en las cimas de Montserrat.

Garín, que es el tenor, sale de su gruta, y entona un himno a la Naturaleza de tipo wagneriano. Aparece Tendo, que nuevamente manifiesta su odio hacia Garín, y llega el Conde con Witilda y el séquito. El Conde ruega al ermitaño que se quede con Witilda durante nueve días, y todos se alejan, dejando solos a la Princesa y Garín.

El acto tercero transcurre en la gruta. Llega Aldo, porque es el último día que Witilda estará con Garín. Hay una tempestad, y la Princesa y Garín entran en la gruta para guarecerse de ella. Esta descubre sus amores a Garín, y en un raptó de su pasión se desmaya en brazos del ermitaño. Garín desaparece con Witilda, realiza su crimen, y arroja el cuerpo de la Princesa desde una roca al abismo. Tendo y Aldo han visto arrojar a Garín a la Princesa, y al increparle Tendo, éste descubre que Garín es el padre de Aldo, y Garín cae desplomado. Aldo se arroja al abismo con ánimo de salvar a Witilda.

En el acto cuarto los aldeanos celebran la elevación del Monasterio. Witilda va a ser esposa del Señor. Garín está ciego. Aldo dice a Witilda que debe de perdonar a Garín porque es su padre. Witilda le perdona y Garín muere. Witilda se despide de Aldo hasta el cielo.

De todas las versiones de la leyenda, es ésta la que desvirtúa más el carácter primitivo. No se ve la tentación infernal, ni el arrepentimiento del ermitaño, ni la penitencia que le impone el Papa, ni los siete años en que Garín vive como bestia, ni el perdón que le llega de labios de un niño de tres meses. En la ópera se quiere humanizar el tipo del ermitaño, haciéndole en la juventud un libertino y justificando su flaqueza en este antecedente. El eje religioso de la tragedia de Garín se halla precisamente en la lucha de las fuerzas infernales en el espíritu de Riquildis y en el espíritu de Garín. La tentación es el gran impulso del drama, y como consecuencia de la lucha, el triunfo del arrepentimiento y la penitencia. En la ópera de Bretón, el melodrama no pasa de la superficie, y en él no se toman de la leyenda sino puros motivos exteriores. La hondura del tema se halla en la lucha del ermitaño con su conciencia, en su caída terrible, y en su triunfo final, después de siete años convertido en alimaña del bosque, sin comer otra cosa que hierbas y raíces, y sin elevar la vista al cielo.

Desde luego, puede afirmarse que Bretón, aun conociendo la leyenda, desconocía el drama español en que se teatraliza la vida del monje Garín, pues de haberle conocido, seguramente se hubiese apoyado en él para componer su partitura.

\* \* \*

Llegamos, al fin, a lo que me sirvió de punto de partida para hacer este somero estudio, y es el drama español de fines del siglo xvii o principios del xviii, *El monstruo de Cataluña y peñas de Montserrat, Fray Juan Garín*. La obra es, sin duda, muy poco conocida, y, desde luego, no conozco de ella estudio ninguno. Nos hallamos ante una de tantas comedias anónimas, perdida en el fárrago del copioso teatro español, a la que sólo por azar puede llegar una atención crítica, siquiera en este caso el interés del tema, uno de los más apasio-

nantes de la tradición catalana, bien merecía el estudio y el análisis.

La única edición que conozco, y quizá la única que exista de esta comedia, aparece impresa en Barcelona, sin fecha y sin nombre del autor. Al final una sola nota: «Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, impresor de S. M.; véndese en su librería, administrada por Juan Sellent.» ¿Puede ser el autor de esta comedia Fermín del Rey? Nos impulsa a esta duda el que éste sea el autor de la *Comedia nueva. Defensa de Barcelona por la más fuerte amazona*. Obra que corresponde también al ciclo legendario de Wifredo el Velloso, y en la que apunta un exaltado nacionalismo catalán, que corresponde al mismo tono que el que advertimos en *El monstruo de Cataluña*. Por otra parte, analizado el estilo, el tono y la intención, *La defensa de Barcelona*, editada por Juan Serra y Centené, impresor y librero, en la baxada de la Canonja, parece posterior.

*El monstruo de Cataluña*, en muchos de sus pasajes, nos recuerda demasiado el cetro y la medida de Calderón y puede corresponder perfectamente al período de finales del xvii, en que Calderón es el modelo de nuestro teatro clásico más seguido e imitado. Los dos antecedentes más definidos que vemos en esta comedia son, en el xvi, Mira de Mescua, en *El esclavo del demonio*, y en el xvii, Calderón, en *El mágico prodigioso*, y aun más en *La vida es sueño*, ya que Juan Garín, en esta comedia, se nos presenta como un Segismundo, y en él el simbolismo de la penitencia se da también en «un compuesto de hombre y fiera», como en el héroe calderoniano. La influencia de Virnés, en cuanto al desarrollo del asunto, es también evidente, mas en *El monstruo de Cataluña* se involucra el drama religioso de la aparición de la Virgen con el teológico de la culpa y la penitencia en el alma del ermitaño Garín, y con el histórico, que corresponde a la época de Carlos el Calvo y los albores de la liberación e independencia de Cataluña.

La comedia irrumpe como una nota de gran espectáculo. Una selva corta, y en ella surge un dragón que escupe fuego, del que baja Asmodeo. Viene en este comienzo la influencia calderoniana, hasta el punto que pudieran atribuirse estos versos al propio Calderón. Asmodeo, desde el dragón, dice:

*Espantoso dragón, que con intento  
de que se incendie la región del viento,  
la inundas de volcanes, que el abismo  
te prestó para copia de sí mismo;  
ya que permiso da el Omnipotente  
de que venga yo a ser del Penitente,  
retirado prodigio de estas peñas,  
espugnador astuto, que halagüeñas  
baterías poniéndole, destruya  
la fortaleza de la virtud suya.*

Se apea el dragón y despidе al fantástico animal con los siguientes versos:

*Vuelve a surcar la esfera, ¡bate, bate!  
—pues a la vista estoy de Monserrate—,  
la tortuosa cola, y vuela a donde  
la monarquía de Luzbel se esconde.*

En este momento se marcha el dragón y se descubre todo el panorama de Montserrat. Asmodeo cuenta en llena romance la vida de Garín:

*Juan Garí o Guarín, valiente  
catalán, soldado un tiempo,  
que cobarde ser no pudo  
soldado catalán siendo.*

Es curiosa esta nota un poco pueril de catalanismo en labios del Demonio, dando a Garín, que, según la leyenda, es valenciano, ciudadanía catalana. Después de advertir que tras su vida guerrera hace penitencia en aquel lugar, vuelve Asmodeo al giro culterano de su métrica inicial:

*Aquí, en el cóncavo, breve,  
oscuro, frío bostezo  
de un peñasco, aun para cueva  
muy reducido terreno...*

es donde se halla el ermitaño, y Asmodeo confiesa que le ha enviado allí Lucifer para que, disfrazado de ermitaño, tiente a Garín, en

tanto que ha mandado el diablo Astarot a Barcelona para que penetre en el cuerpo de Riquilda, la adolescente hija de Wifredo. Para comenzar Asmodeo a probar sus dotes de tentador, quiere ensayar una tentación presentándole la imagen de un combate de las huestes de Wifredo contra la morisma, que lucha en el cerco de Vich. Comienza, pues, a representarse una batalla en la que los cristianos llevan la peor parte, y ésta ha de aparecer como un sueño en la mente del ermitaño, que, al escuchar el estruendo de las armas, sale de su cueva como si estuviese soñando, no dando crédito a lo que ven sus ojos. Esta salida recuerda no poco a la de Segismundo, al escuchar pasos humanos cerca de su prisión. He aquí el monólogo de Garín, también de aliento calderoniano:

*Amada quietud mía,  
¿qué confusión guerrera,  
qué bélica armonía  
te perturba y altera?  
¿Cuándo escuchó rumores de combate  
la dulce soledad de Monserrate?  
Aquí, que solamente  
con cláusulas suaves,  
oyes canoramente  
trinar multitud de aves,  
acompañadas del susurro lento  
que los árboles forman con el viento.  
Aquí, que hasta la fiera  
desmiente sus rigores,  
y agujas de la esfera,  
coronados de flores,  
los peñascos parecen que respiran,  
gracias al cielo de que en paz se miran.  
¿Aquí pudo la guerra  
entrar, ni a los oídos  
del que al mundo los cierra,  
y a sus gustos mentidos,  
y los ojos aparte de él, huyendo,  
puede llegar el belicoso estruendo?*

Continúa la visión bélica, en la que los árabes resultan vencedores contra el ejército de Wifredo y Pedro Alemany. Asmodeo contempla los efectos de la tentación, y ve cómo el ermitaño se dispone a lanzarse en defensa de las huestes derrotadas. En este momento aparece en escena Lamparón, el gracioso de la comedia, muy parecido al Clarín de *La vida es sueño*, y que para que la semejanza sea mayor, termina en criado del Conde de Barcelona. Este personaje saca a Garín de su alucinación, volviéndole a la realidad. Lamparón, que es santero y atiende a los ermitaños como lego, viene de Monistrol para anunciar a Garín que Wifredo el Velloso sube al monte en su busca.

A poco, aparecen en escena el Conde con su hija Riquilda y acompañamiento de damas y caballeros. Riquilda se muestra enfurecida, dando pruebas de la infernal posesión. He aquí sus primeras palabras:

... *Dejad, dejad*  
*que desquicie de su centro*  
*esos riscos, hasta que,*  
*sucesivamente, puestos*  
*unos sobre otros, rasgando*  
*los celestes paralelos,*  
*logre despeñar conmigo*  
*otra porción de luceros.*

He aquí la observación del gracioso:

... *¡Qué lindo!*  
*Endemoniada tenemos*  
*¡Mas qué mujer hay que no*  
*tenga el demonio en el cuerpo?*

El Conde expone a Garín su propósito, y éste, después de humildes protestas, acaba por acceder y se dispone a influir sobre Riquilda para liberarla del espíritu maligno. La escena es de singular interés. El Demonio habla por boca de la Princesa, defendiéndose de la influencia de Garín, y éste le persuade con misteriosa dialéctica para que abandone el precioso cuerpo de Riquilda. He aquí las últimas palabras de Riquilda, no bien Garín ha pronunciado el nombre de Dios:

... *Ese triunfo*  
*te ha de costar muchos riesgos.*  
*Vencísteme, Guarín, tiemble*  
*de mí todo el Universo.*

En este momento se desencadena una terrible tempestad, y Riquilda cae desmayada. Vuelve en sí, poco a poco, la Princesa, ya restablecida en su ser natural, y sus primeras palabras son de gratitud para Garín, y mirando a los circunstantes, como sorprendida de que estén allí, pregunta cuál es la causa de la ausencia de su hermano Wifredo. El Conde aprovecha la ocasión para decir que su hijo, acompañado de Pedro Alemany, salió a campaña contra Mohamet Alí, que se titula Rey de Vich.

Llegan entonces Ramón Folch y Armengol de Moncada, quienes le traen nuevas del Rey de Francia Carlos el Calvo, quien le pide soldados para luchar contra los normandos. Moncada entrega la petición:

... *Señor; está toda*  
*la Francia en terrible aprieto*  
*si Cataluña y su Conde*  
*no van allá luego, luego,*  
*a volver por el honor*  
*del Monarca.*

La victoria que el hijo del Conde ha tenido sobre los árabes, apoderándose de Vich, le permite a Wifredo prometer al Rey de Francia enviarle los refuerzos que solicita.

Esta divagación histórica y guerrera rompe el interés de la acción principal, mas ella prepara el tono nacionalista de la comedia.

El Conde ruega a Garín que se quede con él Riquilda hasta que, pueda devolverla curada. El ermitaño se resiste hasta que al fin accede, quedándose en la montaña ésta, sin otra compañía que una doncella, y prometiendo el Conde que los enviará alimentos desde Monistrol. Se aleja Garín con la Princesa, y Asmodeo, sólo en escena, comienza la tentación. Para esto se disfraza de ermitaño. Garín termina confesando al falso ermitaño la extraña pasión que le inspira Riquilda, al mismo tiempo que ésta confiesa a su don-

cella que, en presencia de Garín, siente una fuerte atracción. Garín, antes de marcharse a la cueva donde está Riquilda, dice:

*No sé; que entre cobardía,  
ceguedad, amor, peligro,  
respeto, conocimiento,  
ocasión y desvarío,  
¿qué he de hacer sino caer  
de un abismo en otro abismo?*

Queda solo Asmodeo satisfecho de su victoria, y describe a qué extremos lleva Garín su desenfrenado arrebató. A poco vuelve el ermitaño horrorizado por la bárbara acción que acaba de realizar. Riquilda, ante los impetuosos extremos de Garín, se ha desmayado.

*Si postrando del candor  
más puro el fuerte castillo,  
a su pesar, y a favor  
de un desmayo o paroxismo  
que la trastornó en estatua  
cándida de mármol frío.*

Asmodeo, entonces, le afea el pecado; mas le dice que éste, con la penitencia, podrá perdonarle Dios, mas no le perdonará nunca el mundo, y toda la fama de santidad de Garín se vendrá al suelo. Juan Garín, ya poseído del Demonio, va accediendo a cuanto éste le sugiere, y termina tomando un arma, decidido a matar a Riquilda para que nadie sepa su abyección. Al tomar el arma, dice:

*Venga. En cada pie parece  
que muevo un monte, ¡hado impío!,  
pues para acción tan infame,  
para insulto tan indigno,  
me prestas valor, sin duda,  
de alguna fiera soy hijo.*

Garín lleva a Asmodeo al lugar donde la Princesa aparece degollada.

*Mírala desde su blanco  
cuello desatados ríos  
de sangre correr.*

La ocultan en las rocas; mas teme Garín que allí sea descubierta, y entonces Asmodeo desencadena una tempestad y hace que una roca, desgajada de la montaña, sirva de losa sepulcral.

ASMODEO

*Yo le haré tan escondido,  
que cuando le busques llegues  
aun a dudarle tú mismo.*

GARÍN

*¿Pues cómo?*

ASMODEO

*Haciendo mordaza  
de aquesta boca este risco.*

La tempestad continúa cada vez más terrible, y se escuchan por el bosque las voces de los criados del Conde que llaman a Riquilda. Garín, entonces, comprende que todo ha sido obra del Demonio. La razón le vuelve y, en la vergüenza de su arrepentimiento, se decide a marchar a Roma, a impetrar el perdón del Papa. La acotación final del acto es la siguiente: «Oyese enteramente la tempestad de truenos y relámpagos, y concluye la jornada al compás de los dos últimos versos de Guarín, con la confusión de las voces.» He aquí los versos:

*...y yo,  
vaya a Roma fugitivo,  
que sea mi penitencia  
admiración de los siglos.*

La acotación que describe el decorado del segundo acto es digna de anotarse. «Vista del puerto marítimo. Al lado izquierdo, monte elevado, con caseríos por la parte de tierra, escarpado por la del mar, que le combate, y en lo alto, torre de visco o atalaya, señalando armada de levante con su emparejado. Al lado derecho, fuerte batido del mar, con torre de linterna, y viene desde lo último, cortando las olas, Asmodeo, sobre un pez verdinegro, echando llamas por boca y narices, y, apeado de él Asmodeo, se sumerge el pez en el mar.»

Esta minuciosidad descriptiva coloca esta comedia en la avanzada escenográfica del siglo XVIII, de la que Comella ha de sacar tanto partido en obras intermedias entre la truculencia y la magia. Es curioso descubrir la ingenua mecánica de esta escenografía. Así, por ejemplo, leemos en otra acotación: «... Por la puerta derecha van saliendo ocho bastidores portátiles, pintados de toda clase de gente, que se distribuirán por el tablado.»

Asmodeo pone en antecedentes de su obra infernal y de cómo el Conde piensa que su hija y Garín han sido arrebatados por una fuerza diabólica. Entran después en escena marineros, payeses y pueblo llano, que son los personajes que aparecen pintados en los bastidores, con algunos auténticos, que completan el cuadro de multitud, y todos reunidos, entonan la siguiente canción:

*Vingui en bon hora  
el Compte estimat,  
tan ben vingut sia  
com es desitjat.  
Faralá raló,  
faralá ralá,  
que de goig de veure  
tot hom boix está.  
Vingui, vingui, vingui  
el Compte estimat.*

Aparece el Conde con su séquito, entre músicas y aclamaciones, y adelantándose al proscenio, recita los siguientes versos:

*Ya está aquí vuestro Conde, catalanes,  
no para descansar de los afanes  
que por el Rey de padecer acabo  
de cruces en el mar, calor y escarchas,  
que he tolerado en las prolijas marchas  
desde Flandes a Francia y de Marsella  
a esta de España la ciudad más bella,  
la que es envidia de los reinos todos,  
primera corte de los Reyes godos;*

*la que feliz idea se pregona  
de la misma hermosura, Barcelona.*

El Conde abraza a su hijo Wifredo y a su sobrina Garsenda, enamorada de éste. Hablan de la situación militar y política para subrayar el mérito de la victoria sobre los árabes, a pesar de que el Rey de Francia no les ha podido enviar refuerzos. Llega Moncada, quien anuncia al Conde que todo está dispuesto para recibirle en la ciudad. Mas éste dice que antes de entrar en ella ha de dar gracias a Dios en la iglesia mayor.

*... No he querido  
ser de ningún cuerpo ilustre recibido,  
hasta que a Dios las gracias le haya dado  
en la iglesia mayor y venerado  
el santo cuerpo de la catalana  
Eulalia mártir, ya que aplaude ufana  
mi gratitud, que sea siglo de oro  
mi edad, por la invención de tal tesoro.*

Wifredo, el hijo del Conde, dice que el moro, rendido, no tiene otro refugio que Montserrat, y que es preciso echarle de allí. En este momento entra Asmodeo disfrazado de paje. Rinde pleitesía al Conde y le dice que le trae una nueva interesante. Es ésta la de que Riquilda y Garín viven juntos en una cueva de Montserrat.

Se ve después un campamento africano, al que llega Asmodeo. En él están Mohamed y Otomir, y el Diablo les dice cómo, disfrazado de aldeano, ha conseguido que el Conde, por rescatar a Riquilda, vaya con sus huestes a Montserrat, donde los árabes le podrán preparar una emboscada.

Aparece de nuevo el bosque de Montserrat, y en él surge Garín. He aquí la acotación: «Va saliendo Juan Garín andando como cuadrúpedo, con manos y rodillas, vestido con botarga de oso, el pelo tendido sobre el rostro y barba muy prolija, negra.» Asmodeo, desde la sombra, le dirige. Garín se lamenta de su estado, y aún el recuerdo de Riquilda alienta en su alma. Contempla el sitio donde escondió el cuerpo de la Princesa.

... se esconde  
 aquella ajada flor, ¡oh mustia estrella!,  
 de Riquilda aquel risco el cuerpo sella.  
 Mas huir de aquí intento,  
 que aunque el ardor mitiga,  
 el común enemigo,  
 de un leve pensamiento  
 aún las cenizas muertas de un olvido,  
 el calor que hubo en ellas ha encendido.

Asmodeo hace que Garín escuche la voz de Riquilda, como si aún viviese. Garín duda si aquello es realidad o sueño, y Asmodeo comenta:

*Quien desconfía de sí,  
 de caer está muy cerca.*

Llega el Conde con gran acompañamiento de armas, y Garín huye, horrorizado. Aparece Asmodeo, quien dice que ha buscado a Garín por todas las grutas y no ha podido encontrar de él sino su traje de ermitaño. Pero que, en cambio, ha descubierto una extraña fiera, que es necesario cazar. Garín huye de la persecución hasta que, al fin, los servidores del Conde le cercan con venablos. El Conde dice que no le maten ni le hagan daño. De allí, el Conde y acompañamiento guerrero, van en socorro de Manresa. Se ve después el campo de Manresa y en él una gran batalla, en la que el ejército del Conde obtiene fulminante victoria. A ésta ha contribuido el caballo alado de San Jorge, que ha cruzado maravillosamente la escena. He aquí los últimos versos del acto:

#### MONCADA

*Catalanes, decir todos,  
 desde hoy, por deuda forzosa,  
 San Jorge, San Jorge, siempre  
 que entréis a lidiar con tropas  
 mahometanas.*

## WIFREDO

*Y, entre tanto,  
al son de cajas y trompas,  
decid que viva y que triunfe  
el Conde de Barcelona.*

## TODOS

*Viva y triunfe, triunfe y viva  
el Conde de Barcelona.*

En el tercer acto aparece un salón de palacio dispuesto para un banquete. Llega allí el hijo del Conde Wifredo, quien trae la nueva de la aparición de la Virgen de Montserrat. Dice cómo los pastores veían caer una lluvia de estrellas sobre determinado sitio. Cómo dan cuenta del prodigio al Obispo y cómo descubren en una gruta la imagen. Describe minuciosamente la imagen:

*Pero en vano pintar sigo  
pasmos de mi entendimiento,  
pues no cabe tal portento  
en todo lo que no digo.  
Sólo a la piedad obligo  
a que de ir a verla trate,  
pues nadie habrá que relate  
—bien las luces lo decían—  
las peñas de Montserrate.*

Mahomed, prisionero del Conde, que ha escuchado el maravilloso relato, dice:

*Aun siendo moro me alegro  
de oír favores tan altos  
en cultos de a quien le da  
mi alcorán elogios varios.*

Entre el regocijo general, el gracioso Lamparón pide permiso al Conde para recitar un soneto, del que todos han de decir la última palabra de cada verso:

*Si vas a Montserrat, ves per Sant—Lluch,  
 que not picará el sol per mesquet—Toch,  
 no vagues ab Calés, gasta mes—Poch,  
 ves com una pagesa sobre un—Ruch.  
 Veurás allí unas perlas com un—Truch,  
 las esmeraldas com un plat de—Foch,  
 los diámants mes gros que un gran—Roch  
 y entre las llantías mira la del—Duch.  
 Si pujas a la ermita del bon—Grech,  
 com molt no facias lo xerrich—Xerrach;  
 veurás Pinsá que pren pinyo a lo—Dech,  
 de la ma del que va vestí de un—Sach.  
 Altres cosas veurás que jo no—Aplech,  
 porque no caben en aquest—Buyrach.*

En seguida empieza el banquete, que preside el Conde Wifredo, y en el que participa el prisionero Mahomed. En un extremo de la mesa se halla el niño Mirón, hijo menor del Conde, que en la comedia, en aras de la verosimilitud, no tiene tres meses, como reza la leyenda, sino mayor edad. Su particularidad, que ya se ha subrayado en el curso de la comedia, es la de ser mudo. El muchacho no pronuncia más que monosílabos.

Comenzado el banquete, el Conde ordena a su criado Lamparón que suba allí para admiración de los invitados, la rara alimaña que cazaron en Montserrat. El Conde advierte:

*Es de la Naturaleza  
 el prodigio más extraño  
 que habréis visto, y lo que más  
 a todos tiene admirados  
 es su mansedumbre, siendo  
 tan espantoso.*

Y, más adelante, una de las damas advierte:

*El niño suele jugar  
 con él, se pone a caballo  
 en él, como si un cordero*

*fuera, y él le hace agasajos  
muy ajenos de su bruta  
ferocidad.*

Aparece Garín conducido por Lamparón, y el pequeño Mirón le acaricia y le da de comer pan. Y en este punto, el niño da un golpe en la mesa, y, ante el asombro de todos, rompe a hablar:

*Levántate, Juan Guarín,  
que ya Dios te ha perdonado.*

¿Qué es esto?, pregunta Mahomed. Y Garín, que se ha puesto de pie, contesta:

*Esto es que cuando Dios quiere  
por sus divinos arcanos,  
habla da a los mudos y hace  
a tiernos infantes sabios.*

Confiesa después Garín ante todos su pecado, su arrepentimiento y su penitencia, y él Conde le perdona.

*¿Cómo faltando al cristiano  
ser, que en mis venas se informa,  
pudiera yo castigar  
a quien el cielo perdona?*

Mas le pide a Garín que le acompañe al monte y le muestre el lugar donde se encuentra el cadáver de su hija. Vuelve a aparecer la montaña, y en ella Asmodeo, desesperado por el perdón de Garín. Se retira al escuchar cánticos y músicas, que anuncian que viene tropel de gentes a visitar la imagen de la Virgen. Aparece Pedro Alemany, Gobernador de Manresa, y delante de él, cantando y bailando, con los trajs del pueblo, hombres y mujeres. Es singularmente curiosa la canción popular catalana que entonan:

*Minyonas manresanas,  
pujem a Montserrat,  
veurem de Catalunya  
la perla celestial.*

*Canta tú, Pona;  
balla tú, Blay,  
que a qui li fa obsequis,  
favors ella fa.*

Tratan de perturbar la fiesta Asmodeo, con unos moros que muestran los alfanjes desnudos a quienes hace frente Alemany; pero surge un peregrino misterioso, que saca del bordón una espada, a ser posible de fuego, dice la acotación, y pone en fuga a los enemigos, que desaparecen por varios escotillones. Se aleja el pueblo con la siguiente canción:

*Visca la perla de Montserrat,  
consoladora dels catalans.  
Visca la perla y amem allá*

Surge el sitio de la selva donde fué sepultada Riquilda, y Garín muestra el lugar. Mas como no es posible mover la piedra, se pide que vengan los operarios que están construyendo la basílica. Una mujer del pueblo canta:

*... Vinguin  
per pals y totes les altres  
ferramentas, y al treball.*

El coro canta:

*Treballau, fadrins;  
minyons, treballau;  
que qui no treballa  
no guaña jornal.*

Cae, al fin, el peñasco a pedazos, y dentro de él aparece Riquilda, de rodillas, orando, con la señal de la cuchilla en el cuello,

Riquilda muestra el deseo de quedarse allí, cerca de la Virgen, y de construir un Monasterio al lado del templo. Y transcribamos el desenlace de la comedia:

CONDE

*... y serás,  
de mis ascéticas madres,  
tú la primera abadesa.*

## ALEMANY

*Señor, aquí, en Monserrate,  
clausura de religiosas  
fundar es muy reparable  
por los riesgos.*

## CONDE

*Si después  
que muera mi hija se hallaren  
inconvenientes, harán  
mis sucesores que pasen  
a poseerle los mismos  
monjes de Ripoll y bajen  
a San Pedro de las Puebas,  
de donde salieron antes,  
sus religiosas.*

## ALEMANY

*Por esa  
determinación te alabe  
el mundo, señor.*

## GUARÍN

*Y yo,  
justo es que mi vida acabe  
sirviendo en él a la Aurora  
Divina de Monserrate.*

\* \* \*

Evidentemente hallamos en esta comedia la versión literaria más profundamente popular de la leyenda de Garín. La obra quizá no resista a un análisis profundo; pero su lectura nos ofrece un tema interesante para estudiar los diversos elementos que constituyen el teatro clásico español.

El hecho de que aparezca como anónima una comedia que tuvo que tener éxito y popularidad muy grandes en Cataluña, nos hace

pensar que es obra de colaboración, o aún más bien, que está refundida en una comedia antigua, de la época de Calderón, no debemos olvidar el paso de Calderón por Cataluña. El refundidor no hace sino desvirtuar el sentido teológico de la comedia primitiva, añadiéndola episodios de carácter guerrero y notas de tipo popular, acentuando la exaltación nacionalista, incluso adicionándola versos y canciones en catalán. Desde luego, podemos afirmar que la comedia no es de la misma mano, y de ahí las caídas frecuentes de lo sublime a lo ridículo, y, cuando no, a lo pueril, y de lo maravilloso, la aparición, por ejemplo, de Asmodeo en el primer cuadro, a la magia inocente, cuando el misterioso peregrino de la tercera jornada saca del bordón una espada de fuego y arroja por escotillón al Diablo y a los moros que van a perturbar el culto de la Virgen.

Esta misma desigualdad se encuentra en los versos. Algunos, de un elevado culteranismo, que nos acerca a Góngora y Calderón, y otros, de una ramplonería lamentable. Aún hemos de notar algunos que parecen de una tercera mano, como los que recita el hijo del Conde Wifredo para describir la imagen de la Virgen, y que son de un delicioso lirismo.

Mas en esta misma desigualdad de concepción y de estro, hallamos en la comedia un profundo encanto, ofreciéndonos como una antología completa de cuanto el pueblo, en una fantasía de siglos, ha creado en torno a la maravilla de Montserrat.

FRANCISCO DE COSSÍO

# CULTURA E INVESTIGACION CIENTIFICA

**M**E propongo en este artículo fijar y glosar el tema de la Ciencia y su valor dentro de la cultura humana, cuestión previa y como inicial de la investigación científica, tan felizmente reanudada en la España nacional. Lo haré registrando, desde luego, algunos antecedentes históricos del problema; discutiendo después el concepto positivista de la Ciencia y sus insuficiencias de vario estilo; finalmente, diseñando el perfil de un saber científico orgánicamente articulado dentro de una cultura integral.

## I

### ANTECEDENTES HISTORICOS

#### A) EN ESPAÑA

El asunto, de dimensiones plenarias, de interés universal en el ámbito de la Humanidad, lo tiene muy especial para quienes no olvidamos cómo, en un momento crítico de la España contemporánea, hubo de servir de santo y seña a un movimiento de ideas y de instituciones perfectamente justificadas a la sazón, pero que en su exclusivismo han podido contribuir, en parte, a la catástrofe final de este ciclo histórico.

Cuando, a raíz de la guerra de 1898, nuestra Patria yacía aún desangrada por una guerra colonial de tres años y su desdichado final en desigual lucha con el coloso norteamericano, el alma nacional no pudo menos de sobrecogerse, en dramático examen de conciencia, sobre las causas y responsabilidades del desastre, dividiéndose, por lo demás, en orden a la etiología y al tratamiento de la deplorable situación. Unos, dejándose arrastrar por el pesimismo en vez de sobreponerse a él, la declaraban sin remedio, por hallar a España ya «sin pulso». Otros parecían reaccionar contra la evidente

depresión del espíritu público, pero sin gran acuerdo en las consignas de «reforma de vida nacional» que pusieran término a su decadencia. Los había que cifraban toda su esperanza en emancipar a España de sus «prejuicios tradicionales» y echar «siete llaves al sepulcro del Cid», para luego acometer con toda decisión la «europeización» de España, ya que no tenían reparo en reconocer que en la actualidad «el Africa empieza en los Pirineos». Otros, sin disentir de semejante receta, procuraban precisarla más, señalando la doble dirección en la que se hacía preciso actuar: de reformismo político por un lado mediante una democracia cada día más acentuada; de reformismo social por otro, persiguiendo una justicia niveladora en la distribución de la riqueza y la organización del trabajo.

Pero no faltaban quienes, como raíz de todo el asunto, creían descubrir un *déficit* esencial en la mentalidad española, ahita quizás de metafísica y de teología, pero ayuna de «espíritu científico», gran impulsor del «progreso moderno» y forjador de la «cultura moderna» en cuantos pueblos se han mostrado sensibles a su virtualidad renovadora. Que no lo fuera el español—quizás bajo el secuestro de los consabidos prejuicios tradicionales—, lo sostenían de tiempo atrás quienes pregonaban su esterilidad científica en el concierto de los pueblos europeos, apelando, al efecto, a la escasa aportación que acusó el genio español al progreso de las disciplinas de tal carácter. Fué entonces cuando Menéndez Pelayo se creyó en el caso de romper una lanza en favor de dicha aportación, mostrando en su «Ciencia Española» que el gran alumbramiento del saber científico desde los tiempos del Renacimiento nunca había cesado de tener cultivadores valiosos en el suelo español. No dejó, sin embargo, de reconocer que el coeficiente de los españoles en el dominio científico es bien inferior al de otros países de su rango, y, desde luego, desproporcionado con la riqueza de nuestro arte, de nuestra literatura y de nuestra filosofía y teología. Con ello queda subsistente el problema de la explicación de tal inferioridad y, sobre todo, de su posible remedio en los tiempos actuales.

Fué entonces cuando, en el pobre cielo científico de la España actual, brilló de pronto un astro de primera magnitud, que presto

logró el unánime reconocimiento de los extranjeros, como un mérito a la idea de que el descrédito científico de España pudiera ser uno de tantos prejuicios de la llamada «leyenda negra». Me refiero a don Santiago Ramón y Cajal, figura culminante de la moderna Biología, y renovador de sus métodos y resultados en punto a su rama neurológica. Cabalmente, en sus «*Reglas y consejos para la Investigación biológica*», Cajal nos confiesa que su vocación científica tuvo su origen en el patriótico bochorno que le producía verse obligado, como estudiante de Medicina, a manejar libros en cuyas páginas apenas figuraban autores, obras ni descubrimientos españoles. Yo he de llegar a ser—hubo de decirse a sí mismo—, alguien que los mismos extranjeros se vean obligados a citar; y, poniéndose a ello con el recio temple de su alma aragonesa, enardecida de fervor patriótico, lo consiguió bien cumplidamente: el premio Nobel vino a dar la suprema sanción a la aureola científica mundial de nuestro compatriota.

Pues bien, a favor del universal prestigio de D. Santiago Ramón y Cajal, y bajo su presidencia, que resultó vitalicia, hubo de constituirse en España la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*. La citada Junta fué disuelta por el Gobierno de la España nacional, que la ha superado en el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, obra del actual Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín.

Con ser tan importante, en la vida cultural de la nación, la tarea asumida por el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, de servir como levadura o fermento de la investigación científica, cabe preguntarse —y esto es lo que hacemos ahora—, cuál es el verdadero alcance de esta misma investigación como título de cultura de un pueblo, o, en otros términos, cuál es el auténtico valor de la ciencia frente a los problemas que integran la plenitud de preocupaciones propias de la vida humana y nacional. Ello servirá para orientarnos en orden al complejo de aspiraciones tendentes a lograr la llamada «revolución», y que, por ser ordenada, prefieren algunos denominar «transformación» nacional, labor positiva y constructiva que queda por realizar al Movimiento del mismo nombre.

## B) EN EL EXTRANJERO

Precisamente, en la época a que me refiero, se producía en el Extranjero una viva polémica que años atrás hubiera parecido inverosímil, pero que apuntaba a la sazón como un presagio de «tiempos nuevos» y de una nueva mentalidad que venía, no a desvirtuar las legítimas pretensiones, pero sí a moderar las exorbitantes que en nombre de la ciencia se hacían a menudo valer por los que alardeaban de ser sus portavoces.

Fué en 1895, todavía en plena apoteosis del «cientifismo» que el siglo XIX recabó como su mejor título de gloria, cuando el célebre crítico francés Ferdinand Brunétiere, desde la resonante tribuna de la *Revue des Deux Mondes*, lanzó su pregón declarando la ciencia en «bancarrota» por no haber sabido cumplir las promesas de redención con que había lisonjeado los oídos de los humanos.

La afirmación resultaba en extremo audaz.

Es verdad que la ciencia no ha dicho todavía su última palabra: es una realidad viva, en marcha, abocada por ende a incesantes progresos. Pero los ya realizados, ¿no son como para atribuir al «Espíritu científico» algo de lo que el versículo del Eclesiástico nos dice del Espíritu Creador: *et renovabis faciem terrae*, «y renovarás la faz de la tierra»? Realmente, la faz de la tierra, habitada por el hombre, en nada se diferencia tanto de un pueblo a otro como por el distinto valor y alcance de su técnica industrial, hija legítima de la ciencia pura. Si, pues, la técnica industrial constituye uno de los éxitos indiscutibles de la moderna civilización, ¿cómo hablar de la «bancarrota» de la ciencia que es su auténtica progenitora? Por eso, Brunétiere, hubo de atraerse bien pronto una nube de contradictores, entre los cuales el fisiólogo Charles Richet, en la *Revue Scientifique*, llegó a saludar a la ciencia como la «única guía, la única conductora de la Humanidad en los tiempos modernos»; y el químico Berthelot, en plena Sorbona, presagió para aquélla el monopolio de la «dirección intelectual, material y moral de las sociedades». Hasta nuestro Ramón y Cajal hubo de reprochar a Brunétiere, si bien con mayores reservas, la injusticia de semejante vituperio a la ciencia «por no haber cumplido—decía—lo que jamás prometió, ni está en su naturaleza realizar». En rigor, la Ciencia, abstracción impersonal, no había prome-

tido nada; pero sí los hombres que se preciaban de ser sus auténticos intérpretes. En cuanto a que no fueran de su incumbencia las tareas en las que se le achacaba haber fracasado, no deja de ser interesante la confesión y ella nos coloca ya en el centro de nuestro problema. A la verdad, este problema había sido ya planteado en Alemania, diez años antes de la fecha indicada en Francia, por el fisiólogo Emilio Dubois-Reymond, cuando, ante la Academia de Ciencias de Berlín, proclamó los que llamó «siete enigmas» del saber científico. De tales enigmas, consideraba tres como en principio solubres, si bien no se vea por hoy su solución, y haya que resignarse a confesar su ignorancia; *ignoramus*: tales son el origen de la vida, la finalidad de los organismos y la constitución de la razón y del lenguaje. En cambio, nuestra ignorancia es definitiva e insuperable—*ignorabimus*— respecto de las cuatro restantes: la esencia de la fuerza y de la materia, el origen del movimiento, la aparición de la sensibilidad y de la conciencia, la libertad de la voluntad. Contrariado ante semejante reconocimiento de «límites» infranqueables para el saber científico, Ernesto Haeckel, el demasiado famoso naturalista de Jena, hubo de responder con su libro *Los enigmas del Mundo*, en el que los daba por resueltos con su modismo simplista.

Posteriormente, la reacción contra la omnisciencia y la omnipotencia del saber científico se ha ido acentuando, y hoy es ya moneda corriente, entre los propios sabios, una mayor claridad de juicio acerca del verdadero papel de la ciencia en el complejo de los problemas vitales, y de la irreductibilidad de éstos, en lo que tienen de más vital, a un saber de tipo puramente científico. Pero la puntualización del tema requiere ya capítulo aparte.

## II

### LA CIENCIA POSITIVISTA Y SUS DEFICIENCIAS CULTURALES

Quizás no haya filosofía ni obra representativa de la mentalidad «científica» del siglo XIX tan exacta y autorizada como la de Augusto Comte en su *Discurso sobre el espíritu positivo*, aparecido en la primera mitad de dicho siglo. Supone Augusto Comte que la

Humanidad, acuciada por el afán de saber, ha pasado en su historia por tres etapas o edades fundamentales: la *teológica*, en la que explicaba el mundo y sus procesos por la voluntad arbitraria de los dioses o de un Dios; la *metafísica*, que cifraba el porqué de los sucesos mundanos en causas «ocultas» bajo el nombre de sustancias y de propiedades; finalmente, la *positiva*, característica de la época actual, que reduce el mundo a un sistema de hechos o «fenómenos» y su explicación a las relaciones de anterioridad, posterioridad y concomitancia entre los mismos, bajo la ley de un riguroso determinismo. En estas condiciones la consigna suprema de la vida humana consiste en *saber para prever; prever para obrar*. El *saber* constitutivo de la *ciencia*, supone, ante todo, el conocimiento de los hechos actuales y pretéritos y de sus conexiones, como garantía de la previsión de los llamados a realizarse en el porvenir; esta *previsión*, a su vez, permite, en gran parte, la actuación eficaz sobre ellos y su encauzamiento en orden a las necesidades vitales de la Humanidad: en ello estriba el *obrar* constitutivo de la *técnica*. De esta manera, la industria que ha venido, mediante el dominio de la Naturaleza, a transformar las condiciones de la vida humana, se halla cimentada en la ciencia positiva—puesto que, como dijo Bacon, «a la Naturaleza no se le puede mandar, sino obedeciéndola», o sea, utilizando sus propias leyes previamente conocidas—y la Ciencia, a su vez, no tiene su última razón de ser en sí misma, sino en la eficacia de la luz que proyecta sobre la actividad industrial. Ciencia positiva y Técnica industrial forman así un círculo de mística solidaridad, que viene a ser como el emblema de la cultura característica del siglo XIX y parece llamada a dar plena satisfacción a las preocupaciones todas de la vida humana.

#### A) EL SABER CIENTÍFICO Y SUS LÍMITES

Es fácil, no obstante, advertir la insuficiencia de una cultura reducida a un esquematismo tan simplista. Que se puede definir la Ciencia como el conocimiento de los hechos o fenómenos que integran el mundo aparente y de sus relaciones en el Espacio y en el Tiempo, no cabe duda, puesto que toda definición conceptual o verbal es una fijación convencional de límites, y los que se

ñalan el área de lo «dado» o de lo «positivo» en la experiencia humana, bien pueden ser reconocidos como propios de un concepto especial que los modernos han convenido en llamar «Ciencia». La deficiencia del positivismo no se halla, pues, en esta afirmación, que encierra lo que tal sistema tiene de «positivo», sino cabalmente, en su «negativismo», o sea, en su empeño por excluir del conocimiento todo lo que no sean hechos dados y relaciones entre hechos dados. Porque es de todo punto evidente que, limitado nuestro conocimiento a los puros hechos dados en la experiencia, ni la misma conciencia positiva es posible. Esta ciencia, en efecto, formulada justamente en los términos de Comte, consiste en «saber para preveer», o sea, en pasar del presente y del pasado al futuro. Ahora bien, si bien el presente nos es dado y el pasado nos lo ha sido, no así el futuro que, como tal, es todavía inédito, y cuya necesaria semejanza con el presente y el pasado no puede sernos conocida, sino a favor de un supuesto—el del determinismo o uniformidad y consiguiente universalidad de las leyes naturales—que no tiene nada de «positivo», sino de estrictamente «metafísico». La *metafísica* se halla así en el fondo de la Ciencia misma—y ahondando en ella, se llega a la propia Teología—y la Ciencia nos aparece como un sistema de conocimientos sólo convencionalmente limitados, puesto que los hechos o «fenómenos» que constituyen su objeto propio, lo están en varias direcciones. Todo sistema de fenómenos, en efecto, supone una realidad que tenga la clave definitiva de su explicación, o sea, de la explicación de cada fenómeno en sí—que en su persistencia se revela como la traducción de un «más allá»—y de las conexiones entre los fenómenos, cuya uniformidad dentro de cada ley y multiformidad entre las diversas leyes acusan su razón de ser en ese mismo «más allá». De esa manera, la Ciencia aparece limitada en lo «intrafenoménico» y en lo «interfenoménico» por una esencial referencia a lo «ultrafenoménico» que es precisamente lo metafísico.

Esta limitación de la Ciencia en su aspecto teórico y de «ciencia pura», condiciona forzosamente el área de la llamada «ciencia aplicada» o «técnica industrial». Ceñida la Ciencia al conocimiento de los fenómenos y de sus relaciones, se halla la técnica constre-

ñida al manejo de los mismos dentro del ámbito de su propio contenido. Y así el pintor no dispondrá en su paleta de más colores que los del arco-iris, ni el músico en sus instrumentos de más sonidos que los de la gama, y unos y otros se verán obligados en sus combinaciones cromáticas o acústicas, a sujetarse a las leyes que la física, en su departamento respectivo, va registrando como rectoras de la producción de los fenómenos ópticos o acústicos en relación con otros de índole mecánica, técnica o eléctrica. De este modo, nuestra actuación sobre la Naturaleza aparece doblemente coartada por la homogeneidad indeclinable de cada uno de sus objetos y de sus relaciones específicas, y la heterogeneidad irreductible de tales objetos y relaciones específicas entre sí.

#### B) EL HACER TÉCNICO Y SU ORIENTACIÓN

La consigna positivista de «saber para obrar», se revela también como deficiente, tanto por parte del saber científico como del obrar técnico, en razón del «para» que tiende a subordinar el primero al segundo como un medio al fin al que se endereza.

Es Bergson, el célebre filósofo francés, quien agudamente ha puesto de manifiesto hasta qué punto la llamada «Ciencia moderna» tan presumida de verdad y de objetividad, es una ciencia mutilada o imperfecta para lo que debiera ser la auténtica Ciencia de la realidad, tal como ésta se ofrece a una rigurosa intuición de aquélla. La Ciencia actual, en efecto, lejos de ser hija del *homo sapiens*, acusa su procedencia del *homo faber* en ese afán por su «industrialización», o aplicación a los menesteres de la acción, que es su característica. Supeditada a las exigencias de tal acción, o sea, enderezada al logro de objetivos de índole práctica, no toma la Ciencia de la auténtica realidad objetiva, sino los aspectos en que esta se presta a ser manejada. Bajo una consigna semejante, esta realidad y su ciencia correspondiente aparece de pronto despojada de su policromía cualitativa y reducida a la cantidad y al movimiento local, que le dan un carácter exclusivamente mecanicista. De este modo, donde la realidad se ofrece a la intuición como heterogénea, continua y en incesante movimiento temporal, se convierte—al decir de Bergson, al conjuro de la inteligencia—en un sistema de con-

ceptos homogéneos, discontinuos y especialmente estatificados: la infinita gama de colores intensivamente seriados en el espectro y de sonidos graduados en la escala, se define en una sucesión de siete colores o de siete sonidos muy aptos para ser actuados en la paleta de un pintor o la vibración de una cuerda, aunque muy distantes de la cambiante riqueza de matices propia de la realidad original.

Si por este lado la Ciencia aparece empobrecida bajo la consigna de una filosofía positivista, por otro lo es también la técnica a cuyo logro llega aquélla a subordinarse, porque, al invitarnos el positivismo a «saber para obrar», se olvida de decirnos en qué sentido hemos de actuar para hacerlo dignamente, o bien supone que todas las actuaciones habrán de ser equivalentes con tal que se hayan producido conforme al plan previamente fijado y al conocimiento de las leyes al efecto conducentes. Lo cual quiere decir, verbi gracia, que, en arte musical, lo mismo da que se produzca una algarabía de sonidos que un conjunto de alto valor melódico y armónico, con tal que uno u otro resultado hayan sido logrados «científicamente», es decir, con arreglo a la pauta trazada por la física en su rama de acústica. El más modesto sentido estético de la vida se rebela ante la conclusión semejante, como el más rudimentario sentido ético y jurídico protesta, verbi gracia, de que un explosivo sea indistintamente empleado en la perforación de un túnel y en la destrucción de vidas humanas, a pesar de que ambos resultados sean por igual científicamente conseguidos.

Y no es que—como algunas veces se dice—sea de suyo la Ciencia indiferente para la Moral. Un saber extenso y profundo no puede menos que reflejarse en las perspectivas de la valoración y acción morales, facilitando la prosecución de fines cada vez más altos, a través de medios cada día más eficaces. Pero, cabalmente, por el lado de la eficiencia de los *medios*, es patente que también puede ponerse al servicio de *fines* reprobables, con lo que se muestran la Ciencia y la Técnica «neutrales» en orden a la condición moral de los fines en cuestión. En cuanto a los *fines* mismos, su constitución como tales, o sea, la calificación o descalificación de un fin, no es ya tarea del *saber* científico ni del *hacer* técnico. El primero pue-

de decirnos lo que las cosas *son* y el segundo hacer que las cosas *sean* como queramos, pero ni uno ni otro tienen título alguno para señalar a la voluntad lo que *debe* querer. Uno y otro son «positivos» en el sentido de definir el «ser» de las cosas—ante todo el ser de «hecho» estrictamente positivo, y aun el ser de «necesidad», a la luz de la metafísica—, pero carecen de facultad «estimativa» capaz de descubrir «el valor» que va anejo al ser de las cosas. Para apreciarlo, hace falta superar el estadio del puro positivismo y aun de todo mero conocimiento de la realidad, y situarse en la perspectiva propia de la ética y de la estética, que nos revelan la *bondad* y la *belleza* de las cosas ya definidas como verdaderas, y aun la misma *verdad* considerada no ya lógicamente sino ontológicamente como la conformidad de un ser real con su tipo ideal.

De este modo, aparece en el horizonte de la filosofía del siglo, **xx**, bien alejado del positivismo de la del **xix**, la categoría del *valor*, objeto de la *axiología* o disciplina estimativa, como adyacente a la condición de todo *ser*, objeto de la *ontología* o disciplina estrictamente cognoscitiva del mismo. Una y otra afectan, no ya respectivamente al hacer práctico y al saber teórico, sino a los objetos de uno y de otro, pues, si el saber teórico es propio de las realidades naturales y el práctico de las artificiales, es obvio que en uno y otro dominio hay lugar a un puro conocimiento o a un conocimiento doblado de estimación. Así pues, antes que el «saber para hacer» del positivismo, procede afirmar el «saber y hacer para *saborear* lo sabido y lo hecho», dando por supuesto que no todo lo sabido y lo hecho es igualmente sabroso, sino que hay realidades naturales y artificiales que son buenas o malas, bellas o feas, justas o injustas, y que su calificación de tales se impone como requisito previo a toda conducta humana. Esto sin desconocer los fueros que algunas veces cabe proclamar de la «Ciencia por la Ciencia» y «el Arte por el Arte», pero supeditando aun en tal caso lo «positivo» de tal ciencia o de tal arte a lo «estimativo» de su verdad o de su error posibles.

También por otro lado resulta deficiente la fórmula del positivismo comtiano, «saber para hacer», como si, efectivamente, el orden entre estas dos funciones fuera siempre el indicado por la preposición «para» y no pudiera invertirse preconizando un «hacer para

saber». En rigor, los primeros movimientos del niño no son conductivos ni al saber teórico ni al hacer práctico, sino indiferentes al uno y al otro; procede, no obstante, reconocer que el exordio del conocimiento se halla en el llamado «teórico» o del puro saber científico, y que gracias a él se hace posible la pauta para la «práctica» de un hacer técnico acertado. No obstante, este «hacer» técnico se cifra también en la construcción de aparatos para una mejor y más amplia observación científica, así como también para la llamada *experimentación*, que viene a ser un hacer sin otra mira que la de mejor saber. De esta manera, el saber se halla respecto del hacer indistintamente en condición de medio y de fin, si bien uno y otro serán estrictamente *medios* cuando se pongan al servicio de objetivos vitales por lograr y *fin*es cuando propiamente se constituyan ellos mismos en objetivo vital.

Ahora bien, un objeto se constituye como *objetivo vital*, no sólo por ser conocido o hecho, sino por el valor que logra como tal objeto, o sea, por su rango en la escala jerárquica de los seres. En tal concepto—y ya dentro de la perspectiva *moral* que implica de la vida—el *positivismo* se muestra una vez más deficiente al señalar sus objetivos en las realidades existentes, sin invitar al espíritu a superarlas constantemente en vuelo ascendente hacia el ideal. Sólo el *idealismo* será capaz de dar satisfacción a esta exigencia, pero no lo hará sin franquear el ámbito de la pura Ciencia y de la pura Técnica.

### C) LA CIENCIA EN EL HOMBRE DE CIENCIA

El concepto positivista de ciencia y de la técnica se halla netamente enfocado hacia el aspecto «objetivo» de la vida humana: se trata de fijar *qué es* lo que el hombre se propone saber y hacer. En cuanto al *sujeto* de este saber y hacer y a la actividad que al efecto haya de desarrollar, nada se dice en la ideología comtiana, que parece formulada sobre el supuesto de una ciencia y de una técnica ya inventadas y logradas. No obstante, es obvio que toda *invención* supone una previa *investigación*—más o menos consciente, por lo demás—y es dado preguntarse por las condiciones de ella, que no serán ya científicas ni técnicas, sino presupuestos de toda Ciencia y de toda Técnica: serán condiciones netamente *vitales* del «hombre de ciencia».

Toda Ciencia y toda Técnica son, en efecto, inventadas por el

hombre en un trance de alumbramiento vital animado por una doble fuerza: de impulsión, por un lado, hacia el objetivo por lograr; de atracción, por otro, que este objetivo aun inalcanzado ejerce sobre el espíritu en tensión hacia él. La *eficiencia* y la *finalidad*, tan señaladas en la filosofía aristotélica, corresponden exactamente a este doble dinamismo, o mejor dicho, a este doble aspecto o doble perspectiva de un dinamismo espiritual, que, en cuanto brota de un sujeto, es eficiente, y en cuanto tiende a un objeto es final. Es curioso advertir, a este propósito, que los antiguos nunca dejaron, en medio de su presunto «intelectualismo», de subrayar este fervor espiritual indispensable para la gestación de la Ciencia misma, pero que por lo mismo no forma parte de ella. Y así Platón nos muestra al pensador arrebatado por el Eros hacia la región de las ideas puras; y Aristóteles cifra la más alta actividad humana en la filosofía, que no significa sólo «sabiduría», sino «amor» a ella, y por ende, algo profundamente cordial y vital.

Ahora bien, el dinamismo espiritual que señalamos, y que afecta a la vez por vía de fecundación a la Ciencia y a la Técnica, no las alcanza del mismo modo. El hombre de ciencia, en efecto, se constituye como tal en actitud de simple *espectador* de la realidad o idealidad que investiga y sobre la cual aspira a proyectar la luz de la verdad. A favor de esta luz, dicho hombre llega a planear una realidad distinta de la existente, y hasta la vía para realizarla, y en ello estriba el servicio que la Ciencia brinda a la Técnica, pasando así de la condición *positiva* propia de la Ciencia a la *normativa* conducente a la Técnica. Pero una cosa es proponerse una norma de conducta y otra decidirse a ponerla en práctica: esto último, peculiar de la técnica propiamente dicha, implica ya una condición de *actor* que contrasta netamente con la de *espectador* característica de la Ciencia. En una palabra, la pura Ciencia se cifra en el saber; el puro Arte en el hacer, y entre ellos se cierne ese intermedio entre el saber y el hacer que constituye la «norma» o sea el «saber cómo se hace». Así, el físico determina las leyes de flotación de los cuerpos; el nadador mantiene el suyo sobre el agua, y el profesor de natación le señala las posiciones al efecto necesarias.

La fórmula positivista parece desconocer la irreductibilidad de

estas diversas actitudes. Según ella—«saber para prever, prever para hacer»—el saber desemboca cuasi-automáticamente en el hacer, y hay una perfecta continuidad entre ambos. Pero, si así fuese, no habría lugar a semejante distinción, tanto menos cuanto que el tal *saber* se halla informado del principio determinista. Si yo sé que los seres—incluyéndome a mí mismo—son como son, hacen como son, y no pueden ser ni hacer de otro modo, ¿a qué viene preocuparme de un hacer que forzosamente habrá de constituir una prolongación del ser? No habría lugar, en todo caso, más que al «saber para prever»—primera parte de la fórmula positivista—y la pretendida «acción» subsiguiente sería una mera previsión de mi actividad futura. Holgaría toda «norma» destinada por ventura a mejorarla, y ello habría de afectar al propio saber, que a su modo no deja de ser una forma de hacer, o sea el hacer teórico. De esta manera, el determinismo complementario del positivismo viene a arruinarlo, y sólo cabe salvar sus axiomas capitales suponiendo en la actividad del sujeto humano, llamado a ejecutarlas, un cierto margen de indeterminación o libertad.

Si a tal conclusión conduce el exclusivismo positivista en orden a los procesos efectivos e impulsivos de la actividad humana, no difiere de ella la que se deriva de la modalidad afectiva o atractiva de dichos procesos, que se cifra en el *Eros* de Platón y la *Filia* de Aristóteles. También aquí hay lugar a distinguir entre la *apreciación* de los valores objetivos y su *apetición* por el sujeto, y la actitud de éste en el primer caso de irreductible a la del segundo. Entre uno y otro cabe señalar, asimismo, una actitud *normativa* que no se limita a registrar un hecho de valoración, cual hace el positivismo, ni llega a una decisión de perseguirlo, sino que simplemente se la *propone* a la voluntad enjuiciando el valor en cuestión en su grado correspondiente a la luz del valor supremo y absoluto y abriendo con ello un horizonte a la libertad de acción, de otro modo confinada en el determinismo de los motivos en juego.

#### D) LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA DEL SER HUMANO

El fundador del Positivismo, Augusto Comte, redujo el área de la Ciencia a las de tipo matemático y material (Astronomía, Física, Química, Biología). Nunca reconoció a la Psicología un estilo

propriadamente científico, dado que sólo por la reflexión e introspección podría construirse y que la introspección es una operación mental un tanto incoherente, que pretende el imposible desdoblamiento de un ser en sujeto observante y objeto observado. En cambio, en su «Sistema de Filosofía Positiva», hizo Comte un lugar, final de gran relieve, a la que llamó Sociología, y que, si bien parece examinar los procesos del espíritu humano, lo hace en forma objetiva y a base de sus manifestaciones en un ser exterior y superior a la individualidad personal, cual es la Sociedad.

Este punto de vista no deja de imprimir huella profunda en el «cientifismo» del siglo XIX. Dominados por la doble idea de la medida matemática y de la experiencia física por aplicar al objeto científicamente cognoscible, los hombres de ciencia se encontraron con que sólo la realidad material se prestaba estrictamente a semejante doble condición, y de ahí la práctica equivalencia, en la mentalidad del siglo XIX, de las siguientes expresiones: Ciencia—físico-matemática—de objetos materiales. De ahí, también, la intentada reducción de todas las propiedades de la materia a modos de cantidad y de movimiento local, a cuyo través es dado, no sólo fijar, sino también manejar aquélla. De ahí, finalmente, la clave de la técnica moderna, que no consiste sino en yuxtaponer en el Espacio y en el Tiempo los objetos detentores de la energía material, en sus múltiples formas, para lograr su tránsito del estado potencial al actual y viceversa y sus transformaciones equivalentes dentro del invariable límite de su totalidad conservada y del riguroso determinismo de sus conexiones.

No obstante, no pudo mantenerse por mucho tiempo la exclusión de la Psicología del ámbito de las disciplinas científicas, y ya desde mediados del siglo XIX hizo entre ellas su aparición con las investigaciones de *Psicofísica* y de *Psicofisiología*, en cuyas denominaciones es fácil advertir el sello del espíritu positivista que les diera el primer ser. Limitado todavía el objeto de la Psicología en tales disciplinas al estudio de la conciencia en sus relaciones con el mundo físico y con el organismo fisiológico, pronto fué considerada en sí misma, en su condición de «conciencia pura», pero aplicando a tal consideración la problemática y la metodología peculiar de la ciencia de la

materia, reputada como el arquetipo de la ciencia universal. De este modo, la *extrospección* y la *inducción*, en su doble forma de observación y experimentación, fueron utilizadas, respectivamente, en la descripción y explicación de los fenómenos conscientes, desligados ya de toda preocupación metafísica, y su tratamiento científico vino a culminar en la llamada *Psicometría* o aplicación de la matemática a la medida de los procesos mentales. A una Psicología así científicamente constituida, pronto hubo de seguir la *Psicotecnia* correspondiente, con idéntica pretensión de tratar la actividad mental a guisa de la material por yuxtaposición de funciones, cuando no a través de las de carácter orgánico, y huelga añadir que la *Pedagogía* hubo de resentirse inmediatamente de tal Psicotecnia científica, y aún llegó a intentarse su reducción a ella.

No obstante, para todo espíritu seriamente observador, era patente la irreductibilidad radical de lo mental a lo material, y, por ende, de las disciplinas llamadas a explorar ambos dominios, y ello sin perjuicio de ciertas zonas de común actividad y de mutua influencia derivadas de su coincidencia en el compuesto humano. Metodológicamente hablando, a la posible *extrospección* e *inducción* aplicables sobre todo a la conciencia ajena, se añadía, en el dominio de la conciencia propia, la *introspección* y la *intuición* como los instrumentos más adecuados de la investigación psicológica. En sus resultados pronto se advirtió—lo que ya el estudio de la vida aun orgánica había puesto de manifiesto—que la peculiaridad de la vida consciente consiste en proyectarse en el *tiempo* más que situarse en el *espacio*, revelándose, por ende, como una actividad ininterrumpida cuyos procesos sucesivos se hallan en una profunda compenetración mutua, al filo de un dinamismo señalado por cierta originalidad creadora, substraída a un estricto determinismo y aun abierta en sus cimas a una verdadera libertad. Finalmente, el abismo de lo material a lo espiritual se patentizó en la *intencionalidad* trascendente de las funciones cognoscitivas y volitivas, en las que el sujeto consciente comunica, mediante su actividad, con un mundo de objetos y de objetivos proyectados más allá de propio ser, y que, por lo mismo, son susceptibles de juicios afirmativos y negativos, ciertos y dudosos, verdaderos o erróneos. Con esto se plantea el problema capital de la vida del espíritu, de *validez* o

*invalides* de sus juicios o pretensiones de afirmación o negación, de prosecución o de aversión, por razón de la conformidad o disconformidad de los que *de hecho* formula con los que *de derecho* debe formular. Semejante opción afecta a la totalidad de los problemas antes mencionados, problemas del ser y del valer, de la verdad y del error, de la bondad y la maldad, de la belleza y la fealdad, de la justicia y la injusticia, que son como el alma del conocer, del estimar y del apetecer humano.

En vano trata de soslayarlos el llamado *psicologismo*, que es como el positivismo científico aplicado a la conciencia. Para él, sin desconocer las pretensiones de transcendencia y los problemas de verdad o de error, que son la constante inquietud del espíritu humano, su origen y clave de solución se halla únicamente en el sujeto, y tiene, por lo tanto, un carácter puramente immanente. La conciencia es como un invisible aparato de *proyección* mental, que radica en la «subconciencia», y tiene la virtud de objetivar sus propias representaciones que al ingenuo espectador dan la sensación de estar situadas en un «más allá» a la conciencia misma, siendo así que se hallan bien encerradas en su ámbito. A la proyección sigue la *asociación*, que va enlazando unas representaciones con otras y sus objetivaciones correspondientes, sin franquear tampoco el área de lo puramente subjetivo. De este modo se va construyendo una *psicología* con pretensiones de «científica», por hallarse calcada en el modelo de las Ciencias Naturales, que, efectivamente, proceden de lo simple a lo compuesto, de lo elemental a lo total, del análisis a la síntesis, pasando por una especie de asociación del átomo a la molécula, de la molécula a la célula, de la célula al organismo. Y así como la trama de los hechos naturales se supone regida por un inflexible determinismo, también lo está la de los procesos mentales, con lo que cada uno de los hombres da de sí, en cada momento, todo y sólo lo que es capaz de dar, lo mismo en orden al ejercicio de su actividad que en cuanto a la especificación afirmativa o negativa, cierta o dudosa, del error, del sentir y del querer.

Pero la reacción contra semejante simplificación de los problemas vitales y mentales es ya manifiesta en la Filosofía y hasta en la Psicología actual. Esta no es ya simplemente *descriptiva* y *expli-*

*cativa*, sino también *comprendiva* de las funciones mentales, por lo mismo que contienen un *sentido* y un *valor* en su pretensión de transcendencia. Esta pretensión, oscilante siempre entre el sí y el no, contradiciéndose entre los varios objetos humanos o rectificándose dentro del mismo, plantea al hombre, constantemente, un problema de *crítica* o elección fundamentada. Ahora bien: esto no es un problema de *cantidad* o composición de fuerzas por el estilo de las materiales, y aun de las mentales puramente intensivas, sino de *calidad* o correspondencia entre el hecho de la afirmación o prosecución subjetiva y el *derecho* de la exigencia objetiva de tal afirmación o prosecución; cuando una y otra están conformes, el hombre ha logrado la verdad y el bien, y se halla dominado por el error y el mal en caso contrario. Y es la persona humana, en su concentrada plenitud, el artífice de su propia vida, que no es, por lo tanto, una mera resultante de la confluencia de determinados y determinantes estados de conciencia: sin perjuicio de reconocerles la debida influencia en el seno de la misma; la última decisión se halla en el sujeto que los produce y dirige, bien sea al filo de su espontaneidad vital, bien con ya más cabal señorío a la luz de la inteligencia y al decisivo gesto de la voluntad libre.

De este modo, la pura Psicología, incluso la introspectiva e intuitiva, se muestra insuficiente para resolver los problemas vitales del hombre, puesto que el suyo se reduce a enfocarlos en su vertiente subjetiva, dándonos una «idea» de la vida humana y una «teoría» de sus procesos cuando la vida, en su realidad palpitante, es una profunda comunicación del sujeto viviente con sus objetos vividos a través de la actividad vital. Y si bien los psicólogos tienen razón en denunciar la frecuente falacia de esta presunta comunicación y explicarla en función de condiciones subjetivas, ello no desvirtúa la fundamental orientación del sujeto hacia un mundo de objetos y sólo impone cierta reserva crítica en el enjuiciamiento de los mismos; y ello en virtud de un criterio que no sea precisamente psicológico. De no admitirlo, hasta la propia psicología desaparecería, pues tampoco ella deja de albergar pretensiones de transcendencia en sus afirmaciones sobre el ser del sujeto humano, afirmaciones incontrastables a la luz de un puro psicologismo.

## III

## LA INTEGRACION DE LA CIENCIA EN LA CULTURA

Terminada la crítica del concepto positivista de la ciencia y de su investigación, nos hallamos ya en condiciones de precisar su auténtico sentido y valor dentro de la vida y la cultura humana. Lo haremos en sucesivas conclusiones que resuman la doctrina.

I. La *Ciencia* es una función parcial de la cultura humana, a saber, la función del conocimiento de la verdad, llamada por lo mismo a integrarse con las demás—la estimativa y la productiva del bien y de la belleza—en una viviente armonía.

La mutualidad o reciprocidad de tales funciones se echa de ver desde el momento en que para apreciar o apetecer el bien o la belleza natural o artificial, se precisa conocer los objetos a que tales valores van anejos; y, por otra parte, este puro y simple conocimiento puede también ser apreciado y apetecido como bueno o como bello. Por lo tanto, la investigación científica puede contribuir al fomento de la valoración moral o estética, pero no la implica por sí misma, reducida como se halla al conocimiento verdadero de cómo *son* las cosas o actúan las personas (conocimiento *positivo*), no de cómo *deben* ser o actuar para ser buenas o bellas (estimación *normativa*); menos aún incumbirá a la ciencia la *realización* de tales valores morales o estéticos (producción *efectiva*).

II. Pero si tal es la condición de la *ciencia* abstractamente considerada, en la vida concreta del *hombre de ciencia* puede y aun debe florecer en íntima conexión con la plenitud de dicha vida, y ello sin el menor detrimento de su autonomía funcional. Esta integración de la ciencia en la vida podrá hacerse al doble título de *fin* o de *medio*. Se constituirá la ciencia en *fin* de la vida cuando se la cultive por sí misma (la «ciencia por la ciencia»), y por ende sin más interés que el conocimiento de la verdad, sea por lo demás grata o ingrata, por cifrarse en ella un bien digno de ser amado y aún servido por otras funciones vitales a título de medios. Pero el hombre de ciencia, a su vez, no se desdeñará de ponerla como *medio* al servicio de fines no científicos, sino morales o estéticos, cuando éstos puedan beneficiarse de su colaboración.

III. Se halla en relación con esta distinción la de la ciencia en pura y *aplicada*, o mejor dicho en *teórica* y *práctica* o *técnica*. El puro saber científico, y, por ende, de carácter teórico, es el fundamental e inicial, pero llamado en la vida a desembocar en el hacer práctico, previa la aplicación de la teoría a la práctica mediante *normas* de acción en aquélla inspiradas. La ejecución y realización de estas normas—o sea el tránsito del «saber cómo se hace» al «saber hacer» y al «hacer mismo»—no entra ya en el concepto de ciencia ni en el área de su investigación. En todo caso, la ciencia, en su vertiente práctica o técnica, se hallará esencialmente subordinada a las disciplinas normativas, no en cuanto a *cómo* debe proceder para conseguir un éxito (valor de eficacia regulado por la ciencia teórica), sino a *qué* debe proponerse como objetivo final (valor de utilidad con vistas a la bondad, la belleza y aun a la propia verdad científica, cuando es lograda por la vía práctica de la experimentación). Otra cosa sería convalidar el empleo de una ciencia eventualmente puesta al servicio del mal, cual una triste experiencia nos pone diariamente de manifiesto.

IV. Puntualizando ya más el área de la investigación científica, le señalaremos dos horizontes sensiblemente distintos: el de las ciencias de la *materia* y el de las ciencias del *espíritu*, si bien unas y otras se encuentran y relacionan en el conocimiento del ser humano compuesto de cuerpo y alma, organismo y conciencia.

A. Las Ciencias de la *Materia* son, por un lado, la *Matemática*, que la estudia en su aspecto cuantitativo; y, por otro lado, la *Física*, la *Química* y la *Biología*, que consideran sus cualidades en sus conexiones de coexistencia y sucesión, reguladas por las leyes de la Naturaleza; la *Física matemática* representa la aplicación meusurativa de ésta a las relaciones descubiertas por aquéllas. Tales ciencias, limitadas a un mundo de puros objetos, cual es el material, no implican más norma que la fidelidad a una metodología rigurosamente objetiva.

B. En cambio, las Ciencias del *Espíritu* se refieren a un sujeto humano que se comunica con un mundo de objetos a través

de su actividad, pero no de una actividad meramente cognoscitiva, y menos puramente científica, teórica o práctica, sino también estimativa y volitiva, dando con ello a su vida un sentido trascendente. La Ciencia *psicológica*, llamada a estudiar al hombre individual, así como la *sociológica* al hombre social, lo harán sin adoptar el prejuicio de dar a sus vivencias trascendentes un sentido y alcance puramente immanente, al pretender explicarlas en virtud de resortes meramente subjetivos, confundiendo la psicología y sociología de la moral, del arte, de la religión y hasta de la ciencia misma, con la ciencia, el arte, la moral y la religión propiamente dichas, que, como tales, envuelven una valoración de sus objetivos vitales ajena a la pura psicología o sociología.

V. El grupo de ciencias mencionadas estudian los *hechos* materiales o mentales, pero idealizados, o sea, prescindiendo de su existencia real—salvo la consideración de ésta como punto de partida para su idealización o como término de aplicación de la misma—y, por ende, dotados de necesidad y universalidad en sus conexiones formuladas por los *teoremas* matemáticos y las *leyes* físicas, químicas, biológicas y psico-sociológicas.

Queda el conocimiento de tales hechos en su perspectiva de pura realidad y singular individualidad, situada en el Espacio (*Geografía*) y desarrollada en el Tiempo (*Historia*). Tal conocimiento, por interesante que sea, no se llama científico, sino en un sentido más amplio y, por su integración, con los métodos de las ciencias anteriores para descubrir los hechos en cuestión y con sus conclusiones para explicarlos. En esta explicación, tratándose de hechos de la geografía o historia humana, se cuidará también de no desvirtuarlos de su valor trascendente—lógico, estético, ético, religioso—sin perjuicio de una crítica depuradora y constructiva del mismo, a la que contribuirán la psicología y la sociología con las disciplinas normativas propiamente dichas.

VI. Modernamente se entiende más bien por ciencia el conocimiento de los *fenómenos* o apariencias del ser, tal como se traduce en los hechos materiales o mentales cuya ordenación persigue el saber científico. Pero no debe ello entenderse en el sentido de que el conocimiento humano se reduzca forzosamente a tal mundo de fenó-

menos, sino que, en ellos mismos, entre ellos y a través de ellos nos es dado captar, hasta cierto punto, la auténtica y trascendente *realidad* que encubren o, mejor dicho, manifiestan. Esta revelación constituye precisamente el objeto de la *Filosofía* o *Metafísica*, que abarca la totalidad de los fenómenos que se dan a nuestra experiencia exterior en las ciencias de la Naturaleza y a nuestra experiencia interior en las del Espíritu. Más allá del doble mundo así visible, y como su primer principio y último Fin, columbramos el Ser supremo, Dios, Creador del Mundo, a cuyo través, y sólo por analogía con El, le conocemos, rindiéndole con la Religión el homenaje de nuestra adoración y de nuestro amor.

VII. Con esto queda definido el horizonte del conocimiento científico propiamente dicho y de su ampliación o prolongación en el metafísico. Pero si toda ciencia y metafísica es conocimiento, no quiere esto decir que todo conocimiento sea científico o metafísico. En la vida humana, con la *ciencia* se halla la *fe*, al saber acompaña el creer, y de uno y otro cauce se nutren, indistintamente, las convicciones humanas. Y no se juzgue—como es tan frecuente—que la pura ciencia las inspira en el dominio meramente natural, reservándose la fe para el sobrenatural y religioso. En uno y otro se dan ciencia y fe, no como dos vías paralelas, sino interferentes y compenetradas entre sí, fundiéndose sin confundirse en una misma actividad cognoscitiva, que rara vez es de ciencia pura o de fe ciega, sino que se compone, habitualmente, de una ciencia mezclada de creencia o de una fe autorizada por una previa credibilidad cimentada en la ciencia.

a) Ello es ya obvio en el dominio más estrictamente científico, que es el de las Ciencias *naturales*, con el triple margen de la fe que suponen en la capacidad no infalible de nuestros sentidos y nuestra memoria, en la estabilidad del orden natural y en la universalidad de sus leyes, extraídas de una limitada estadística de casos y resultados uniformes y aplicadas luego a una realidad siempre distante de la abstracción ideal propia de las leyes.

b) Al pasar al dominio *psicológico*, si bien por un lado se impone más que nunca la evidencia científica en la introspección de los hechos de conciencia constitutivos del presente y pasado de la mis-

ma, la fe, sola o apoyada en la experiencia anterior, nos inspira, muchas veces, lo que somos capaces de hacer o acreedores a esperar en el porvenir. No es ajena a esta perspectiva de fe la propia investigación científica, hija, tanto como de la inteligencia, de la voluntad y de la afectividad o entusiasmo por tal investigación, que estimula y sostenga el ánimo de sus cultivadores en su laboriosa gestación.

c) La vida mental propia de un individuo se torna *social* al enfrentarse con la de los demás y reconocer en ellos, también en buena parte por la fe en la significación de su conducta y lenguaje corporales, la existencia de una conciencia análoga a la propia. Una vez descubierta, a ella nos entregamos en multitud de trances de nuestra vida, no sólo recibiendo elementos de juicio que valoramos con criterio personal, sino también prestando a las afirmaciones y promesas ajenas un crédito de verdad o de fidelidad respectivamente, más o menos avalado por los motivos de credibilidad, cuando no impuesto en la práctica como presunción de verdad por exigencias de vida. Ello afecta de lleno al propio saber científico, que no es tanto fruto de una elaboración individual cuanto de una colaboración social, cuya aglutinante es la mutua confianza entre los sabios o investigadores. Toda la enorme fuerza de la autoridad doctrinal, social o política radica en esta fe, otorgada por cada individuo a las convicciones o mandatos de otro individuo o de una colectividad.

d) Al trascender lo natural y lo humano con la perspectiva de lo *divino*, indeclinable como última explicación de aquéllo, pero no por eso en sí mismo menos invisible, el valor de la fe se acentúa, si bien basado en un relativo saber científico y filosófico. Este valor sube de punto con la creencia en Dios, no como manifestado por la Naturaleza sino como revelado sobrenaturalmente en la Historia a través de sus Profetas y Enviados. Si bien la misión de éstos se acredita por hechos milagrosos, no ajenos como tales a la jurisdicción científica y filosófica, la última palabra de la adhesión a lo sobrenatural estriba siempre en la fe, que interpreta aquellos mismos hechos como un signo de afirmación divina, en razón de las disposiciones morales con que es acogida por el creyente. Esta fe se completa con la esperanza de que la vida del hombre, incluso del «hombre de ciencia», está llamada a un destino divino, no como un don puramente

gratuito, sino por lograr meritoriamente con la «gracia de Dios», impetrable ella misma mediante la oración. He ahí por dónde el hombre de ciencia puede serlo, a la vez, de «laboratorio» y de «oratorio» sin que lo uno sustituya, ni menos estorbe, a lo otro, antes bien, se refundan en la suprema armonía de la Verdad conducente al Bien y del Bien cifrado en la Verdad, expresiones ambas de Dios que se nos revela como Luz y como Amor de un Poder sin límites.

Termino haciendo votos para que la investigación científica, tan vigorosamente impulsada por la renaciente España Nacional, dé los óptimos frutos que fueran el mejor mentís a la «leyenda negra» de nuestra incapacidad científica. El éxito de la empresa radica ya únicamente, aparte de la descontada potencialidad de nuestro genio nacional, en la intensidad y continuidad del trabajo con que tal empresa sea proseguida, y el rigor metodológico que presida a su conducción. Por lo demás, que tal investigación se halle entre nosotros al abrigo de las desviaciones que tantas veces la han adulterado, es de esperar del sentido integral y jerárquico en que se ha inspirado la creación ministerial, con la debida consideración de los límites de cada disciplina y de sus relaciones de coordinación y subordinación con las demás, dentro del simbólico «árbol» de la cultura humana que constituye la enseña del Consejo promotor y director de la gran tarea.

JUAN ZARAGÜETA

# LA EDUCACION DE LOS INDIGENAS DE GUINEA

**A**RMENGOL Nicolás y Lorenzo Bela son dos muchachos pertenecientes a la clase media acomodada de Fernando Póo. Sus padres no poseen grandes fincas de cacao ni son propietarios de importantes empresas industriales o eléctricas, como los Jones, los Dugan y las familias próceres «fernandinas», oriundas, en su mayor parte, de Sierra Leona, pero cuyos hijos, aun educados algunos en Inglaterra, aman a España como a su verdadera Patria y a la isla de Fernando Póo como a su tierra natal, su patria chica.

Los señores Nicolás y Bela poseen casa propia en Santa Isabel, una casa eminentemente tropical, de madera sobre postes de cemento, con una galería que la circunda y que hace francamente agradables y frescas las habitaciones—pocas y amplias—que hay en su interior.

Tienen unas finquitas de cacao, que cultivan ellos mismos, ayudados de unos cuantos braceros «calabares»—esto es, oriundos de la colonia inglesa «Calabar», donde sus malas condiciones de vida les empujan a buscar trabajo en nuestra preciosa isla fernandina—y desean vivamente que sus hijos sirvan al Estado español en algún puesto secundario de la Administración Colonial.

Armengol es espigado, inquieto, de ojos muy vivos y fácil comprensión; estudia con entusiasmo la Geografía, y en sus sueños de adolescente—tiene doce años; y sabido es que la raza negra es más precoz que la blanca, si bien se agosta antes—se imagina que a bordo de una motonave blanca que todos los meses toca en la Isla, deja su tierra y se trasplanta a Europa, al Continente civilizado y se queda a vivir en su Patria, en España, que antes de conocerla se le representa adornada con toda clase de comodidades

e ingeniosos inventos. Aunque él viniera dispuesto a no dejarse llevar por la admiración, valiéndose de la frase «comodín» que tantas veces ha oído a sus mayores: «Eso es cosa de blanco», se queda estupefacto al ver «de verdad», en sueños, los altos edificios de las grandes urbes, que sólo ha contemplado en el cine, pero que ahora le parecen abrumadores en su altitud y en su riqueza de mármoles y cristal; sueña que se marea con el abundante tráfico de las calles principales y se despierta súbitamente ante el riesgo inminente de ser atropellado por un tranvía...

El irá a España y todos sus esfuerzos los encamina a conseguir una beca del Patronato de Indígenas para poder estudiar una carrera corta en la Metrópoli.

Lorenzo Bela es, por el contrario, más tranquilo de genio y más tardo en su inteligencia; estudia con tesón y quiere a toda costa cumplir la voluntad de su padre; él será auxiliar administrativo en la Secretaría General del Gobierno o en la Delegación de Hacienda, pero sin necesidad de dejar su isla, de adentrarse en lo desconocido; casi le aterra el pensar vivir entre blancos, muy lejos de su casa, en una ciudad llena de ruidos; él conoce los automóviles porque los ha visto desde pequeño en Santa Isabel, pero no alcanza a comprender cómo puede haber tantas líneas de tranvías sin confundirse, al mismo tiempo que autobuses, metro, etc.; él estudiará todo lo que le enseñen los blancos—a quienes ve muy superiores a él—, pero en su país, sin abandonar a sus padres y amigos, aunque se prive de ver la civilización en toda su pujanza, que es precisamente lo que le atrae a Armengol. Este discurre del siguiente modo: Si los blancos son capaces de construir los automóviles que andan solos, y los motores que producen la luz eléctrica y el hielo, y los gramófonos que tanto ha admirado desde pequeño y los transportan hasta aquí, tan lejos, en unos barcos que andan sin remos ¿qué no tendrán en su tierra? ¿qué maravillas no encerrarán en su país?

Estos dos muchachos, típicos de nuestra Guinea, plantean al Estado colonizador un problema de educación.

¿Qué será más conveniente a su formación espiritual? ¿Enviarlos a la Metrópoli a que reciban una instrucción superior, des

pués de haber cursado los primeros estudios en el Colegio de los P. P. Misioneros del Corazón de María o en las Escuelas del Estado, o llevarles el Instituto y la Escuela especial a su tierra natal?

Armengol y Lorenzo fueron sometidos a dicho tratamiento, de acuerdo con sus aspiraciones. El primero consiguió la beca del Patronato y se trasladó a la Península a cursar los estudios de un peritaje.

El segundo permaneció en Santa Isabel y se dedicó a estudiar mecanografía, contabilidad y práctica administrativa. A los dieciséis años ganaba una plaza de auxiliar administrativo y era destinado a la Delegación de Hacienda en Santa Isabel.

De Armengol las noticias que se recibían en la Colonia eran contradictorias. Los informes oficiales eran satisfactorios; asistía con asiduidad a la Escuela especial; guardaba suma atención durante las explicaciones de los Profesores; era educado, sumiso, formal... Sus amigos, por el contrario, estaban informados de las diversiones de Armengol; iba diariamente al cine, asistía a muchos bailes, donde por su color y su destreza innata obtenía un éxito constante y su amistad era codiciada por lo exótico del caso.

Llegó final de curso y los Profesores, teniendo en cuenta las circunstancias especiales del alumno y con el fin de animarlo para lo sucesivo, le aprobaron a duras penas, ya que reconocían que no había estudiado lo suficiente. Las vacaciones escolares las pasó también en la Península, pues resultaban demasiado cortas para ir y volver a su lejano país. En ellas, en un ambiente de entera libertad, no cogió un libro ni repasó un apunte, sino que se dedicó por entero al deporte y al baile.

Comenzó el segundo curso, y la ciudad—al serle más conocida—le brindó todos los encantos de una civilización viciosa; hizo, además, un descubrimiento interesante; la mejor forma de combatir el frío, ese frío helador e inhóspito, desconocido en su país tropical, era ingerir cognac en grandes dosis.

Llegó a faltar un día a clase; alegó la excusa de que se había enfriado y también la acogieron los Profesores que hasta le aconsejaron que los días de mucho frío no debía salir de casa y le dispensaban, por tanto, de la asistencia a las aulas. El mal estaba hecho.

Como el invierno era bastante largo y se encontraba sin obligación alguna que cumplir que jalonara sus horas, comenzó a levantarse tarde y a trasnochar..., a pesar de que el frío era la excusa que utilizaba para no asistir a clase. Vivía, por tanto, en un completo contrasentido; no salía a las horas de sol por razón del frío, y, sin embargo, se retiraba a casa a altas horas de la madrugada después de haberse entregado a sus dos pasiones favoritas: el baile y el alcohol.

Pero esta conducta no podía quedar por siempre oculta; sus superiores—funcionarios de la Dirección General de Marruecos y Colonias—se enteraron, le hicieron las consideraciones de rigor, pero Armengol—un abúlico como todos los de su raza—no encontraba fuerzas para abandonar el cómodo camino emprendido.

Se dió cuenta oficial a sus Profesores y en los exámenes ordinarios de junio fué suspendido, en vista del desconocimiento absoluto que tenía de las asignaturas y ante la consideración de que la insignificante labor desarrollada no se debía a falta de preparación o inteligencia, sino, por el contrario, a exceso de vicios y al incumplimiento de sus deberes escolares. A pesar de ello, se le brindó como última ocasión la posibilidad de aquel verano para ver si estudiaba con todo empeño a fin de recuperar el tiempo perdido, y en septiembre era aprobado.

Pero durante el estío él se encontraba en su elemento; con calor y vino, su resistencia física se resentía en el baile, antes por lo último que por lo primero. En los exámenes extraordinarios obtuvo el mismo resultado, y en octubre fué obligado a embarcar para la Guinea.

Como Armengol no se encontraba muy bien de salud a causa de la desarreglada vida que había llevado, afirmó entre sus coeterráneos que había regresado a su país sin terminar la carrera porque no podía tolerar el clima de Europa, y la Administración—siempre propicia a velar las decisiones fuertes que adopta—le sirvió de cómplice en esta desfiguración de la verdad. Como es sabido, en nuestra Colonia de Guinea, los indígenas están divididos en emancipados y no emancipados, según el grado de cultura que han alcanzado, siéndoles permitido solamente a los primeros el beber

alcohol en sus variadas, y más o menos nocivas formas. Los no emancipados sólo pueden ingerir cerveza o vino en los días de la Natividad del Señor.

Pues bien, Armengol Nicol, que fué un estudiante aprovechado en su adolescencia, que ha permanecido durante dos años en España, en la Metrópoli, es, naturalmente, considerado como emancipado al igual que Lorenzo Bela, que es un digno funcionario de la Administración Colonial. Precisamente en la boda de éste con una indígena formal, Cristina Riopo, muy amante de su virginidad como todas las bubis, no contaminadas con la «civilización», es donde Nicol produce el primer escándalo.

Se emborracha rápidamente, con prisa—es de observar que todos los individuos de razas jóvenes, primitivas, sean negros, amarillos o cobrizos, como no van buscando en el alcohol otra cosa que el fin, no el intermedio, beben con ansia hasta llegar a la pérdida absoluta de la conciencia; no les interesa ese estado de optimismo falso que denominamos con la frase «estar alegre», no; lo que quieren es olvidarse de sí, no sentirse a sí mismos, y por ello empinan la botella de coñac o de whisky, hasta que ésta, por el efecto adormecedor del líquido, se les cae de la mano—; comienza a molestar, insultando a las muchachas indígenas que han acudido a la fiesta nupcial y cuando se le afea su conducta, replica como único argumento que eso es lo que se hace en España en los «cabarets», y prosigue—perdido ya el freno—emitiendo juicios irrespetuosos, incluso para las Autoridades de la Colonia; también en este sentido hicieron mella en su espíritu, blando como la cera, la propaganda del Frente popular que entonces, durante la figurada estancia de Armengol en España, comenzaba a manifestarse en la Metrópoli. La fiesta termina para él llevándose a su casa y encerrándolo para que no siga gritando y escandalizando a sus compañeros.

Como al fin y al cabo Santa Isabel es un pueblo pequeño, la cosa llega a oídos de la Policía que al día siguiente lo llama y le amonesta severamente; su carácter díscolo se revela y entonces en aquel alma llena de pasiones y carente de voluntad, ilusionada un tiempo con la Madre Patria, en la que ha estado materialmente,

corporalmente, pero sin llegar a descubrir su verdadero espíritu, su profundo y noble modo de ser, empieza a germinar el espíritu rebelde de un descontento, de un injustamente tratado, de un traidor...

Y mientras Lorenzo Bela, ya casado, dedicado por entero a su casa y su función pública, querido y respetado de sus familiares y vecinos que acuden a él—como más inteligente y enterado—para que les sirva de guía en lo que para ellos aparece como intrincada red de organismos administrativos y autoridades blancas, Armengol, por el contrario, ha sido desposeído de su condición de emancipado, porque se valía de ella para adquirir vino y venderlo a sobreprecio a los que no lo eran, y se halla muchas veces al borde del Código Penal, porque, valido de su cultura, ha hecho suscribir con engaños a sus conocidos, documentos comprometedores o deudas imaginarias para con él...

En esta situación llega el Movimiento Nacional y al incorporarse la Isla de Fernando Póo a la Causa Gloriosa de Franco no hay más remedio que encarcelar a Armengol—único indígena que ha colaborado activamente con los frentepopulistas—mientras que Lorenzo Bela, como todos los demás bubis están consternados al ver hasta una veintena de europeos detenidos—cosa nunca vista en la Colonia—y afirman con horror, presos de un incontenible pánico, presagiador de grandes males: «gran palabra tienen los blancos»...

Ante el cuadro que, a grandes trazos—impresionismo puro—os acabo de dibujar, ¿no creéis, queridos lectores, cuyo interés por las cosas coloniales quisiera despertar en vuestro ánimo, que el colonizador español, la autoridad educadora del indígena de Guinea, se queda perplejo, fruncidos los ojos para aminorar el campo visual e intensificar la visión y con el oído atento para recoger las sugerencias que se le hagan? ¿qué debe hacerse? ¿Traer al niño, al adolescente, a la Madre Patria para su formación en contacto con la muchachada española o llevar los centros superiores de Enseñanza a la Colonia para que en ellos se formen, solos, los jóvenes indígenas seleccionados por su inteligencia y laboriosidad? ¿o las dos cosas, al mismo tiempo?

Es de advertir que el panorama moral y político que existía

en España en la época en que se imagina la presencia de Armengol en ella, ha desaparecido, gracias a Dios, de nuestro horizonte actual; ahora existen instituciones oficiales y particulares que, a más de preocuparse de la fría instrucción del estudiante, le educarían su espíritu con esmero y con profundo sentir cristiano, pero la psicología del negro—que es tan difícil de determinar y que yo no pretendo examinar aquí— es tan especial que quizás tenga una proclividad manifiesta para asimilarse con entera rapidez los vicios de la civilización europea, sin cargar como lastre equilibrador con sus virtudes.

Es muy frecuente, al oír hablar a personas que se dicen conocedoras de estas materias, escuchar fórmulas como la siguiente: «los negros son niños grandes». Independientemente de que siempre es aventurado el encerrar en el molde estrecho de una fórmula la psicología de un pueblo, creemos, con Maurice Delafosse, que esas apreciaciones proceden «de una observación fragmentaria y superficial, cuando no son debidas a ideas preconcebidas y a tradiciones admitidas sin examen alguno»...

Es cierto que se observa, generalmente en bubis y pamués—indígenas, respectivamente, de Fernando Póo y de nuestra Guinea Continental—, un afán de imitar al blanco, pero esta condición no es exclusiva del niño, sino que germina en todo ser inferior que reconoce la superioridad de otra persona.

«La mentira y la picardía—afirma Delafosse en su interesante obra «Los Negros»—no son más comunes entre los negros que entre los demás grupos humanos. Ciertamente es, sin embargo, que la astucia viene exaltada por su literatura popular como una de las virtudes primeras de la naturaleza humana; pero la lealtad y la abnegación no se hallan menos esparcidas entre ellos; y, cosa cuando menos interesante, los mismos negros que descuellan por la picardía más intensa y por la mayor habilidad para mentir, suelen ser, en otras ocasiones, modelos de fidelidad y demuestran una franqueza rayana en la candidez».

Sea cual fuera la resultante obtenida después de un detenido estudio de la psicología del indígena de nuestra Colonia de Guinea, quiero concluir como corolario natural del caso presentado a nues-

tra consideración, que es preferible, a mi juicio, para conseguir una educación esmerada y completa del colonizado el mantenerlo en su medio ambiente, si bien aislado en lo posible de sus costumbres y tradiciones que pudieran ser perjudiciales a la moral cristiana y a la norma civilizadora, vigilado constantemente por sus educadores blancos, de una conducta intachable y de una gran vocación docente y sin que vea, a su alrededor, ningún ejemplo desmoralizador o vicioso en los individuos que pertenecen a la Nación colonizadora.

Urge, por tanto, el instaurar en nuestra Colonia adecuados Centros de enseñanza media, profesional y técnica, servidos por Profesores competentes, que hayan sentido con fuerza el hálito impulsor de la vocación misionera.

**FRANCISCO MARTOS AVILA**  
JEFE DE LA SECCION DE COLONIAS

# NOTAS

## DEL EXTRANJERO

### HUNGRÍA. — Plan de estudios de la Segunda Enseñanza

El Ministro de Cultos e Instrucción Pública, por Decreto del 25 de mayo de 1938, ha publicado el plan de estudio de los Institutos masculinos y femeninos de Enseñanza Media. El plan de estudios de ambos centros es el que se inserta a continuación:

#### INSTITUTOS MASCULINOS

ASIGNATURAS	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	Total
1. Religión y moral .....	2	2	2	2	2	2	2	2	16
2. Lengua y literatura húngaras .....	5	5	4	3	3	3	3	3	29
3. Historia .....	»	»	3	3	3	3	2	3	17
4. Ciencias económicas y sociales .....	»	»	»	»	»	2	»	»	2
5. Geografía y Etnografía ...	3	4	2	»	»	»	2	»	11
6. Latín .....	5	5	4	4	4	4	4	4	34
7. Griego .....	»	»	»	»	4	4	4	3	15
8. Alemán .....	»	»	4	4	3	3	3	3	20
9. Italiano, francés o inglés ..	»	»	»	»	4	4	4	3	15
10. Filosofía .....	»	»	»	»	»	»	»	2	2
11. Historia Natural .....	2	2	»	3	5	»	»	»	12
12. Química .....	»	»	»	»	»	3	»	»	3
13. Física .....	»	»	2	»	»	»	4	4	10
14. Matemáticas y Geometría ..	4	5	3	3	3	3	3	3	27
15. Dibujo y nociones de Historia del Arte .....	2	2	2	2	»	»	1	1	10
16. Educación física .....	4	4	4	4	4	4	4	3	31
17. Higiene .....	»	»	»	1	»	»	»	1	2
18. Caligrafía .....	1	»	»	»	»	»	»	»	1
19. Taquigrafía .....	»	»	»	2	»	»	»	»	2
20. Canto .....	2	2	1	»	»	»	»	»	5
21. Deportes .....	»	»	»	»	2	2	2	2	8
Total de horas .....	30	31	31	31	33	33	34	34	257

## INSTITUTOS FEMENINOS

ASIGNATURAS	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	Total
1. Religión y moral .....	2	2	2	2	2	2	2	2	16
2. Lengua y literatura húngaras .....	5	5	4	3	3	3	3	3	29
3. Historia .....	»	»	3	3	3	3	2	3	17
4. Ciencias económicas y sociales .....	»	»	»	»	»	2	»	»	2
5. Geografía y Etnografía ...	3	4	2	»	»	»	2	»	11
6. Latín .....	»	»	4	4	5	5	4	4	26
7. Griego .....	»	»	»	»	4	4	4	3	15
8. Alemán .....	4	4	3	3	3	3	3	2	25
9. Italiano, francés o inglés ..	»	»	»	»	4	4	4	3	15
10. Filosofía .....	»	»	»	»	»	»	»	3	3
11. Historia Natural .....	2	2	»	3	5	»	»	»	12
12. Química .....	»	»	»	»	»	3	»	»	3
13. Física .....	»	»	2	»	»	»	4	4	10
14. Matemáticas y Geometría ..	4	5	3	3	3	3	3	3	27
15. Dibujo y nociones de Historia del Arte .....	2	2	2	2	»	»	1	1	10
16. Educación física .....	3	3	3	»	3	3	3	2	23
17. Higiene .....	»	»	»	1	»	»	»	1	2
18. Caligrafía .....	1	»	»	»	»	»	»	»	1
19. Taquigrafía .....	»	»	»	2	»	»	»	»	2
20. Canto .....	2	2	1	»	»	»	»	»	5
21. Labores .....	2	2	2	2	»	»	»	»	8
<i>Total de horas</i> .....	30	31	31	31	31	31	31	31	247

Las diferencias entre ambos planes son las siguientes:

Primer curso.—En el Instituto femenino no se estudia latín y hay una hora menos de educación física en relación a los masculinos. Estas seis horas semanales se sustituyen con cuatro horas semanales de alemán, y dos, también semanales, de labores.

Segundo curso.—En el Instituto femenino no se estudia latín y hay una hora menos de educación física en relación al segundo curso masculino. Estas seis horas se sustituyen con cuatro horas semanales de alemán y dos, también semanales, de labores.

Tercer curso.—En los Institutos femeninos el número de lecciones semanales de alemán y de educación física es inferior en una hora al de estas mismas asignaturas del tercer curso masculino. Estas dos horas semanales se reemplazan con las clases de labores.

Cuarto curso.—Se repiten las mismas condiciones distributivas en el horario de clases de ambos centros.

Quinto curso.—En los Institutos femeninos se dedican al latín cinco horas semanales; una hora más en relación al quinto curso masculino. Esta diferencia se equilibra con una hora menos en la educación física. A partir de este curso, en los Institutos masculinos se dedican dos horas semanales a deportes.

Sexto curso.—Se repiten las mismas condiciones distributivas en el horario de clases de ambos centros.

Séptimo curso.—La única diferencia de horario entre los Institutos masculinos y los femeninos, consiste en que en estos últimos hay una hora menos dedicada a educación física. Esta hora no se sustituye con ninguna otra materia, y, por consiguiente, el número de horas semanales del Instituto femenino es inferior al masculino en tres, teniendo presente las dos horas dedicadas a deportes en los masculinos.

Octavo curso.—En las clases de alemán y de educación física de los Institutos femeninos se dedica una hora menos, con relación a los Institutos masculinos. Sólo una de estas dos horas se sustituye por otra dedicada a Filosofía; de este modo, el número de horas semanales es 31, tres menos con relación a los Institutos masculinos, si agregamos las dos horas de prácticas deportivas en los masculinos.

El Decreto encierra el motivo de educación en la Segunda Enseñanza, que debe armonizar una cultura de carácter nacional, elevada al nivel de la cultura europea. Esta cultura comprenderá los fundamentos de las escuelas clásica y moderna.

La base de la enseñanza es el conocimiento de la Nación; por consiguiente, el elemento nacional: lengua, literatura, arte, historia, vida económica y social del Estado húngaro y latín, que en la historia de la cultura húngara ha tenido una influencia decisiva. Para dar idea de la preferencia que se da al latín, hemos de registrar que el número total de clases de esta asignatura asciende a un doce por ciento del conjunto de horas dedicadas a las demás asignaturas.

# REPORTAJES

## EL III CONSEJO NACIONAL DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S. HA INICIADO SUS TAREAS

*El Jefe Nacional y Caudillo de España dictó a  
sus Consejeros las consignas de la hora actual*

**Q**UIISO el Caudillo, Jefe Nacional del Movimiento, congregar a sus Consejeros en fecha tan señalada como el día de la Purísima, de tan arraigada devoción en España. El día 8 del pasado diciembre celebró con solemnidad, no exenta de austera sencillez, la sesión constitutiva del III Consejo Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Antes, en la iglesia de San Francisco el Grande, el Caudillo con su Gobierno, los Consejeros y Autoridades, imploraron del Altísimo acierto y luz en sus tareas. Con devoción oyeron la Misa del Espíritu Santo, oficiada por el R. P. Rodrigo Alvarez Molina. Al salir el Jefe del Estado del templo, bajo palio, el pueblo, congregado en la explanada de la iglesia, reiteró al Generalísimo su adhesión inquebrantable. El nombre de ¡Franco, Franco, Franco! extendióse sobre la plaza, temblorosa de salvas de salutación y de júbilo.

El mismo clamor hirió el espacio al llegar el Caudillo al Palacio del Consejo Nacional. Soberbio aspecto el del salón de sesiones. Vestían los Consejeros uniforme de gran gala. En el banco azul, el Gobierno en pleno, y detrás, los miembros de la Junta Política. En los palcos, el cuerpo diplomático, jerarquías del Ejército y del Partido. Al entrar el Generalísimo, todos los concurrentes, puestos en pie, saludaron brazo en alto a Su Excelencia.

Con la venia del Jefe Nacional, el III Consejo de Falange inició

sus tareas. Juraron sus cargos los Consejeros. La fórmula, escueta y sencilla: «En nombre de Dios: Juro servir con lealtad a España, a la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., al Caudillo, Jefe Supremo del Estado y del Movimiento. Juro fidelidad a los principios fundamentales del Estado y de la Revolución española». Recibía el Generalísimo el juramento con las siguientes palabras: «Si así lo hacéis, Dios os lo premie, y si no, que os lo demande».

Uno a uno juraron todos los Consejeros por el orden en que fueron nombrados. En primer término, el Ministro Secretario del Partido, y después los miembros del Gobierno.

### El discurso del Caudillo

Era obligado el discurso del Caudillo a sus Consejeros. Terminada la ceremonia de la jura, el Jefe Nacional del Movimiento dirigió a los miembros del nuevo Consejo las trascendentales palabras que publicamos en otro lugar de este mismo número.

Consignas de la hora actual. Diseño de un duro programa de trabajo, de superación, de esfuerzos, aunado bajo el signo de un Caudillo, para quien la grandeza, la unidad y la libertad de España constituyen el máximo de sus anhelos. Con franqueza habló Franco a sus Consejeros y les impuso las consignas de la hora actual: «etapa de unidad, de superación y de trabajo». «Hemos de ser intransigentes, exigiendo el sacrificio de todos para el logro de esa unidad nacional que garantiza el porvenir hispánico».

Después una certera ojeada sobre el mundo en armas. «Sucumbe el mundo liberal víctima del cáncer de sus propios errores... Sólo se es libre cuando no se está esclavizado por la necesidad». Ante el panorama que hoy ofrece el mundo, el dilema se impone: «O un totalitarismo bolchevique o la fórmula patriótica y espiritual que España nos ofrece». Pero en esta fórmula nos interesa, sobre todo, España, la realización de nuestra Revolución nacional, sin personalismos ni partidismos. «El régimen no ha cerrado el camino a que, el día que el interés de España lo demande, instauremos el sistema tradicional que a través de la historia le ha dado continui-

---

dad y días de gloria; bien entendido que todo ha de subordinarse a la realización y permanencia de nuestra Revolución nacional».

Por último, la exhortación al trabajo: «ansiamos una vida dura, pero española; una ambición de Patria y un ansia de destino.»

Los aplausos, densos y fervorosos de los Consejeros, subrayaron la adhesión entusiasta del nuevo Consejo hacia su Jefe indiscutible. Por Franco y por la Falange, España logrará su anhelada Revolución nacional.

Bajo el signo venturoso de nuestro Caudillo, señor en la guerra y en la paz, el III Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. inició sus tareas en el día de la Patrona de España. Con tan buenos auspicios, su labor habrá de ser eficaz y concluyente.

# UN MILLAR DE ALUMNOS ASISTEN A LA ESCUELA INDUSTRIAL DE MADRID

*Intensificados sus conocimientos y templados sus ánimos en la voluntad de servicio a España, será más eficiente su labor en el gigantesco empeño de la reconstrucción patria.*

*Madrid contará en breve con un soberbio edificio, construido expresamente para Escuelas de Peritos Industriales y Elemental del Trabajo.*

*Recompensas económicas y honoríficas estimulan el afán de estudio de los escolares más aventajados.*

EN la gran sala de talleres de la Escuela Industrial de Madrid (hoy Escuela de Peritos Industriales y Elemental de Trabajo), adornada con banderas nacionales y del Movimiento y el estandarte del S. E. U., celebróse el día 3 de noviembre la solemne inauguración del curso académico 1942-43. Pararon las máquinas en la vetusta casona, despobláronse las aulas y el alumnado congregóse en torno a sus Profesores allí donde resuenan a diario el canto al trabajo y la dura faena del aprendizaje. El viejo edificio de la calle de la Flor Alta, inadecuado para centro docente, ha querido este año remozarse en balde con las pequeñas reparaciones llevadas a cabo durante el verano. No disminuyó la pobreza del edificio el entusiasmo de Profesores y escolares. En crecido número acudieron a realzar el acto de la apertura oficial del curso, declarada por el Subsecretario de Educación, señor Rubio, tras las palabras del Director del Centro y las consignas falangistas dadas a los alumnos por los delegados del S. E. U. y del distrito universitario de Madrid. No podía faltar, en conmemoración tan solemne, el justo homenaje a los estudiantes de la Escuela, que durante nuestra guerra de Liberación o en las heladas estepas de Rusia no vacilaron en rendir su vida al mejor servicio de Dios y de la Patria. Cuarenta alumnos cayeron en la Cruzada y otros dos dejaron sobre tierra enemiga su existencia juvenil, cuajada de promesas. Sus nombres, coreados con un presente entusiasta, habrá de servir de ejemplo y guión a nuestra generación estudiosa.

### Edificio inadecuado

Tenía razón el Director de la Escuela, don Enrique Alfaro, cuando exponía en su discurso del día de la apertura la angustia de medios y pobreza de local en que han de desarrollarse las actividades docentes de la Escuela. La incuria y el abandono de anteriores regímenes relegaron al olvido tan importante sector de la cultura patria. Es más, su pasividad fué culpable de la pérdida de un hermoso edificio, construído exprofeso para Escuela de Trabajo y en el que hoy se albergan dos Ministerios. Tras numerosas vicisitudes vino a parar la Escuela al anciano palacio, erigido a espaldas de la Gran Vía, de cuya modernidad no ha podido contagiarse. Sus aulas son pobres y anacrónicas, desnudas de moderno material, insuficientes para el copioso alumnado. No es raro observar en algunas clases la presencia de escolares que han de sufrir en pie la hora de la explicación o apiñados en los incómodos bancos, impotentes para captar apuntes o redactar ejercicios.

Es más. Los alumnos de las Escuelas Elemental de Trabajo y de Peritos Industriales han de desperdigarse ahora para cursar las disciplinas entre tres edificios: el de la Flor Alta, donde están instaladas las oficinas, algunas clases y las salas de motores y máquinas; la planta de sótanos de la calle del Marqués de Leganés, 5 (otras clases y el almacén) y el edificio de la calle Dos Amigos, 2 y la planta baja del de San Bernardino, 3 (laboratorio, talleres y biblioteca). Ninguno de los tres inmuebles—nobleza obliga confesarlo—reúne las condiciones pedagógicas e higiénicas ni de capacidad necesaria para un Centro de esta índole.

Tan variable como su emplazamiento, ha sido su denominación. Desde que fué creado en 1790 hasta ahora, estuvo asentado en el Observatorio Astronómico del Retiro; en el edificio de la Trinidad, esquina a la calle de Relatores, con el nombre de «Real Conservatorio de Artes»; en la calle de San Mateo, 5, con los talleres en Embajadores, 68, y, finalmente, antes de su traslado al antiguo Instituto Quevedo (su actual sede), en el edificio que la República arrebató a los jesuitas en la calle de Alberto Aguilera, 25.

### El nuevo inmueble

Las demandas angustiosas de los Profesores de la Escuela Industrial encontraron, por fin, eco en las ambiciones de resurgimiento de nuestra cultura de las autoridades docentes de la nueva España. Madrid contará en plazo no muy lejano con un soberbio edificio, construído expresamente para Escuelas de Peritos Industriales y Elemental del Trabajo. El nuevo inmueble se alzará en la Avenida del General Primo de Rivera, y tendrá también fachada a las calles de Sebastián Elcano y Bernardino de Obregón. Ascien- de el coste de las obras, proyectadas por los arquitectos don Luis de Sala y María y don Rafael Fernández Huidobro, a la suma de 4.999.224,98 pesetas.

En el nuevo edificio hallarán el debido acondicionamiento todas las disciplinas. El proyecto comprende la instalación para las enseñanzas experimentales de diez laboratorios: de Química experimental, Química general, Análisis químico y Metalurgia, Química Industrial, Física, Electricidad, Medidas eléctricas, Electrotecnia Industrial, Resistencia de Materiales y de Electroquímica, y de catorce talleres para las enseñanzas prácticas: lima, ajuste, forja, fundición, carpintería y modelos, máquinas y herramientas, motores, electricidad, radio y cine sonoro, bobinado, instalaciones, reparación de material eléctrico, imprenta y trabajo en vidrio.

Las aulas se levantarán con arreglo a las más exigentes normas de la arquitectura escolar moderna, y el nuevo edificio, por su amplitud, su traza arquitectónica, sus perfectas instalaciones, su soberbio inmobiliario, responderá con creces al gigantesco incremento que han alcanzado hoy día los estudios de esta índole.

### Un millar de alumnos

El estudio comparativo de las estadísticas de matrícula de los últimos años afianza nuestra afirmación. Los 465 alumnos que en el curso 1939-40 acudieron a la Escuela, se han convertido hoy en cerca de un millar, 922 en número exacto. De ellos, 457 asisten a la Escuela Elemental del Trabajo y 465 a la Escuela de Peritos Industriales.

Con arreglo al Decreto de 22 de julio último, cúrsanse en esta última las enseñanzas para la formación de los Peritos Industriales en sus especialidades de Electricista, Mecánico y Químico. Abarcan las disciplinas la carrera de Perito Industrial que, en sus diversas especialidades, consta de tres años, que habrán de cursarse forzosamente por enseñanza oficial.

El Preparatorio para la carrera de Perito Industrial consta de dos cursos, que habrán de aprobarse como alumno oficial, o bien, en su defecto, sufrir un examen sobre las materias siguientes: Matemáticas elementales y sus complementos, Física general, Química general, Idiomas (francés, inglés o alemán), Dibujos geométrico y a mano alzada, Religión, Cultura general (Gramática castellana, Geografía industria, Historia de la cultura española), Talleres (lima, carpintería, forja y calderería, ajuste y fundición).

La aprobación de la totalidad de las asignaturas que forman los dos cursos preparatorios, equivale a la calificación de «Admitido» del examen de ingreso, pudiendo con ella matricularse en el primer curso de la carrera.

La Escuela Elemental de Trabajo realiza la formación del Oficial obrero en todos sus grados, así como la del Contra maestro, Maestro de taller y la del Obrero especialista. A sus aulas asisten los alumnos preaprendices, aprendices o ayudantes procedentes de los Grupos de Orientación Profesional, los obreros que trabajan en la industria para perfeccionarse en sus respectivos oficios o formarse en otros; y todos aquellos individuos que, procedentes de cualquier campo de actividades, quieren formarse como Oficiales obreros, Contra maestros o Maestros de taller y Obreros especialistas.

Tres son los tipos de enseñanzas:

1º *Formación escolar completa para las enseñanzas obreras*: constituídas a base de seis horas diarias de escolaridad, tres de ellas de taller y tres de enseñanza teórica y dibujo.

2º *Formación escolar mixta para las enseñanzas obreras*: son tres horas diarias de escolaridad. El obrero o empleado podrá asistir en las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, compatibles con su trabajo u ocupación habitual. La formación se completará con la adquirida en el taller donde trabaje el alumno, garantizada

por el complemento de ejercicios realizados en los talleres de la Escuela durante los meses de vacaciones.

3º *Formación escolar mixta para las enseñanzas de obreros especialistas*: con tres horas diarias de escolaridad, alternando las prácticas de taller con los estudios teóricos y tecnológicos.

Las enseñanzas son eminentemente prácticas y cíclicas.

Las prácticas de taller, dentro de su carácter eminentemente pedagógico, se dirigen a la construcción de elementos de tipo industrial y de aplicación a la realidad. Se reducen al mínimo los ejercicios que carecen de utilidad práctica, realizándose, en cambio trabajos encomendados a la Escuela por otros Centros del Estado o industrias particulares.

### Concesión de becas

Consecuente con el propósito que infunde la doctrina social de la nueva España de abrir a las personas necesitadas los horizontes de la cultura, el Director de la Escuela, D. Enrique Alfaro, ha logrado obtener para sus alumnos el estímulo de diez becas (seis de treinta duros mensuales y cuatro de cincuenta pesetas), que acrecentarán entre los escolares el afán de trabajo y estudio. Otras recompensas —económicas y honoríficas— se establecerán en breve con las cuales premiar los empeños juveniles.

El dinámico esfuerzo del Director, Sr. Alfaro, y del Secretario, D. Urbano Domínguez, secundado eficazmente por todo el claustro, acorde en su voluntad de servicio a España, va devolviendo a la Escuela el rango señero que le corresponde por la transcendencia de su función docente. La juventud obrera ha de encontrar en sus aulas la formación integral que ha de trocarlo de aprendiz en obrero especialista, contramaestre o maestro de taller, y el escolar en perito electricista, mecánico y químico. Perfeccionados sus conocimientos y templados sus ánimos en la voluntad de servicio a España, será más eficiente su labor y más activa su aportación al gigantesco empeño de la reconstrucción nacional, ansiada meta de los buenos españoles.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ

# LA EXPOSICION SOBRE SAN JUAN DE LA CRUZ EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

COMO eco y referencia de cuanto se ha hablado y escrito en nuestra Patria durante la magna conmemoración cuatricentaria del nacimiento de San Juan de la Cruz, gloria de la Mística y de las Letras de España, una Exposición de carácter nacional ha venido a poner ante la vista del pueblo, en acervo imponderable de riqueza espiritual, histórica, literaria y artística, un fiel reflejo de la gloriosa personalidad del santo y el poeta.

Bajo el alto patronato del Ministro de Educación Nacional, la Biblioteca Nacional y la Orden Carmelitana en Castilla han levantado en el Palacio de Bibliotecas y Museos esta Exposición, verdadero monumento elocuente y vivo de la doctrina, virtudes, trabajo intelectual, época, historia sanjuanista en suma. Junto a reliquias venerandas, ediciones raras y únicas, recuerdos personales del místico Doctor y ejemplares bellísimos de la imaginería española del siglo xvii, tan sensible en la captación de la fisonomía moral del héroe de la Mística, a través de la austera, y a la vez dulce expresión del poeta castellano que sueña con el Cielo entre las «majadas» y los «oteros» de su tierra. Si el alma sedienta de perfección ascética puede recoger en esta Exposición aleccionamiento para el divino camino, como si, en síntesis, asimilase el espíritu del Santo, la vocación histórica y literaria encuentra pasto abundante para nutrir, con delicada substancia de conocimientos directos, la larga serie de monografías y ensayos a que viene dando lugar, en el correr de los tiempos, la luminosa figura de San Juan de la Cruz.

## RESUMEN DE LA CELEBRACION DEL IV CENTENARIO EN NUESTRA PATRIA

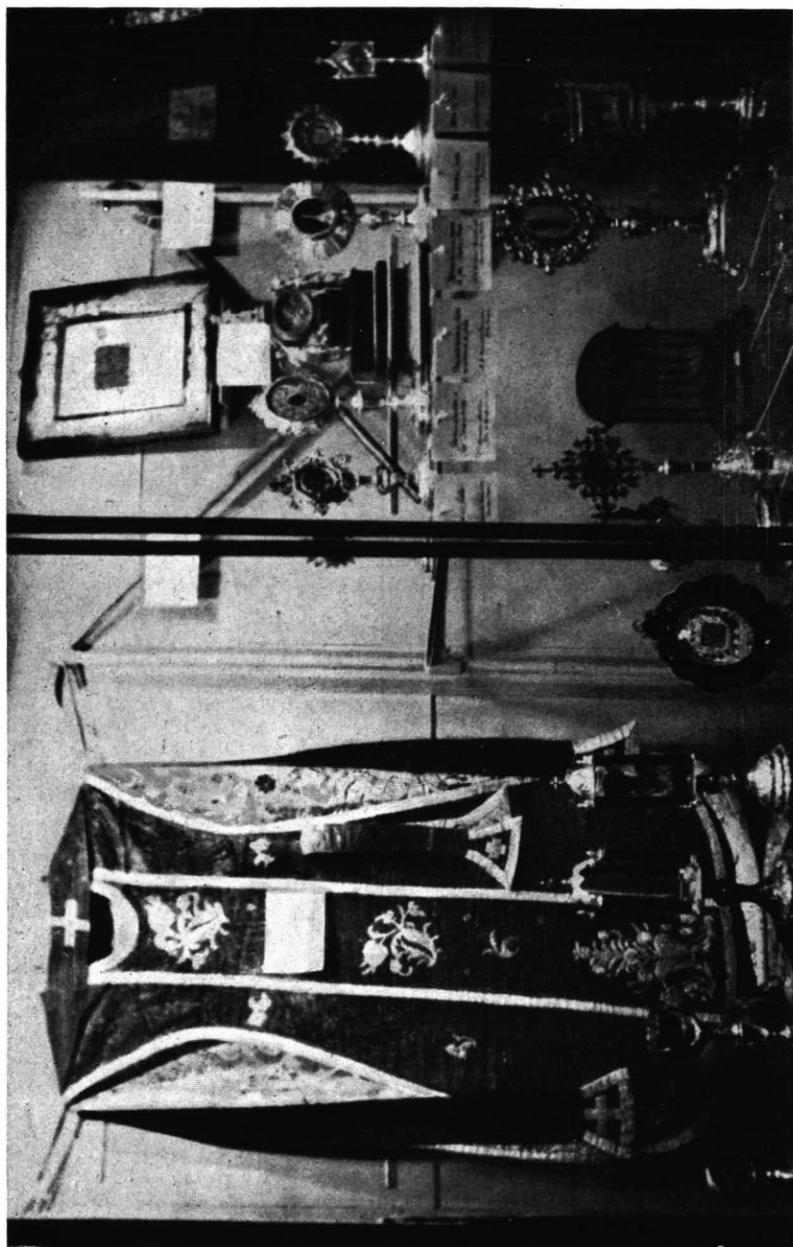
Antes de las grandes vitrinas que contienen el tesoro sagrado de las Reliquias y de las que guardan el conjunto bibliográfico de la Exposición, el visitante encuentra a su paso el resumen impreso de cuantos actos, en todo el territorio nacional, se han dedicado a honrar la excelsa personalidad de San Juan de la Cruz en el año del IV Centenario. Así Catedrales, como Universidades y Conventos Carmelitanos, como entidades culturales, y al frente de éstas las Reales Academias de la Nación, en rivalidad de homenajes y apuesta de entusiasmos, han brindado con la oración el panegírico, hasta componer un gigante himno que la Patria ha cantado en honor de una de sus figuras más preclaras, bajo la suprema iniciativa, tutela y presidencia del Caudillo, delegada en el Ministro de Educación Nacional.

Forman este resumen la relación de las altas representaciones de la oratoria sagrada y profana, las ciencias y las artes que han participado en los ciclos, cursos, certámenes y demás actos organizados con ocasión del fausto acontecimiento; las ediciones de Prensa; propaganda de toda clase y los programas de cultos en los templos carmelitanos, veladas literarias, etc.

### EDICIONES PRIMITIVAS DE LAS OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO

Ya dentro de la Exposición, se admira la visión espléndida para el bibliófilo de las obras del Santo reproducidas en gran variedad de ediciones, desde las primitivas hasta las actuales y sus traducciones a los principales idiomas, como demostración de que las glorias de España pasaron, una vez más, las fronteras patrias vinculadas en un Santo español que personificó, a su modo inefable, el sentido imperial de su patria y de su siglo.

Complementan este tesoro bibliográfico la colección de «Crónicas» relativas a las fechas imborrables en los anales carmelitanos referentes a la Beatificación y Canonización del Místico Doctor, declarado, con este título, Maestro en la Iglesia Católica por Pío XI,



Las reliquias del Santo Doctor guardadas en los «palomarcos de la Virgen», como llamara Santa Teresa a sus conventos, y que atraen, desde más de trescientos años, la veneración de las generaciones españolas.



ya en nuestros días, en 1926; y comentarios y glosas de la vida y obras sanjuanistas, descollando, entre lo mucho actual, la producción del gran biógrafo de San Juan de la Cruz, P. Crisógono de Jesús Sacramentado.

A continuación se contempla la maqueta de la estatua en Fontiveros, obra del escultor señor Font que hace perdurar, con el homenaje perpetuo de la monumentalidad el recuerdo del Santo y el Poeta en la tierra abulense que le vió nacer.

#### AUTOGRAFOS

Las cartas y documentos autógrafos, expedidos por San Juan de la Cruz como Provincial de su Orden, que conservan las Carmelitas Descalzas de los Conventos de Salamanca, Alcalá de Henares, Sevilla, Sanlúcar y otros; el Códice del «Cántico Espiritual», firmado y revisado por su autor con la siguiente nota de puño y letra, aun perfectamente legible: «Este libro es el borrador de que ya se sacó en limpio. Fr. Juan de la Cruz», y otros ejemplares, ahorran, por sí mismos, a la narración párrafos encomiásticos del valor histórico, del tesoro de emociones que crean en el erudito y en todo amante de las cosas del espíritu. Junto a estas páginas santificadas por la mano y más aún por la mente y el corazón endiosados del que quedóse «no sabiendo»; pero, «toda ciencia trascendiendo», aparece un pequeño rosario que usó el Santo con una calavera de pequeñas proporciones labrada por él mismo, reliquia que se conserva en el Convento de las Carmelitas Descalzas de Velez Málaga y una cruz de plomo, de construcción incorrecta y apenas desbastada, que usó también el Santo y guardan las Carmelitas de Alba de Tormes, las custodiadoras de los restos venerados de la Santa de la Raza.

El alma de artista de San Juan de la Cruz trató de bosquejar, en alguna ocasión, con la plasticidad de lo sensible, los fenómenos sobrenaturales de su vida recóndita, y así trasladó al dibujo su famosa visión de Cristo Crucificado con profundas llagas en la espalda y en los brazos. Un relicario afiligado presenta al visitante de la Exposición este trabajo del Santo y al lado se halla

una pintura que tiene como tema esa misma aparición. La procedencia de tan singular y preciado objeto es del Convento de la Encarnación de Avila, el primero de la Orden Carmelitana en que moró Santa Teresa de Jesús.

#### SAGRADAS RELIQUIAS

La vitrina central de la Exposición está dedicada por entero a contener el tesoro de las reliquias del Santo. Entre todas ellas se destaca, por su tamaño, el hueso del antebrazo. Se encuentran aquí depositados varios ornamentos que usó el glorioso Doctor de la Iglesia en la celebración de la Misa; un trozo, de regulares dimensiones, del escapulario del hábito que llevó muchos años, que poseen las monjas de Valladolid; un báculo, de las de Granada, y, un bastón, de las de Alba de Tormes.

Cerca están la urna y el arca que contuvieron largo tiempo el cuerpo del Santo, antes de la construcción del magnífico mausoleo donde reposa, en el Convento Carmelitano construido en vida del Santo en Segovia, y en cuyo levantamiento participó personal y materialmente, trabajando en las tareas de edificación de esta residencia, una de las primeras de la Reforma de la Orden.

#### ANALES DE LA BEATIFICACION Y CANONIZACION

Valor destacadísimo para las grandes efemérides sanjuanistas reviste la exposición de carteles de 1726 y 27, publicados con ocasión de los cultos celebrados en Madrid para festejar la Canonización de San Juan de la Cruz por Benedicto XIII y aún hay otros de mayor antigüedad, pues se conservan los anunciadores de las fiestas de Beatificación, por Clemente X, en 1673, celebradas en Roma.

Las fiestas de la Canonización en Madrid se celebraron, con gran pompa, en el templo carmelitano del Convento de San Herenegildo, hoy la céntrica Parroquia de San José, entonces cenobio en el que —según autorizada aserción—, el Santo habitó

cuando el Capítulo de la Orden, después de la muerte de Santa Teresa de Jesús.

También figuran los anuncios de los cultos solemnes que se celebraron en la Iglesia de las Carmelitas Descalzas de Santa Ana y San José de la Villa, con motivo de aquellos acontecimientos jubilares en la cristiandad española.

#### SAN JUAN DE LA CRUZ, TEMA DE NUESTROS TIEMPOS

La obra moderna que tienen por objeto el estudio de San Juan de la Cruz en los diferentes matices de su excelsa significación para el mundo de la intelectualidad; los temas críticos sobre su obra literaria, formación humanística, sentido poético en la concepción y exposición de los superiores estados del alma, todo un caudal de cuestiones en las que todos los tiempos, a partir de San Juan de la Cruz y en torno a él, no solo en España, sino en gran parte de las demás naciones, vienen vertiendo una tarea ingente de investigaciones, encuentra exposición en el cúmulo de publicaciones de todo género, junto a la más amplia serie de trabajos sobre el valor teológico, moral, ascético y místico, fundamental en toda la vida y escritos de esta figura cumbre.

#### TALLAS Y CUADROS

No acaba con esta importante gama, casi cronológica, de vestigios y referencias históricas que acompañan a las reliquias personales del gran místico, la visión de su vida y su obra que ofrece la Exposición. Hay una parte artística destacada; San Juan de la Cruz no solo ha inspirado las plumas, sino que también los pinceles y los buriles han prodigado el genio en su homenaje: esculturas y cuadros de diferentes Conventos de Carmelitas Descalzas reflejan, por su cercana época a la muerte del Santo, acabadamente, la fisonomía del personaje. La clásica talla castellana del siglo XVII, la Escuela vallisoletana de Gregorio Hernández muestra, una vez más, sus peculiarísimos caracteres, encarnando la expresión del fraile santo, portador de un libro, con la vista en el cielo, en actitud estática, o mostrando una cruz.

**TESORO HISTORICO-BIBLIOGRAFICO**

Y donde el amante del libro histórico puede encontrar la más cumplida satisfacción sobre San Juan de la Cruz, su tiempo y su influjo poderoso en la vida intelectual de las generaciones que siguieron, es en las vitrinas-mesas: ediciones contemporáneas del Santo, códices valiosísimos, biografías inmediatas a su muerte, profusa documentación relativa a los informes de la Curia en orden a la Declaración de heroicidad de virtudes y Beatificación, tesoro no menor de carácter religioso que de fuente de investigación histórica sobre uno de los personajes de mayor interés nacional y vate creador de las más perfectas rimas de su tiempo.

Qué decir de las Matrículas de Fray Juan de Santo Matía, como se llamó San Juan de la Cruz durante su primera vida religiosa en la Orden Carmelitana, antes de su Reforma, en la que fué, durante los primeros pasos de ella, el «medio» fraile de que habla Santa Teresa en sus libros, aludiendo a la breve estatura del glorioso correformador.

Esas matrículas y libros de la Universidad de Salamanca, en los que aparece el nombre de «Fray Juan», hablan al visitante de la formación intelectual del Santo Doctor en aquellas aulas, conservadoras del eco de la voz de Fray Luis de León, y que son memorial perenne de las fecundas horas que en ellas pasaron los adelantados del imperio espiritual español sobre mares y continentes.

E. BORRAS VIDAOLA

# CRONICAS

## FERNAN GONZALEZ, FORJADOR DE CASTILLA, MADRE DE ESPAÑA

**A** CABAN de iniciarse en Burgos—con auspicios que son exacto exponente de la brillantez y resonancia mundial que la histórica conmemoración tendrá en su día—una serie de actos cuyo fin no es otro sino el de evocar y exhumar, en su transcendental significación, la independencia de Castilla, como punto de partida de una época llena de glorias que habían de culminar en la concreción augusta de la Unidad española.

Por ahora se cumplen mil años de aquella efemérides gigantesca en que se proclamó la independencia de Castilla como Reino. Mas conviene recordar en todo su volumen histórico, en su expresión esencialmente hispánica, racial, cuanto significó aquella tarea que fué de siglos y cuanto, a la vez, tiene de espiritual y simbólica la obra de aquel gran hombre cuya memoria en tal recordación quiere exhumarse, del Conde Fernán González, todo vigor y lozanía, todo patriotismo y sencillez, fe y amor, cuyos destellos se expenden como faro gigantesco que irradia al mundo sus luminosas enseñanzas.

Los reinos y condados de aquél entonces, en su más genuina expresión, tenían escasa preponderancia en lo que a Castilla se refiere. Eran, sí, representantes de unos núcleos cuya vitalidad creciente respondía a mandatos de mayor o menor proyección histórica, pero tal y como les entendían los castellanos—es decir, cuantos moraban en los valles cercanos al Condado de Cantabria y a los

señoríos de Vizcaya, cuantos, bajando de las cordilleras cercanas se afincaban en los castillos o en los lugares de la meseta—no llenaban la finalidad más esencial.

Y es que los castellanos tenían ya entonces una fisonomía peculiar, unas características especiales. Eran hombres sufridos, que, por padecer de continuo los embates musulmanes, por encontrar en éstos la antítesis del sentimiento español, por antonomasia, veían, entendían la vida como una doble misión; eran hombres de trabajo y caballeros del ideal, seres adiestrados en el cultivo de sus tierras y en el manejo de las armas, y, por ello, no concebían su existencia si no era entregada al culto de la fe y a la expansión de ese sentido por todos los lugares de la tierra.

Por alguien pudo ser incomprendido ese afán, mas pronto había de imponerse. Su espiritualidad y su temple, dieron como fruto el ideal soñado: la integración de un gran pueblo, que había de ser la unidad española. A esta empresa estaba llamada Castilla, y a fe que bien la llevó a cabo.

No se trataba de obtener, para ella, un beneficio de índole económico, geográfico o político: era, únicamente una misión eterna, como la que hoy preside nuestro resurgimiento. Y Castilla, austera y sufrida, sencilla y altiva a la vez, encontró en Fernán González—señor y guerrero, hombre de fe y energía, estadista y legislador—el adalid capaz de cumplir aquel mandato, cubriéndose de gloria en su ejecución.

Castilla vió, primero, cómo el Conde—el más grande de los burgaleses, con el Cid—se identificaba con sus anhelos y le siguió con fervor inigualado. No le arredraron penalidades ni sinsabores, luchas y dificultades; supo padecer, sufrir, pero, a la postre, salvó su espiritual designio, sembrando en el alma de los pueblos—a la par que vencía a los eternos enemigos de nuestra Religión—la semilla fecundísima de su fe, con el tono de su cultura y de su arte, sus costumbres y su temple de alma.

Castilla expulsaba a los musulmanes de España. Se convertía en la madre de esta España, cuya unidad hicieron nuestros Reyes Católicos. Y su espíritu, vivo, arrollador, glorioso, matizaba más tarde el genial esfuerzo que asombró al Mundo con el descubri-

miento de un nuevo Continente, donde millares de seres encontraron el horizonte jubiloso de su eterna salvación.

Así, Castilla, madre de España, alcanzaba su pleno sentido universal. Evangelizaba al Mundo, ofrendándole una santa hoguera, alimentada por la Fe y cimentada por el más profundo patriotismo y el riguroso y humano símbolo del trabajo.

Por eso, Burgos se apresta, con orgullo, a conmemorar la fausta reverberación de la independencia de Castilla y a tributar homenaje encendido, dentro de este milenario, a Fernán González, que fué el realizador de aquella magna empresa.

Castilla, hoy como ayer, sigue siendo la misma. Baluarte de la Fe, reserva de heroísmo, sufrida y estoica, humilde y callada. Fiel reflejo del auténtico sentido español. Y hoy, como ayer también, junto al Caudillo genial que lleva en su alma el vital impulso que hace mil años se consagró como única fórmula de salvación.

Bajo esos auspicios, con fervor en el alma y cálido entusiasmo en el corazón, España se une a las conmemoraciones que se preparan. Y así lo prueban las asistencias que a la ciudad de Burgos —que en masa se une al comienzo de estos actos— ofrecen, de una parte, el Ministro de Educación Nacional, con su cariño, solicitud y estímulo para los problemas de Castilla y de su «Caput»; y, de otra, el Ministro Secretario del Partido, consciente de que así cumple la Falange el más profundo de sus mandatos.

España debe, en pie y con el alma tensa, formar unánime en este homenaje a Castilla, en su milenario. A Castilla y a Fernán González, que fué el forjador de su Unidad, de esa Unidad augusta de la que habría de surgir la gloriosa e imperial España, por la que hoy Franco labora con fe y sin descanso.

ESTEBAN S. ALVARADO

# SEMBLANZA DE DON CARLOS PEREYRA

LA vida de don Carlos Pereyra es transparente, limpia y diamantina. Hijo del Ingeniero don Miguel Pereyra Bosque y de doña María Jesús Gómez, nació en Saltillo (Coahuila, Méjico) el 3 de noviembre de 1871. Se educó en su ciudad natal y cursó la «Preparatoria» en el Ateneo Fuente, de gran nombradía comarcal y aun nacional, puesto que de allí salieron muchos hombres prestigiosos. De Saltillo marchó, con sus padres y hermanos, a la ciudad de Meso, donde recibió el título de abogado. Y en dicha ciudad contrajo matrimonio con una ilustre poetisa, doña María Enriqueta Camarillo y Roa, el año 1898.

En 1903 fué nombrado Defensor de Oficio, y, al año siguiente, Fiscal. Pero pronto abandonó el ejercicio de la Magistratura y de la Abogacía para entregarse totalmente a su vocación de escritor y de catedrático. Fué profesor de Lengua Castellana en la Escuela Nacional Preparatoria (1905) y desempeñó las cátedras de Historia Patria (1906) y de Sociología (1907) en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de Méjico.

Elegido Diputado, comenzó después sus actividades diplomáticas como Secretario de la Embajada en Washington (1909). En 1910 se le nombró Encargado de Negocios en Cuba, y en 1913 Ministro Plenipotenciario en Bélgica y Holanda. Y hallándose en Bélgica, siempre en compañía de su esposa, fué designado Miembro del Tribunal Internacional de Arbitraje de La Haya (1913).

La Revolución mejicana rompió la carrera diplomática de don Carlos. La conciencia no le permitía situaciones acomodaticias o ambiguas, y cortó radicalmente sus relaciones oficiales con el Gobierno de su país, pasando de la holgura de una Embajada a la mísera situación del expatriado. Sin aparato teatral ni actitudes de resentimiento; sencilla y ejecutivamente, con aquella singular fir-

meza que escondía bajo su exquisita corrección, cerró su Embajada y se marchó a Suiza, viviendo en Lausana desde septiembre de 1914 hasta octubre de 1916 en que se trasladó a Madrid.

En España, a los cuarenta y seis años de edad, tiene que rehacer su vida, y, sin medios económicos, sin libros y sin apoyos, abrirse paso a fuerza de laboriosidad y de talento. La Biblioteca del Ateneo es su refugio permanente. Comienzan a conocerse sus obras, y el número de sus amigos y admiradores crece sin cesar. Don Carlos ejerce un magisterio originalísimo: jóvenes, opositores, políticos y literatos acuden en busca de consejos, orientaciones, advertencias o comentarios. Su pupitre del Ateneo apenas se ve libre de curiosos e impertinentes. Sus juicios certeros y sus frases aceradas contra los pseudointelectuales que dominaban en aquella Casa, se subrayan y se comentan con admiración respetuosa en los pasillos y en los salones.

La actividad de don Carlos rebasa las fronteras españolas y vuela por el ancho mundo hispánico. Colabora en periódicos y revistas a uno y otro lado del Atlántico. Sus artículos de crítica y de polémica se leen con afán, y de todas partes llegan solicitudes de colaboración.

Pero el trabajo de la pluma está mal remunerado. Es preciso alternar los artículos periodísticos con la publicación de obras de fondo, y la labor es agotadora. Don Carlos no disfruta un momento de reposo. Las altas horas de la noche, y las primeras luces de la madrugada, le sorprenden en el refugio de su modesta «Villa de las Acacias» martilleando incesantemente el teclado de su máquina o escribiendo sin tregua cuartillas y más cuartillas. Y durante el día, las consultas en las Bibliotecas y en los Archivos absorben su atención y requieren su diligencia.

Con esta escasez de medios realiza una aportación de dimensiones colosales para el conocimiento de la obra de España en América. Don Carlos no encaja en el tipo de los historiadores exclusivamente eruditos y secos, puros coleccionistas de noticias; ni tampoco en el de los floridos y brillantes de párrafo dilatado y ampuloso. Hay en su producción un inmenso caudal de datos, pero en realidad es el resultado de una profunda elaboración cerebral,

intensamente reflexiva, con frecuencia de tipo polémico y siempre marcadamente crítica. Su prosa diáfana y bella, cargada de ideas, densa, terriblemente precisa cuando hunde el escalpelo en el análisis o maneja el ariete en la controversia, refleja estas cualidades.

En la obra de don Carlos hay, sobre todo, un insobornable espíritu de independencia. Para sostenerla sin desmayos a través de todas las dificultades de una vida septuagenaria, de decenas de obras y de millares de artículos, se precisan singulares dotes de austeridad y de ascetismo. Don Carlos era, en su vida privada, un auténtico asceta. Su casita de la Ciudad Jardín nos presenta un modelo de pobreza elegante y decorosa. Se satisface con un mínimo de medios económicos. No le importa la retribución si ella le permite subsistir. Es un viejo hidalgo que con manifiesta repugnancia recibe los honorarios, escasísimos, que legítimamente le corresponden, y con enérgica delicadeza rechaza toda insinuación de tipo puramente mercantilista. No apetece ni busca honores, distinciones ni recompensas. Huye de la popularidad, odia la adulación, contiene toda actitud admirativa de sus amigos y pasa su vida en una penumbra deliberadamente buscada.

Y no es porque su temperamento sea poco sociable. Don Carlos es un conversador maravilloso, lleno de finura, gracia, elegancia e intención; maneja deliciosamente la frase irónica y mordiente; ama los niños y busca su compañía; tiene amigos y admiradores en todas partes, y siempre deja, como él afirmó en Humboldt, «el recuerdo humano, dulce y querido de un huésped amable».

Los moradores de su barrio están familiarizados con la presencia de este anciano caballero, un poco encorvado, que todos los días, con exactitud cronométrica, atraviesa las mismas calles, con su traje un poco raído, pero con pulcritud irreprochable, y a todos saluda con amable distinción y marcado acento mejicano que acentúa su simpatía entre el pueblo.

El autor de libros polémicos, de valentía ejemplar y de ardor combativo insuperable, lo es también de páginas bellísimas, llenas de sensibilidad y de emoción pura y serena, como aquéllas en que describe la vida del Mariscal de Ayacucho: «Sucre es el copo de nieve sobre la charca de sangre. Guerrero místico de la libertad,

le atormentan las nostalgias poéticas de un Caballero del Cisne. Quiere colgar su espada vencedora en la rama de un sauce y realizar el ensueño casto del amor legítimo. Sus héroes ideales son San Luis y Bayardo».

Corren los años. Transcurren las trágicas jornadas de la guerra civil, tan dolorosas para don Carlos, y al crearse, por el Nuevo Estado, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se abre una nueva etapa en su vida, y es llamado a colaborar en este organismo. Ocupa la jefatura de una de las secciones del Instituto Fernández de Oviedo, y ya sin apremios de editores prepara nuevos libros, colabora constantemente en la «Revista de Indias» y se dispone a hacer una revisión crítica de toda su obra y a desarrollar en toda su amplitud proyectos anteriormente malogrados.

Trabaja sin descanso y con prisa extraña. María Enriqueta, su sobrino Miguel, sus discípulos y amigos tratan de frenarle en este ritmo de vida insostenible para un anciano, pero todo es inútil. Acude todas las tardes a su despacho, prosigue acumulando notas y escribe un libro titulado «La marcha triunfal de Bolívar», todavía inédito. Las vigiliass en la «Villa de las Acacias» se prolongan cada día más. La capacidad de trabajo de don Carlos llega a su momento de máxima tensión. Aquella mente lúcida y genial aparece cada día más lozana y vigorosa. El Consejo prepara la edición de sus obras completas...

De pronto, inesperadamente, una traidora dolencia trunca esta vida nobilísima, fecunda y ejemplar. El viernes 8 de mayo, a hora inusitada en sus costumbres, abandona don Carlos su mesa de despacho en el Instituto. Sale, como siempre, acompañado de uno de nuestros colaboradores. En el tranvía, camino de su luminoso retiro de la Ciudad Jardín, sufre un desmayo. Conducido a la «Villa de las Acacias», pronto se advierte que la dolencia es mortal. Todos los esfuerzos de la Ciencia, representada por las figuras más ilustres del Protomedicato español, son inútiles. Y en la mañana radiante del día 30 de junio, en el Sanatorio de San José, después de habernos dado su última lección, la que cumple a un caballero auténticamente cristiano que afronta la muerte con ejemplar entereza, entrega su alma a Dios.

Con él desaparece una de las mentes más preclaras de nuestro tiempo. Don Carlos Pereyra, mejicano por nacimiento y español por adopción, no es ni español ni mejicano. Pertenece por igual a todos los pueblos del mundo hispánico. En su obra, entrañable para todos, no hay preferencias para ninguno. Siente las glorias comunes y vive con pasión la vida de cada uno. Es boliviano cuando estudia Bolivia, peruano cuando se ocupa del Perú y argentino cuando trata de la Argentina. Se siente vinculado a los problemas íntimos y vitales de cada pueblo y no es un mero espectador objetivo y frío, sino un ciudadano egregio, activo y operante en todos los países de la Hispanidad.

Ante el ejemplo de su vida, ante las dimensiones de su obra, ante la dignidad de su conducta, ante su probidad moral, ante su talento y ante su muerte cristiana, todos nos sentimos conmovidos y emocionados. El Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo rendirá siempre culto a su memoria. Los libros que tanto amó y que, por donativo inestimable de María Enriqueta y de Miguel Pereyra, traen a nuestra Biblioteca el perfume de austeridad y de virtud de la «Villa de las Acacias», servirán a nuestra juventud para seguir su ejemplo y aprovechar sus magistrales enseñanzas. Y a nosotros, sus viejos discípulos, para sentirle todavía a nuestro lado y para evocar, con triste nostalgia, las horas de su presencia inolvidable.

C. PEREZ BUSTAMANTE

# DOCUMENTACION

## LEGISLATIVA

### *El Instituto de Estudios Canarios*

En el archipiélago atlántico existe un Centro de estudios canarios que dedica con gran atención y entusiasmo sus trabajos para estudiar la etnografía, lengua e historia en general de aquellas bellas y afortunadas islas. Por reciente Decreto, que a continuación se transcribe, estará tutelado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y así sus investigaciones adquirirán rango y consideración oficial en todos sus órdenes.

Al decretar el funcionamiento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se buscó que todas las vocaciones puedan concurrir a la labor investigadora, «sin que sea obstáculo su clasificación administrativa o su situación geográfica».

La Ley fundacional dió al Consejo Superior de Investigaciones Científicas una misión «coordinadora y estimulante, sin aspirar a mediatizar los Centros e Instituciones que con vida propia se desarrollan», afectando en el benemérito esfuerzo cultural previamente desarrollado todo el vigor de una vinculación científica nacional y todo el apoyo de una eficaz presencia del Estado a través del órgano rector de la investigación española.

La complejidad y diversidad de las Instituciones existentes o la lejanía geográfica no pueden ser razones de inhibición, ya que la unidad española, lema inicial del nuevo Estado, exige la penetración de todas las tierras españolas, con todas las modalidades adquiridas por el desarrollo de sus instituciones culturales.

Los estudios etnográficos, lingüísticos e históricos realizados por el Instituto de Estudios Canarios deben ser alentados para que adquieran crecimiento vigoroso, y al mismo tiempo debe extenderse la actividad del Instituto a los demás sectores de la investigación, especialmente a la consideración de la naturaleza física y del desarrollo biológico de las Islas, en las que interfieren condiciones óptimas para alcanzar riquezas y bellezas de fertilísimo paraiso. El Instituto ha de ser la proyección de la labor del Consejo

Superior de Investigaciones Científicas en el Archipiélago, destacando, por tanto, del conjunto investigador aquellas disciplinas espirituales, biológicas y físicas que puedan enfocar específicamente el estudio de las Islas.

Conservada la organización del Instituto de Estudios Canarios, que es garantía de relación y contacto entre las distintas disciplinas que interesan el Archipiélago canario, procede incorporar el Instituto al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tiene en la amplitud de su constitución las mejores facilidades para el servicio del más fecundo desarrollo científico.

En su virtud, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

#### D I S P O N G O :

Artículo primero.—Se incorpora al Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Instituto de Estudios Canarios de La Laguna.

Artículo segundo.—El Instituto de Estudios Canarios tendrá a su cargo las investigaciones científicas referentes al Archipiélago canario en las diversas direcciones exigidas por el estudio del espíritu, de la naturaleza física y de la población biológica de aquellas Islas.

Artículo tercero.—El Instituto establecerá las Secciones correspondientes a sus distintas direcciones de trabajo, Secciones que estarán ligadas a los respectivos Institutos del Consejo.

Artículo cuarto.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas designará una Delegación que entenderá en el régimen inmediato del Instituto, en la ampliación de sus actividades y en la coordinación del apoyo moral, intelectual y económico de las Corporaciones insulares.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a diez de noviembre de mil novecientos cuarenta y dos.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBANEZ MARTIN

(«B. O. del Estado» del 23.)

# INDICE

de materias publicadas durante el año 1942

---

## Núm. 13.—ENERO

### EDITORIAL

PENSAMIENTO ESPAÑOL.—José Ibáñez Martín: *Labor de un año en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.*

TEMAS DOCENTES.—P. Silvestre Sancho: *Esbozo de una política docente.* Angel González Palencia: *La primera enseñanza en los principios del siglo XIX.*

HISTORIA.—Adalberto de Baviera: *Castillos de Baviera.*

REPORTAJES.—*Exaltación de los Museos arqueológicos en España.*

CRONICAS.—M. Sánchez Camargo: *Consideraciones sobre la Exposición Nacional.* F. Jiménez-Placer: *El espíritu y la realidad en la Exposición Nacional.*

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

BIBLIOGRAFIA

## Núm. 14.—FEBRERO

### EDITORIAL

Eduardo Ibarra: *El alojamiento de los estudiantes, según la literatura.*

Gerardo Gavilanes: *Ensayo sobre una pedagogía nacionalsindicalista.*

LETRAS Y ARTES.—Eugenio d'Ors: *Introducción a la crítica de arte.* Juan Beneyto Pérez: *Pasado y presente de una postura hispánica.* José Fornés: *La semana Mozart, en Viena.*

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO.—*El Consejo Nacional de la Educación, de las Ciencias y de las Artes de Italia.*

REPORTAJES.—*Escuela de Orientación Profesional de Vallecas. La obra educadora del Frente de Juventudes.*

CRONICAS.—Jaecinto Alcántara: *La cerámica de España y la Escuela-fábrica de Cerámica de Madrid.*

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

BIBLIOGRAFIA

**Núm. 15.—MARZO**

**EDITORIAL**

LETRAS Y ARTE.—Joaquín de Entrambasaguas: *El Padre Scio de San Miguel, Obispo de Segovia*. Luis Araújo-Costa: «*Ismos*», *religión verdadera y religiones falsas*. Celso Arévalo: *El substrato natural en el arte español*.

TEMAS DOCENTES: Francisco Martos Avila: *La enseñanza en Guinea*.

NUEVAS IDEAS.—Isaías Sánchez Tejerina: *La protección de la natalidad en el nuevo Estado*. Joaquín Turina: *En torno a la música cinematográfica*.

POLITICA ESCOLAR DEL EXTRANJERO.—*El concepto de España en las Escuelas portuguesas. La nueva ordenación de la Escuela en Francia*.

REPORTAJES.—A. Ortiz Muñoz: *Resurgimiento de los Colegios Mayores. Notas sobre un curso de tractoristas agrícolas*.

CRONICAS.—Rafael Narbona: *El genio crítico de Menéndez Pelayo. La Exposición de pintores alemanes en el frente. El centenario de San Juan de la Cruz en Francia*.

**DOCUMENTACION LEGISLATIVA**

**BIBLIOGRAFIA**

**Núm. 16.—ABRIL**

**EDITORIAL**

LETRAS.—Carlo Consiglio: *Purismo y neopurismo en Italia*. M. Ballesteros: *Menéndez Pelayo y el americanismo*. M. José Bayo: *Sobre el «Peristephanon», de Aurelio Prudencio Clemente*.

TEMAS DOCENTES.—R. de Roña: *Ideas pedagógicas fundamentales*. Doctor Kessler: *La pedagogía jurídica como misión nueva del derecho*.

ARTE Y CIENCIA.—Regino Sáinz de la Maza: *Mito y realidad de la guitarra, el laúd y la vihuela*. P. Antonio Román: *A propósito de la edad del Universo*.

**NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO**

REPORTAJES.—*Nuevos Colegios Mayores Universitarios. Inauguración de nuevas Salas en el Museo Arqueológico*.

CRONICAS.—*En favor de la Universidad española*.

**DOCUMENTACION LEGISLATIVA**

**NOTAS BIBLIOGRAFICAS**

**Núm. 17.—MAYO**

**EDITORIAL**

ARTE Y LETRAS.—Marqués de Lozoya: *Dos obras de arte inéditas*. Francisco de Cossío: *El paisaje en Castilla*.

PENSAMIENTO ESPAÑOL.—Luis Araújo-Costa: *La persona de Jesucristo y las ciencias de la verdad católica*.

TEMAS DOCENTES.—Doctor Martín Sánchez-Brezmes: *Contribución a la Historia de la Anatomía y del Museo Anatómico Español*. J. A. Tamayo: *Ideas pedagógicas de Santa Teresa*.

NOTAS UNIVERSITARIAS DEL EXTRANJERO.—*Las Universidades de Estados Unidos, del Japón y de la India*.

REPORTAJES.—*Exaltación gloriosa de la Fiesta del Libro. El Instituto Nacional de San Isidro. Jardines de España*.

CRONICAS.—Sánchez Camargo: *Tres enseñanzas de San Isidro. La Exposición de Arquitectura Alemana Moderna*.

**DOCUMENTACION LEGISLATIVA**

**NOTAS BIBLIOGRAFICAS**

**Núm. 18.—JUNIO**

**EDITORIAL**

PENSAMIENTO ESPAÑOL.—José María Albareda: *Valor formativo de la investigación*.

TEMAS DOCENTES.—Nicolás González Ruiz: *Doctrina de la traducción*. Teodoro Wilhelm: *La profesión de la Enseñanza y la formación docente en la Unión Soviética*.

LETRAS.—Melchor Fernández-Almagro: *Geografía literaria de España*.

NOTAS DEL EXTRANJERO.—*La Enseñanza en Argentina, Portugal, Suiza y Bulgaria*.

REPORTAJES.—*El Jalifa visita el Instituto «Ramiro de Maestu»*.

CRONICAS.—*Semblanza de José María Albareda. Una estatua ecuestre del Caudillo. En torno a la figura del Padre Manjón*.

**DOCUMENTACION LEGISLATIVA**

**NOTAS BIBLIOGRAFICAS**

**Núm. 19.—JULIO**

**EDITORIAL**

ARTE Y LETRAS.—José Francés: *Goya, visto por Goya*. Juan Beneyto: *Sentido de la historia de las doctrinas políticas*.

- NUEVAS IDEAS.—Celso Arévalo: *Valor nacional y mundial de la riqueza mineral española*. Doctor Joaquín Espinosa: *La formación higiénica para la nueva generación*.
- TEMAS DOCENTES.—Doctor A. Vallejo Nájera: *La educación de niños anormales*. Teodoro Wilhelm: *La profesión de la Enseñanza y la formación docente en la Unión Soviética*.
- LAS UNIVERSIDADES EN EL EXTRANJERO.—*La Universidad Osmania en Hyderabad. Notas universitarias del próximo Oriente. La Universidad árabe*.
- REPORTAJES.—*Historia de los estudios odontológicos en España. La Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Glosa a las Exposiciones de Bellas Artes de Barcelona*.
- CRONICAS.—*En favor del Magisterio primario*. Doctor Rodolfo Fechter: *Un símbolo del arte alemán*.
- DOCUMENTACION LEGISLATIVA
- BIBLIOGRAFIA

**Núm. 20.—AGOSTO**

**EDITORIAL**

LETRAS.—Luis Araújo-Costa: *El Catolicismo, religión de realidades*. Concha Espina: *Esmeralda: la piedra de mayo*.

TEMAS DOCENTES.—Sabino Alvarez Gendín: *La familia y la Escuela, instituciones docentes*. José Escobedo: *El Profesorado universitario*. Alfonso Iniesta: *Clásicos y modernistas: educación e ideales*.

NUEVAS IDEAS.—J. Mallart: *Valoración actual de la psicotecnia*. José María Gutiérrez Castillo: *El problema del Jefe en las Juventudes*.

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO.—*La «Carta de la Escuela» en Italia*.

CRONICAS Y REPORTAJES.—*Semblanza de don Luis Ortiz. La Residencia «Teresa de Cepeda». Misión y realidad del Instituto de Orientación Profesional de la Diputación de Barcelona. Niños españoles repatriados de Méjico. La Escuela de Ingenieros Industriales*.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

BIBLIOGRAFIA

**Núm. 21.—SEPTIEMBRE**

**EDITORIAL**

LETRAS.—Joaquín de Entrambasaguas: *Datos acerca de Lope de*

Vega, Martín de Riquer: *La obra del hispanista Lorenzo Francosini.*

HISTORIA.—Adalberto de Baviera: *Nueva evocación sentimental de los castillos.*

ARTE.—Hugo Kehrer: *La investigación sobre el Greco.* José Francés: *Reiteración a don Federico de Madrazo.* Joaquín Turina: *Curva infinita.*

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO.—*La reforma universitaria en Paraguay. Alemania, desde el ángulo de la educación. La Enseñanza en Suiza.*

REPORTAJES Y CRONICAS.—*La Cámara Santa de Oviedo. El Monasterio de Santo Tomás. Realidades para el Magisterio Nacional. En torno a la Orquesta Nacional.*

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

BIBLIOGRAFIA

#### Núm. 22.—OCTUBRE

EDITORIAL

PENSAMIENTO ESPAÑOL.—José Ibáñez Martín: *El sentido político de la cultura en la hora presente.*

LETRAS.—Manuel García Morente: *Ideas para una filosofía de la Historia de España.* Blanca de los Ríos: *La fecha del nacimiento de «Tirso de Molina».*

NUEVAS IDEAS.—A. Euken: *Problemas de la Enseñanza Superior en el campo de la Química técnica.*

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO.—*La nueva estructura de la Escuela en el Manchukuo.*

REPORTAJES.—*Solemne apertura del curso en la Universidad Central. La niñez estudiosa de José Antonio.*

CRONICAS.—Cayetano Alcázar: *Don Fernando Valls y Taberner. Sánchez Camargo: El Salón de Otoño. El nuevo Instituto Balmes, de Barcelona.*

BIBLIOGRAFIA

#### Núm. 23.—NOVIEMBRE

EDITORIAL

NUEVAS IDEAS.—P. Romañá, S. J.: *Progreso de la técnica astronómica.*

TEMAS DOCENTES.—A. González Palencia: *La enseñanza del francés a fines del siglo XVIII y principios del XIX.* Carlo

Consiglio: *Introducción al estudio de la literatura italiana en los primeros siglos.*

LETRAS.—Lorenzo Riber: *Séneca, en el destierro de Córcega.*

Luis Araújo-Costa: *Catolicismo, protestantismo, Trento.*

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO.—*Esquema de la organización escolar en Egipto.*

REPORTAJES.—*Resurgimiento de nuestros Museos. Inauguración del Colegio Mayor de la Universidad de Madrid. La Abadía de San Telmo: convento, cuartel y museo.*

CRONICAS.—*Horas de juventud en el Campamento de Loyola, de Vigo. La Ciudad Universitaria. La figura del Vicepresidente del C. S. de I. C., camarada García Siñérez.*

INFORMACION BIBLIOGRÁFICA, por Fray Manuel Penedo, O. M.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

Núm. 24.—DICIEMBRE

EDITORIAL

PALABRAS DE ESPAÑA.—*El Caudillo, ante el Consejo Nacional de la Falange.*

LETRAS.—Theodor Heinermann: *El Grial y sus castillos dentro y fuera de España.* Francisco de Cossío: *La leyenda de Juan Garín y el monstruo de Cataluña.*

TEMAS DOCENTES.—Juan Zaragüeta: *Cultura e investigación científica.* Francisco Martos Avila: *La educación de los indígenas de Guinea.*

NOTAS DEL EXTRANJERO.—*Hungría. Plan de estudios de la Segunda Enseñanza.*

REPORTAJES.—*El III Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. ha iniciado sus tareas. Un millar de alumnos asisten a la Escuela Industrial de Madrid. La Exposición sobre San Juan de la Cruz en la Biblioteca Nacional.*

CRONICAS.—Esteban S. Alvarado: *Fernán González, forjador de Castilla, madre de España.* C. Pérez Bustamante: *Semblanza de don Carlos Pereyra.*

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

*Índice de materias publicadas durante el año 1942*